

PETE RICE

MENSAJE DE
MUERTE

FROM AUSTIN GRIDLEY

ADMINISTRACION DE LA
GUERRA DEL NORTE
BUREAU DE INVESTIGACION
RELAJACIONES

Colaboración
"AUDACES"
1.50
P.T.T.



Mensaje de muerte

Austin Gridley
Pete Rice/12

CAPÍTULO I

EL VALLE DE LA MUERTE

Una vaga silueta se destacó contra el cielo de la noche, y un caballo y un jinete se detuvieron en la cresta de la loma. El jinete giró sobre la silla levantó una mano. Inmediatamente se le aproximaron otras sombras. Los cascos de sus cabalgaduras no produjeron ruido alguno.

Del fondo del valle llegaron ruidos extraños —pataleos, relinchos y hozar de muchos cascos, y, por encima de todo, el resoplido sibilante del garañón guía de la manada de caballos salvajes. Era el garañón— corpulento, musculoso e indómito, como hijo de la Naturaleza —que los jinetes andaban buscando.

Más de una docena de sus salvajes compañeros habían sido ya atrapados y encerrados en las empalizadas. Pero el garañón castaño, rey de la manada, gozaba todavía de libertad.

Las estrellas, claras y brillantes, proporcionaban luz suficiente para que el guía de la manada pudiera ser visto, siempre vigilante, entre el tropel de yeguas y potrancos. Aunque no podía descubrirse el color castaño de su piel, su actitud demostraba que aquel animal particular era la cabeza del rebaño. Su cuello arqueado. Su cabeza en alto, desafiadora. Sus orejas erectas. Parecía presentir el peligro.

Los cazadores —todos ellos expertos jinetes— observaron en silencio el grupo de animales. Uno de aquellos, Job Bentley, dijo en voz baja:

—Llevo más de cuarenta años tratando en caballos, pero nunca he visto pieza más soberbia que ese endiablado castaño. No dormiré hasta que lo coja.

Rex Galvin se echó a reír. Rex era un desbravador del Rancho de la Horca. Había sido él quien había atrapado a la mayor parte de los animales ya capturados.

—Ese bicho es cosa mía, Job —dijo, con la mayor naturalidad—. Te apuesto doble contra sencillo a que será mi silla la que se pose sobre su lomo.

Los otros hombres —rancheros y cowboys— rieron y fanfarronearon. Solamente Clem Rogers guardó sombrío silencio.

Clem era el dueño del Rancho de la Luna, en el valle. Todos sabían que la finca estaba hipotecada hasta las tejas. Era un año de poca hierba, y la manada de caballos salvajes había descendido de la meseta para acabar con lo poco que quedaba para el pastoreo del ganado.

El resultado fue que Clem Rogers —individuo violento ya de por sí— sintiera un odio personal hacia el magnífico garañón que guiaba la manada. La luz de las estrellas arrancó de sus negros ojos un brillo malicioso.

Clive Foxleigh, un inglés recientemente establecido en aquélla región por causas de su salud, mostraba por aquella cacería el entusiasmo de los de su raza.

—Es muy emocionante —decía—. Esta es mi primera experiencia en este sport.

—Para usted será un sport —dijo sarcásticamente Clem Rogers; — pero a mí esos caballos me cuestan dinero. ¡Es necesario que exterminemos a toda esa maldita manada!

Un jinete, que estaba un poco destacado, se echó a reír. Su risa quitó dureza a sus palabras.

—¿Por qué tomarlo tan en serio, Rogers? —preguntó—. ¿Por qué no tratar de cazar al garañón? Si no lo conseguimos, si el animal nos gana en esta magnífica pelea, siempre podremos acosar la manada para volverla a la meseta y cerrar después la entrada al valle.

Era un cazador de hombres el jinete que hablaba así. Era “Pistol” Pete Rice, de la Quebrada del Buitre, sheriff del distrito de Trinchera. Los rancheros y cowboys del grupo le escucharon con cierta deferencia... pero no así Clem Rogers.

—El sheriff ha tenido la gran idea —dijo Bentley.

Pero Rogers levantó de pronto su fusil y apuntó al garañón, hacia el valle. El rey de la manada presentaba un soberbio blanco bajo la brillante luz de las estrellas.

¡Buuum! La estridente detonación del arma rasgó la noche. Pero

la morena manaza de Pete Rice había agarrado rápidamente el cañón del fusil y la bala se perdió en las nubes.

Rogers lanzó un juramento. Hubo una breve lucha entre los dos hombres por la posesión del arma. Pete la consiguió al fin y la puso fuera del alcance del ranchero.

Job Bentley aproximó su caballo para ayudar al sheriff, pero no hubo necesidad. Abajo, en el valle, el olor de la pólvora llegó a las dilatadas fosas nasales del garañón, que lanzó un relincho de advertencia a su manada. Y, de pronto, pudo verse que el rebaño entero se ponía en movimiento y que se lanzaba a pleno galope a través del valle. El batir de sus cascos sonaba como el tableteo de un trueno distante. Bentley rezongó entre dientes. Se encaró después con Rogers, cuyos ojos parecían echar llamas.

Cambiaron algunos insultos.

—¡Eres un imbécil, Rogers! —gritó, furioso, Bentley—. Se nos ha escapado la ocasión de cazarle esta noche.

—Seré un imbécil... pero no un ladrón —replicó Rogers—. Y no me hagas hablar más de la cuenta.

El sheriff Pete Rice se interpuso entre los dos hombres y cortó la discusión.

—Creo, en efecto —dijo—, que no podremos coger el garañón esta noche. Pero si alguno de vosotros opina de otro modo, todo será que se dé una buena cabalgada para ver lo que sucede.

—Mejor será que bajemos a mi hacienda —dijo Mel Cantrell, dueño del Rancho de la Horca—. Según tengo entendido, el sheriff se propone probar mañana un par de potros salvajes. ¿No es cierto?

Pete Rice afirmó con un gesto.

—Pues yo me propongo continuar la persecución de la manada, ya que he llegado hasta aquí —insistió Job Bentley.

—Y yo también —intervino Rex Galvin.

Otros cuatro cazadores decidieron probar igualmente, entre ellos Clem Rogers, que se puso a la cabeza cuando la cabalgata se lanzó sendero abajo.

Pete Rice siguió a los jinetes con la mirada hasta que el manto de la noche se cerró tras ellos.

—Ese garañón les hará cruzar Charici Valley y les traerá a él otra vez —predijo.

—Extraño nombre ese de Charici Valley —observó Foxleigh, el

inglés—. ¿Es español?

—No, es un nombre indio —respondió Mel Cantrell—. Hubo allí una gran batalla entre dos tribus de pieles rojas, hace muchísimos años y, según cuentan, murieron todos los combatientes. “Charici Valley...”

Masticó su tabaco plácidamente unos segundos y luego añadió:

—Significa Valle de la Muerte.

Alboreaba por oriente cuando el sheriff Pete Rice regresaba con sus compañeros a la hacienda de Mel Cantrell, a unas cuatro millas al norte de la colina.

Aunque dedicado a una azarosa profesión, Pete Rice reía y charlaba. Había predicho que ninguno de los que habían marchado en persecución del caballo padre conseguiría echarle la cuerda al cuello. Y casi deseaba que sucediera así.

—Poner aquel soberbio animal en cautividad —dijo—, sería como obligar a un cowpuncher a gastar cuello almidonado.

Por primera vez en varios meses, Pete Rice disfrutaba de unos cuantos días de descanso, pero ni aun en su vacación de veía completamente libre de trabajo. Los rancheros avecindados en Charici Valley, al extremo sur del distrito de Trinchera, se sentían preocupados por las incursiones de la manada de caballos salvajes, que bajaban de la meseta y amenazaban terminar con los pastos que necesitaban para el ganado.

Las gentes del distrito habíanse acostumbrado a acudir a “Pistol” Pete Rice siempre que les sucedía algo desacostumbrado, y en esta ocasión también habían mandado a buscar al sheriff de la Quebrada del Buitre. Y no hay que decir que éste se había apresurado a acudir, acompañado de su comisario Hicks “Miserias”.

Con su acostumbrado humanitarismo, Pete Rice no había apoyado la sugestión de Clem Rogers de que se exterminase la totalidad de la manada. Tenía el proyecto de capturar algunos caballos para venderlos a los cowboys como buckers para los rodeos, y otros para utilizarlos como carne para indios, mejicanos y demás familias pobres.

En cuanto al grupo principal de la manada, esperaba poder hacerla volver a la meseta, donde todavía podrían encontrar agua y pastos su subsistencia, sin amenazar la escasa hierba reservada al ganado.

Era ya día claro cuando llegaron al Rancho de la Horca. En su parte sur se habían levantado algunas empalizadas y dentro de ellas se agitaban los caballos salvajes apresados en días anteriores.

Desmontaron Pete Rice, Mel Cantrell y el resto de los jinetes. Pete se aproximó al corral. Sacó un terrón de azúcar de su bolsillo y lo introdujo por entre los maderos sobre su mano abierta. Un potro capturado dos días antes se apartó de sus compañeros y, con desconfianza al principio y más decidido después, se acercó a la empalizada.

Tomó el terrón de azúcar y, entretanto, Pete le palmoteó suavemente el cuello con la otra mano. Brillaron la inteligencia y el placer en los ojos el animal. Por dos veces había reaccionado favorablemente a las caricias el día antes, y Pete había conseguido llevarle al poste y ponerle una silla con la ayuda de dos rancheros.

Pero el potro jamás había sido montado. Aquel era el día elegido por Pete Rice para intentarlo.

Una vez más fue conducido al poste el indómito animal, y otra vez Pete le puso la silla. Luego, con ayuda de Mel Cantrell y Foxleigh, el potro fue embridado por vez primera.

No le gustó. Se encabritó y coceó terriblemente. Pero a los cinco minutos Pete había conseguido sacarle del corral; y a continuación, antes de que el animal se diese cuenta de lo que sucedía, Pete se encontraba sobre sus lomos.

El potro se transformó en un animal completamente distinto. Estaba loco. Se habría creído que, en lugar de un hombre, tenía sobre la grupa un león de las montañas.

Salió disparado. Coceó. Cabrioló. Botó con las patas rígidas. El juego habría desmontado a un jinete menos experto. Volvió a saltar, girando sobre sí mismo en medio del aire. Pataleó. Relinchó. Se flageló furiosamente los lomos con la cola y se movió con temblores de epiléptico, tan pronto avanzando como reculando. Acto seguido hundió la cabeza entre las patas delanteras y levantó la grupa hasta ponerse casi vertical, sin dejar de disparar una lluvia de coces.

Pete Rice continuaba todavía encima.

Espoleó al animal suavemente... y se dio la mayor carrera de su vida. El potro se lanzó como una flecha hacia una cerca de espino artificial situada a unos cien metros de distancia. Llegado a ella,

viró bruscamente, tratando de sacudirse el jinete sobre los pinchos.

Pero Pete tiró violentamente de la cabeza del animal, esquivó la cerca y volvió a meter espuela. El potro se lanzó en línea recta contra la empalizada.

El animal esta loco. Su dignidad parecía ultrajada. Se detuvo de pronto en seco, pero el hombre que llevaba a lomos no salió por los aires. Emprendió entonces otra carrera endemoniada, como buscando donde estrellarse.

Pete Rice estaba en su elemento. Era uno de los mejores jinetes de Arizona, pero desde hacía un par de años el montar era para él cosa sin importancia, ya que su alazán, “Sonny”, estaba perfectamente amaestrado, y nunca abatía la cabeza ni coceaba ni se encabritaba. “Sonny” en efecto, parecía tener más inteligencia que muchos seres humanos.

Era problemático lo que podía durar la salvaje carrera de Pete Rice; pero de pronto tiró enérgicamente de las riendas al indómito potro al percibir que otro jinete galopaba veloz hacia el rancho por la senda de Charici Valley. Sus grises ojos brillaron de interés. Pocos hombres cabalgaban de aquella manera, a menos que llevasen algún mensaje importante.

Dio la vuelta al potro y lo encaminó hacia el jinete que se aproximaba. Enseguida pudo ver que se trataba del mestizo García, desbravador de uno de los ranchos de la parte alta de Charici Valley.

García refrenó bruscamente su cabalgadura en cuanto se encontró al alcance del oído de Pete.

—¡Han matado al pobre Job Bentley! —gritó, en español—. ¡Le sacudió una coz en la cabeza uno de los caballos salvajes!

Pete Rice se apresuró a volver el potro a la empalizada. Esta vez no se detuvo a palmotear el arqueado cuello del animal ni a recompensarle con un terrón de azúcar. Llamó a Mel Cantrell y a dos o tres rancharos que estaban por allí, corrió hacia “Sonny” y saltó a la silla. Pero llevaba una gran delantera a Cantrell y sus vaqueros cuando frenó a “Sonny” en Charici Valley. Un grupo de hombres rodeaba algo tendido en el suelo.

Pete desmontó y se abrió paso por entre el grupo de cazadores que había acompañado a Job Bentley en su exploración por el valle. Se arrodilló junto al cuerpo, que descansaba de costado. Tenía el

cráneo hundido y a un lado de la frente un corte en forma de media luna.

La penetrante mirada de Pete recorrió el círculo de rostros tostados por el sol.

—¿Alguno de vosotros presenció lo sucedido? —preguntó.

Clem Rogers negó con un movimiento de cabeza. Igual hicieron dos de sus compañeros.

—No lo vi. Pero me pareció oír un grito de terror —manifestó Rex Galvin, el desbravador—. Corrí enseguida a este lugar, y esto fue lo que encontré.

Pete examinó el cuerpo de nuevo.

—No hay nada que hacer, muchachos —dijo al fin—. Llevaré el cadáver a Sutter's Bend. Tú, Rex, te adelantarás hacia Bend y pondrás un telegrama al doctor Buckley, el forense de la Quebrada del Buitre. Dile que se presente aquí lo más pronto que pueda.

—Bien, sheriff —contestó Rex Galvin, clavando las espuelas a su caballo y lanzándose a todo galope camino de Sutter's Bend. Los otros jinetes lo siguieron.

Pete esperó hasta que hubieron desaparecido. Su rostro tenía una expresión severa. Brillaban sus grises ojos. Era que el sheriff "Pistol" Pete Rice había descubierto algo. Sus vacaciones en Charici Valley habían terminado. Una vez más se encontraba en plena misión oficial.

El sheriff contempló a Charici Valley, que resplandecía de belleza bajo el sol de la mañana. "Valle de la Muerte". Así había sido para Job Bentley.

A pesar las pruebas, al parecer concluyentes, de que Bentley había sido muerto por la coz de un caballo, "Pistol" Pete Rice creía que había sido asesinado.

CAPÍTULO II

PRIMER INDICIO

“Pistol” Pete rice masticaba goma furiosamente mientras cabalgaba hacia la ciudad de Sutter’s Bend, llevando el cadáver de Job Bentley. El sheriff siempre masticaba goma cuando iba pensando. Sus incansables mandíbulas parecían estar relacionadas con algún mecanismo de su cerebro.

Se había dado cuenta de que tres de los dedos de la mano derecha de Bentley estaban doblados de un modo curioso y extraño. Pete había conocido a Bentley hacía sólo pocos días, pero el ojo del sheriff era como una máquina fotográfica. Generalmente, a primera mirada, abarcaba todos los detalles de un hombre. Y en vida, los dedos de Bentley no estaban deformados de aquel modo.

La cox de un caballo podía romper los dedos de un individuo, claro está. Pero Pete Rice, experto jinete, sabía que, en tal caso, los dedos no habrían quedado de aquella manera. Un ser humano había quebrantado aquellos dedos. ¿Quién? ¿Por qué?

El recuerdo de Clem Rogers no se apartaba de la imaginación del sheriff. No había duda de que Rogers y Bentley habían sido enemigos. Su enemistad debía ser muy anterior a la escena de la colina, cuando el rifle de Clem se disparó y puso en fuga a la manada de caballos salvajes.

Rogers había insinuado que Job Bentley era un ladrón. Sin embargo nadie avecindado en los alrededores de Sutter’s Bend tenía mejor reputación de honradez que Job Bentley. Aunque Pete le había tratado muy pocos días, su comisario, Hicks “Miserias”, hacía años que lo conocía. Bentley iba siempre a la barbería de “Miserias” cuando estaba en la Quebrada del Buitre, cabeza del distrito.

Pete conferenció con el barberillo mientras esperaban la llegada del forense aquella tarde.

—Bentley no tenía bienes terrenales, ¿verdad, “Miserias?” — preguntó el sheriff.

“Miserias” puso un gesto de seriedad en su rostro picado de viruelas.

—¿Dinero quieres decir, patrón? —contestó—. No tenía un centavo. Pero nunca conocí hombre más honrado ni de más carácter que Job.

—¿Sabes si tenía algunos enemigos?

—Hombre... reconozco que tenía muchos. Job era de los que no perdían el tiempo en discusiones. Pero no creo que nadie le odiase hasta el punto de querer asesinarlo.

—Yo he oído que era muy testarudo —dijo Pete;— pero prefiero un hombre testarudo a un hombre débil. Vale más el que mantiene su punto de vista, aunque esté equivocado, que el que se muestra indeciso cuando tiene razón.

Hicks “Miserias” se dirigió con Pete a la funeraria de Sutter’s Bend. El barbero comisario no habló mucho, pero la seriedad de su rostro mostraba su pesar. En la trastienda de la funeraria contempló el quebrantado cuerpo de su amigo, tendido sobre la losa.

—El pobre Job parece muy magullado —dijo—. ¿No encuentras en esto algo... algo de irregular, Pete?

Pete Rice masticó lentamente su goma antes de contestar.

—Ya lo creo, camarada. A Bentley le rompieron los dedos... y no fue un fantasma. También podrás ver una rozadura en la palma de su mano derecha.

—¿Y significará eso algo?

—Quizá. Puede significar que esa mano retenía algo fuertemente apretado... algo que le arañó la carne. Y por ese algo le partió su asesino los dedos para sacárselo.

—¡Por Judas! —exclamó “Miserias”—. ¿Asesino has dicho?

—Eso dije —contestó Pete, sombrío—. “Miserias”, mejor será que envíes un telegrama a Teeny. Sospecho que vamos a tener trabajo por estos vericuetos.

Se refería a su otro comisario, William Alamo Butler, humorísticamente llamado “Teeny”, debido a su prodigiosa estatura. Teeny Butler era el tercer miembro del célebre trío de representantes de la ley en la Quebrada del Buitre.

Medía bastante más de seis pies, y pesaba algo así como sus

trescientas libras. Su humeante pistola y sus puños como mazas podrían ser necesarios, antes de que “Pistol” Pete Rice lograra aclarar el misterio que se cernía sobre el poblado de Sutter’s Bend.

Pete decidió registrar la choza donde le habían dicho que Job Bentley había vivido solitario. Pete hizo indagaciones por el poblado y averiguó la dirección de la choza por un ricacho de Sutter’s Bend, llamando Ransome Beale, que poseía gran parte de los terrenos de Charici Valley y tenía hipotecas sobre otros varios ranchos.

Beale estaba tomando unas copas en compañía de Clive Foxleigh, el inglés, en la taberna “El Filón de Oro” situada en la calle principal. El americano tomaba su whisky puro, mientras que el inglés lo mezclaba con agua. Beale parecía muy jovial.

—Es una vergüenza estropear el buen whisky con agua —dijo a Pete Rice, que se había aproximado al mostrador y había aceptado una copa de soda.

—Es cuestión de costumbre —replicó Pete.

—Las costumbres son como las arrugas de la frente; si usted se alisa una, yo me aliso otra. Pero los dos perderemos el tiempo tratando de hacerlas desaparecer.

Al poco rato, Pete se retiró de la taberna, recogió a Hicks “Miserias” y montó a “Sonny”. El barbero iba a su lado sobre su pequeño ruano, y así atravesaron la calle principal, camino de la choza de Bentley. Pero Pete tomaba muchas precauciones. Al llegar a las afueras del poblado dio un amplio rodeo y se aproximó a la choza por el lado opuesto a Sutter’s Bend.

Los dos representantes de la ley desmontaron, ataron sus caballos entre un grupo de árboles a espaldas de la casa, y penetraron en la miserable construcción por la puerta delantera, que estaba abierta.

El interior de la choza era parecido al de la de cualquier colono advenedizo. Tenía una tosca mesa de pino, unas cuantas sillas, una tarima y una alacena que contenía copas y platos y algunas provisiones.

Se diferenciaba, no obstante, en que contenía tres estantes bien repletos de libros, cuyos asuntos variaban desde la Historia a la Cría del Ganado, y un cofre lleno de papeles y periódicos.

El primer registro de la choza no reveló nada, es decir, nada de

algún valor efectivo. Pero en una pequeña habitación situada detrás de la principal, “Miserias” localizó otro cofre con documentos y periódicos.

Encontraron varias cartas que no parecían arrojar gran luz sobre los amigos o enemigos del muerto. La mayor parte eran contestaciones de rancheros a quienes, evidentemente, se había dirigido Bentley pidiéndoles un puesto. Pero Pete dio, al fin, con una carta fechada unos cuantos días antes. La escritura era apretada —desfigurada, pensó Pete— y decía así:

“La piedra me conviene. Pondré otro anuncio en el periódico acerca de su entrega. Siga cuidadosamente las instrucciones. Se le enviará dinero.”

A Pete le intrigó este mensaje. Tenía una importancia evidente. El hecho de no llevar firma le daba una gran significación. No había duda de que el que lo escribió quería permanecer en el incógnito. ¿Pero cuál era el objeto que perseguía?

Era probable que existieran otros anuncios tratando del mismo asunto. Lo que había que hacer era adquirir algunos ejemplares del periódico y rebuscar cuidadosamente.

¿Sería el objeto requerido por el anunciante aquel misterioso algo encerrado en la mano de Job Bentley y arrancado de sus rotos dedos por el homicida?

El objeto que Bentley había retenido era más o menos cuadrado y tenía los bordes mellados. Pete Rice lo había adivinado por las huellas dejadas en la palma derecha de Bentley. ¿Qué relación podía tener con el asesinato? ¿Por qué lo ambicionaba tanto el asesino?

Estas y otras muchas preguntas se hacía Pete Rice mientras examinaba la hoja de papel que tenía en la mano. De pronto, enderezó el cuerpo y se plantó de un salto junto a la ventana. Había oído el ruido distante de unos cascos de caballo.

Un jinete avanzaba por el sendero que conducía a la choza de Bentley. Pete tuvo la corazonada de que la llegada de aquel jinete podría estar relacionada con el misterio. Estaba anocheciendo y no podía reconocer al individuo a distancia, pero se propuso observarle desde lugar seguro.

—Tenemos que largarnos de aquí, “Miserias” —dijo a su comisario—. Llévate los caballos al fondo de la arboleda, y yo me

esconderé en la linde para vigilar.

El sheriff saltó por una ventana trasera seguido de “Miserias”. El comisario corrió al bosquecillo, desató los caballos y los alejó de la choza. Pete se ocultó entre unos matojos, frente a la puerta.

El jinete se detuvo junto a la choza y se apeó. Cuando ató su caballo a un algodonero, estaba lo suficientemente cerca de Pete Rice para que éste pudiera reconocerle. Los grises ojos del sheriff relampaguearon de sorpresa.

El visitante se encaminó hacia la casa. Eran furtivos sus movimientos. Mientras abría la puerta miró a uno y otro lado del camino, y después penetró en la choza. Pete se aproximó, arrastrándose por tierra y, agazapado a pocos pies de la ventana curioseó el interior.

El visitante, valiéndose de cerillas, registraba la alacena, los estantes y los rincones. Una o dos veces salió de la choza y miró a uno y otro lado de la senda. Cuando abandonó la casa, unos minutos más tarde, tenía el aire del que no ha encontrado lo que buscaba. Hicks “Miserias” llegó corriendo desde las profundidades del bosquecillo al ver alejarse al jinete al galope.

—¿Por qué no detuviste a ese prójimo, patrón? —preguntó.

—“Miserias” —replicó Pete—, la mejor manera de cazar a algunos animales es darles un poco de respiro. Cuando quiera prender a ese hombre, sabré dónde encontrarle. Por ahora he conseguido enterarme de algo más de lo que él se imagina.

—¿Pero qué ha estado haciendo en la choza de Job Bentley? —insistió el barbero comisario.

—Eso no tardaremos en averiguarlo —contestó Pete—. Pero lo que más me interesa ahora es que el hombre que acaba de alejarse es... ¡Clem Rogers!

CAPÍTULO III

UN FUSIL QUE SE DISPARA SOLO

El doctor Burckley, forense del distrito de Trinchera, no llegó aquella noche. Los médicos caen también a veces enfermos, y Buckley tuvo que meterse en cama con un fuerte ataque de reuma. Pero su ayudante joven y competente facultativo, llegó a Sutter's Bend a primera hora de la mañana siguiente. La información quedó señalada para la diez.

Al sonar la última campanada de la hora fijada, su mazo golpeó enérgicamente la mesa, y cesaron los murmullos que llenaban la sala. El "coroner" suplente llamó a varios testigos: Rex Galvin, Clem Rogers y cuatro o cinco más.

Galvin había oído el grito de terror y había corrido al sitio de donde saliera, encontrándose con el magullado cuerpo de Bentley. Ninguno otro había visto nada relacionado con la muerte del ranchero; y únicamente uno de los cazadores de caballos había oído un lamento vago y lejano. Parecía bien probado oficialmente que Job Bentley había sido coceado o atropellado por uno de los caballos salvajes.

Pero "Pistol" Pete Rice esperaba a que se le llamase. Estaba sentado cerca de la parte delantera del salón, y masticaba su goma tranquilamente. A su lado se encontraba el barbero comisario Hicks "Miserias". Y al otro, Teeny Butler, que había llegado a Sutter's Bend a primera hora de aquella mañana.

El activo joven "coroner" tomó algunas notas. De pronto se puso en pie para decir lo siguiente:

—Parece ser que queda probado y fuera de toda razonable duda que el difunto Jon Bentley encontró la muerte accidentalmente por golpes o atropello de...

—Un momento, "coroner" —le interrumpió Pete, poniéndose en

pie—. ¿Puedo decir unas palabras?

El joven doctor reflexionó un momento. Después hizo un gesto afirmativo.

—Ocupe el estrado, sheriff Rice —ordenó.

Pete avanzó y se sentó en el estrado de los testigos.

—¿Lo que usted va a decir está relacionado con la muerte de Job Bentley, sheriff? —preguntó el “coroner”.

—Claro que sí. No daré detalles... a menos que usted insista, “coroner”. Pero como sheriff del distrito de Trinchera, solicito que, por el momento, no se dicte veredicto alguno en el caso que nos ocupa.

El “coroner” levantó la mirada con el rápido movimiento de un lince.

—Creo —dijo—, que una autoridad de su significación debe tener alguna razón válida para pedir cosa tan desusada.

—La tengo —contestó Pete—. Creo que pronto estará en mi poder la prueba de que la muerte de Job Bentley no fue accidental, sino...

Un murmullo recorrió la sala.

—... ¡sino un asesinato! —terminó Pete.

La asamblea prorrumpió en una oleada de comentarios. Los hombres de dirigían unos a otros cambiando sus impresiones. Clem Rogers, sentado en los bancos de atrás, medio se incorporó en su asiento.

—¡Qué emocionante! —exclamó Foxleigh, el inglés.

El mazo del “coroner” suplente golpeó furiosamente sobre el tablero de la mesa. Reinó el silencio otra vez.

—Acceso a su petición, sheriff —dijo el “coroner”—. No habrá veredicto oficial para darle a usted tiempo para conseguir alguna prueba que pueda refutar el que se iba a dictar. ¿Puede usted indicarme el tiempo que necesitará?

—Eso depende de muchas cosas. Quizá necesite tres días, quizá me lleve...

¡Buuuum! Sonó un disparo. ¡Crack! Saltó una astilla del respaldo de la silla en que unos momentos antes había estado sentado Pete Rice.

La bala pasó silbando sobre la cabeza del comisario Teeny Butler, atravesó la sala y rozó el hombro de Mel Cantrell, dueño del

Rancho de la Horca. Después fue a clavarse en la pared de madera.

Los hombres se pusieron instantáneamente en pie. Algunos de ellos empuñaban ya sus 45. Pete Rice abandonó el estrado y de dos zancadas cruzó el salón. Un instante después saltaba por la abierta ventana por donde había entrado la bala.

Su mirada de halcón oteó los alrededores. No vio a nadie... Solamente atrajo su atención una línea de árboles que se levantaba a pocos metros de la Audiencia.

Pete corrió hacia los árboles. Su manaza morena empuñaba su 45 de culata de nácar. No había nadie a la vista. Pero un hilillo de humo, rápidamente barrido por la brisa, salía por entre las ramas de un pino. Llegó al árbol y miró por debajo. Nadie se ocultaba allí. Pero los grises ojos de Pete brillaron con interés. Había descubierto algo.

Dio un salto, se agarró a una de las ramas inferiores y se encaramó a pulso. Después fue trepando de rama en rama, hasta llegar a la copa, y alargó una mano. Cuando la retiró llevaba cogida una pequeña caja de madera.

Se deslizó a tierra y examinó minuciosamente el hallazgo. Era un dispositivo diabólicamente concebido. Se trataba del arma de un homicida... de un hábil y astuto homicida que no quería arriesgarse a matar por sí mismo.

Pete volvió la mirada hacia la casa donde se estaba celebrando la audiencia. El joven “coroner” debía de haber insistido en que nadie abandonase la sala, pues algunos hombres se estaban reintegrando a ella. Pete ocultó la caja entre unas malezas y regresó a la Audiencia.

—¿Qué ha sucedido, sheriff? —le preguntó el “coroner”.

—Oh, nada. Un revólver que se ha disparado solo —contestó Pete, displicente.

Pero en cuanto el “coroner” hubo suspendido la sesión, le llamó aparte y le explicó el ingenioso dispositivo.

En el lado derecho de la caja había una lupa de gran potencia, suspendida de un listón, en la que venían a caer los rayos del sol. Estos rayos concentraban su calor sobre el fulminante encargado de disparar la bala de un gran revólver sólidamente sujeto con unas bandas de acero.

El cañón del arma sobresalía ligeramente de la mortífera caja, y

estaba tan cuidadosamente enfilado que la bala debía dar a Pete Rice mientras estaba sentado en el salón. Sólo el hecho casual de haber sido llamado al estrado de los testigos le había salvado de una muerte cierta.

—Fue suerte que usted me interrumpiese, sheriff, y que yo le llamase al estrado —dijo el “coroner”.

Pete masticó su goma tranquilamente.

—Sí —confesó—. La suerte es un hilo muy delgado del que a veces pende nuestra vida. Pero no está mal contar con ella de vez en cuando.

Las mandíbulas del sheriff trituraron el taco de goma entre sus blancos y cuadrados dientes. Del mismo modo le hubiese agradado triturar al misterioso criminal que interrumpía el sosiego de su pacífico distrito. Pero la búsqueda podía ser larga. El asesino era astuto, cauto. Había ya logrado matar a Job Bentley, y por poco había hecho lo mismo con “Pistol” Pete Rice, el hombre que primero había sospechado de su existencia.

Y “Pistol” Pete Rice comprobó que sería un hombre marcado para la muerte, hasta que lograra encerrar tras unos barrotes, en espera de la cuerda, al homicida de Charici Valley.

Se apretaron enérgicamente las angulares mandíbulas del sheriff. Su mirada adquirió una expresión de inusitada dureza. De nuevo se encontraba enzarzado en una lucha de la que dependía su vida y la tranquilidad de sus conciudadanos.

El sheriff se dirigió al despacho de Les Moline, comisario de Sutter’s Bend.

—Les, voy a preguntarte algo que quizá te parezca extraño —le dijo—. ¿Conoces alguien por estos alrededores que sea hábil de manos?

El comisario se rascó la cabeza.

—Si sólo me das esas señas, podría citarte a varios —contestó.

Parecía sacarse los pensamientos de la cabeza a fuerza de rascársela con los dedos.

—Tienes a Rance Perkins, que es muy mañoso —prosiguió—. Después a Pepper Gryne. Pepper es capaz de fabricar el mecanismo más complicado. Y, luego, a Clem Rogers. Muchos creen que éste tuvo que renunciar a su antigua profesión de mecánico para venir a establecerse aquí como granjero.

Los ojos de Pete Rice expresaron el más profundo interés.

—Eso me basta, Les —dijo—. ¿Has oído hablar de algún disgusto de importancia entre Clem Rogers y Job Bentley?

—Sé únicamente que los dos no se llevaban muy bien —contestó el comisario Moline—. Pero igual le sucede a Rogers con casi todo el mundo. Nunca le he tenido en el calabozo, pero es violento y camorrista y ha intervenido en muchos altercados. Yo, personalmente, le tengo en muy mala opinión.

—No hay para menos —dijo Pete—. Sin buena educación ni aun la virtud es agradable. He conocido hombres honrados que se hacían odiosos por su mal carácter. Bien, más tarde volveré a verte, Les.

El sheriff de la Quebrada del Buitre salió del despacho, y cruzó diagonalmente hacia la imprenta de “La Bonanza”, semanario de Sutter’s Bend. Clem Rogers parecía culpable, pero Pete Rice había decidido comprobar un importante detalle antes de proceder a su detención.

CAPÍTULO IV

EL ANUNCIO MISTERIOSO

Sam Teeping, director de “La Bonanza” de Sutter’s Bend, levantó la vista cuando los talones de Pete Rice hicieron crujir el piso de madera de la oficina del periódico. Pero Sam no cesó de trabajar. Sus deberes abarcaban todas las secciones de la publicación. Recogía noticias, las redactaba, las encabezaba, las escribía a máquina y hasta las componía en la imprenta.

—Perdóneme si sigo trabajando, sheriff —dijo Teeping—. Es preciso trabajar de firme para ganar de comer en este negocio. Si volviera a nacer, créame que escogería profesión muy diferente.

Pete se echó a reír.

—El hombre que quiere volver a vivir tienen por lo general, más confianza en si mismo que la mayoría de sus congéneres dijo de buen humor. Además, usted no se sentiría feliz en ninguna otra profesión.

Sam hizo una mueca de resignación.

—Bien, quizá sea así —concedió—. ¿Y qué le trae por aquí, sheriff?

—Vengo a propósito de un anuncio —contestó Pete—. Supongo que usted se fijará en los que aparecen en su periódico.

El viejo editor giró sobre su desvencijado sillón.

—¿A qué se refiere usted, sheriff?

Pete apoyó sus largas piernas en la barandilla que separaba la mesa de redacción del antedespacho.

—Verá usted, Sam. Deseo echar un vistazo a algunos anuncios recientes y, luego preguntarle a usted quién se los envió para publicarlos.

—No hay inconveniente. —Sam se dirigió a un montón de papeles colocados en un rincón de la habitación—. Aquí tiene los

ejemplares del mes, sheriff. Busque lo que le interese. Yo, con su permiso, seguiré trabajando en este artículo de fondo.

Volvió a su tarea y Pete se dedicó a revolver el montón de polvorientos papeles.

Empezó por los ejemplares más modernos. Recorrió cuidadosamente sus páginas, en busca de la anhelada clave. De pronto se detuvo y se aproximó a la ventana con unos de los ejemplares. En aquel momento pasaba por delante Clive Foxleigh, el inglés montado en un brioso caballo.

Foxleigh agitó la cabeza, levanto la mano en saludo y siguió su camino.

Pete le correspondió con un gesto y volvió a fijar la mirada en el pequeño rectángulo de caracteres impresos que había atraído su atención. El anuncio decía así:

B. —Los caballos correrán el martes por la noche. Choupomouk. Tres. Cautela.

Pete volvió a leer el anuncio una y otra vez. Aquello tenía que significar algo. ¿Pero qué? La “B” podría referirse a Bentley; probablemente era así. Choupomouk Peak, un alto picacho de la sierra de Pompano. Pero no acompañaba nombre alguno al anuncio.

Pete frunció el entrecejo hasta convertir su frente en un mapa de arrugas.

Se aproximó al periodista y le puso el anuncio delante.

—¿Tiene idea de quién mandó insertar esto, Sam? —le preguntó.

Sam Teeping pegó sus ojos al periódico y miró por encima de los aros de sus lentes de concha.

—Sí. Lo recuerdo perfectamente. Vino por correo. Sin ningún nombre. Nada más que el anuncio y el dinero para la inserción.

—¿No sabe usted, por lo general, quiénes son sus anunciantes? —preguntó Pete.

—Sí. Generalmente. Pero no en este caso. En aquel sobre venía dinero contante y no era cosa de devolver el anuncio a tan buen cliente.

—¿Envió esa persona algo más?

—Sí. Otros dos. Pero no sé en qué números salieron. Puede usted buscar en los archivos, si quiere.

—¡Ya lo creo que buscaré! —dijo Pete decidido.

Dejó a Sam entregado a su trabajo y se dedicó otra vez a

revolver la polvorienta pila de papeles. Había ya recorrido minuciosamente varios ejemplares sin resultado alguno cuando oyó un grito que venía de la calle principal. Pete corrió a la ventana y se asomó.

Clive Foxleigh, el inglés, estaba pasando un mal rato con su cabalgadura, uno de los caballos de la manada salvaje que Rex Galvin, el desbravador, había domado a medias solamente un par de días antes. El audaz inglés estaba dispuesto a mantenerse en la silla. Pero el indómito potro estaba más resuelto todavía a arrojarle de ella.

Pete se dio cuenta en seguida de que el animal pertenecía al tipo de los homicidas. Tenía las orejas extrañamente inclinadas hacia atrás. Sus ojos parecían casi blancos por completo. Foxleigh era un jinete experimentado, al estilo inglés, pero Pete pudo ver que era casi novicio en el manejo de potros como el que montaba en aquel momento.

El animal tenía malas intenciones; Pete se dio cuenta de ello a la primera mirada. Sus botes tenían la violencia de trallazos. Empezó a hacer la rueda.

Pete no pudo resistir más y se lanzó a la calle para agarrar al animal por la brida. Pero en el momento en que llegaba a la acera sucedió lo que temía.

El potro se sacudió como un perro mojado. Foxleigh se deslizó hacia un lado y se agarró al pomo. El animal dio un bote. Foxleigh seguía agarrado al pomo con todas sus fuerzas. Habría sido mejor que el caballo le hubiera desmontado, pues Pete pudo ver que corría peligro, mucho mayor, de quedar colgado del estribo.

El potro daba ahora saltos a lo largo de la calle, culebreando de un lado a otro. Pete corrió entonces hacia “Sonny”, su alazán, que descansaba plácidamente frente a la oficina del comisario Moline. Un instante después se encontraba sobre la silla y espoleaba al noble bruto.

Lo que tanto temía sucedió al fin. Foxleigh no había podido seguir agarrado al pomo del arzón. Su cuerpo iba resbalando hacia tierra. Pero una de sus botas no había podido abandonar a tiempo el estribo. El potro caracoleó hacia un lado: Foxleigh se deslizó hacia el otro. Y su bota quedó cogida en el estribo como en un tornillo. Se había agarrado ansiosamente con una mano a una parte

de la silla, pero parecía ir perdiendo fuerzas.

Pete clavó las espuelas en los ijares de “Sonny”. Acostumbraba a tratar bondadosamente al alazán, pero aquello era cuestión de vida o muerte.

“Sonny” salió disparado, como una bala. Sus cascos, al batir el duro suelo, sonaban como el tableteo de una ametralladora.

—¡Vamos, muchacho! ¡Todo lo que puedas, compañero!” —le gritaba Pete Rice.

El alazán respondió con inteligencia casi humana. Sus finas patas batieron el aire con la velocidad del relámpago. ¡Hala, hala! El traqueteo de sus cascos se convirtió en un vertiginoso torrente de sonidos.

Foxleigh había soltado su débil agarradero. Colgaba ahora completamente del estribo. El animal botaba en saltos frenéticos. El cráneo del jinete chocó contra el duro empedrado de la calle.

“Sonny” se colocó a unos sesenta pies del enloquecido potro, y la mano de Pete buscó el rollo de cuerda que colgaba de su arzón. Un instante después el lazo trazaba círculos sobre su cabeza.

La cuerda salió disparada como una culebra, y fue a caer rodeando el sudoroso cuello del enloquecido caballo. Pete tiró del lazo con precaución; un tirón demasiado enérgico podría derribar al animal, que aplastaría con su peso al inerme jinete colgado del estribo.

Pete tiró, pues, gradualmente, procurando que “Sonny” fuese al mismo tiempo aproximándose. Y en el momento preciso se arrojó de la silla, agarrando la cuerda con mano firme, esforzándose por llegar a Foxleigh. Un segundo después desenganchaba del estribo de cuero el pie del jinete y colocaba su cuerpo semi inconsciente, fuera del alcance de los cascos del frenético bruto.

Rex Galvin, el desbravador, había salido precipitadamente de la talabartería del pueblo y sujetaba al animal por la brida. Pete llevó a Foxleigh hasta la acera, y le tendió en ella cuidadosamente.

Foxleigh mostraba sus blancos dientes de gamo en una débil mueca. Tenía un brazo magullado y una gran brecha en la cabeza, pero no había fractura.

—¡Vaya jinete que estoy hecho! —dijo con amargura—. Mejor será que en adelante me dedique a amaestrar “ponies”.

—Se sostuvo usted muy bien —le dijo Pete—. Pero ese caballo

es un homicida. Siga mi consejo y no trate de montarle otra vez.

—¡Gracias, sheriff! Y gracias también por haber hecho lo que hizo. Me salvó usted la vida.

—¡Oh!, no hablemos de eso —dijo Pete, azorado.

Sam Teeping, Clem Rogers y un tropel de ciudadanos corrían hacia allí, y Pete trató de terminar rápidamente el incidente. Pero Foxleigh insistió en seguir hablando de él.

—¿Puedo hacer algo por usted, sheiff?

Pete hizo un gesto de impaciencia.

—El distrito me paga para que cumpla con mi deber—contestó con brusquedad—. Olvidelo. Y proporcione un caballo bien domado para que le lleve a casa, si es que está en usted en condiciones de montar.

—Puedo hacerlo perfectamente —contestó el inglés, poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo de los calzones—. Gracias de nuevo, sheriff.

Cojeando ligeramente, se abrió paso entre la curiosa multitud y se encaminó hacia las cuadras de alquiler para proporcionarse un nuevo caballo.

Pete regresó con Sam Teeping, mientras penetraban en el destartalado edificio.

—Creo que ahora podré ayudarle en aquel asunto, sheriff. He encontrado una pila de ejemplares recientes debajo de mi mesa. Estoy seguro de que son los que llevan un par de aquellos anuncios, y...

Se agachó para buscar bajo la mesa y, de pronto, levantó la mirada hacia Pete.

—¡Cosa más extraña! —exclamó—. Los papeles estaban aquí mismo cuando corrí a la calle. Los vi con mis propios ojos. ¡Y ahora no queda ni rastro!

Brillaron con dureza los grises ojos de Pete.

—Bien, si han desaparecido, no hay nada que hacer —dijo—. Sam, usted que conoce a casi todos los vecinos, ¿quién es ese Foxleigh?

—Dicen que es un Inglés con mucho dinero —contestó Teeping—. Es simpático, ¿verdad?

—Sí —dijo Pete secamente.

—Ha alquilado una de las más hermosas casas de la población

—prosiguió Teeping—, y se dedica a coleccionar cosas como mantas de Navajo, cacharros, piedras indias de la buena suerte y otras chucherías.

El editor chasqueó los dedos.

—Hombre —dijo;— esto me trae una cosa a la memoria. Cuando llegó el último anuncio puse la copia en uno de estos cajones. Quizá lo encuentre.

Revolvió los cajones de su mesa, sacó algunos papeles y, finalmente, alargó uno a Pete:

—Aquí está, sheriff.

Pete examinó el papel. Era la misma escritura apretada y desfigurada que había visto en la misteriosa nota encontrada en la choza de Job Bentley. Decía así:

“Se recompensará bien al que informe acerca del paradero de dos piedras indias de la suerte. Llevan en uno de los lados una inscripción jeroglífica indio mexicana. Contestad a este periódico.”

Pete estudió el anuncio.

—¿Hubo alguna contestación? —preguntó a Sam.

—Sí, dos o tres, si mal no recuerdo.

—¿Y quién vino a buscar las respuestas?

—Un indio viejo que merodea por los alrededores de la estación y duerme en la sala de equipajes. Le llaman Cuito.

—Pues voy a ver si charlo un poco con él —dijo Pete.

* * *

Pete abandonó la redacción de “La Bonanza” y se dirigió a la estación del ferrocarril. Por el camino recogió a Teeny Buttley y a Hicks “Miserias”.

Ninguno de los comisarios había sido hasta entonces de mucha utilidad en el caso que ocupaba a Pete Rice. Se dedicaban a matar el tiempo y parecían muy mohínos. Pero quizá no tardara en llegar la ocasión de que sus rápidas pistolas y sus contundentes puños tuvieran que entrar en juego.

“Miserias”, cuyo oficio de barbero le había hecho maestro en habladurías y secretos de vecindad, manejaba de firme sus cortas piernas para mantenerse al nivel de las largas zancadas de Teeny Butler y Pete Rice.

—He vigilado mucho por aquí, patrón —informó a Pete—. Clem Rogers ha vuelto a su hacienda de “La Luna”. Y en cuanto a ese

Foxleigh, que tú salvaste de hacerse trizas, se detuvo con Ransome Beale a tomar unas copas antes de marchar a casa. ¿Sabes lo que dicen de él, patrón? Pues dicen que es un lord o un duque o algo parecido. Creo que en Inglaterra le llaman Sir Clive Foxleigh.

—Bien, eso no le hace ni mejor ni peor —replicó Pete—. Los títulos tienen también su misión en la vida. Atraen la atención hacia mucha gente que, de otro modo, se encontraría perdida entre la morralla.

El trío había penetrado en la pequeña estación de ferrocarril. El jefe estaba ocupado en preparar algunas mercancías para su embarque.

—¿Está por aquí el indio que llaman Cuito? —le preguntó Pete.

El jefe se alejó y miró por una ventana.

—Creí que se encontraría junto a la vía —dijo—. Le gusta mucho ver llegar los trenes. Pero no está allí. Esto me hace recordar que hace horas que no veo al viejo. Quizá se encuentre durmiendo en la sala de equipajes. Es muy haragán.

Pete se dirigió a la sala de equipajes, situada a la derecha del depósito. Golpeó la puerta con violencia. No hubo contestación. La empujó y estaba cerrada. Se presentó el jefe con una llave.

—Sospecho que Cuito no está dentro —dijo—. Pero, de todos modos, voy a sacar un baúl que hay que facturar en el tren que está al llegar.

Hizo girar la llave y abrió la puerta. La pequeña sala de equipajes, rara vez utilizada en aquella corta línea, era húmeda y oscura. Sus dos ventanas estaban llenas de polvo y espesas telarañas.

Pero la penetrante mirada de Pete Rice pudo ver pronto en la oscuridad. De un montón de cajas de madera y rollos de lona sobresalían dos piernas con zahones.

—Ahí está Cuito, dormido —dijo el jefe, mientras arrastraba un baúl hacia la puerta—. ¿Quién le encerraría aquí? No recuerdo que yo lo hiciera.

Pete se adelantó, contempló los pies calzados con mocasines, y se agachó al ver una mancha en el suelo. Parecía el rastro dejado por un sapo sobre un terrero arenoso. Pero era una mancha de sangre seca y coagulada. Un examen más atento reveló que la hoja de un cuchillo había atravesado el corazón del indio.

—Sí, está dormido, bien dormido —dijo lúgubrementemente Pete Rice—. ¡Pero no despertará jamás! Teeny, corre y tráete al joven que actúa de “coroner” suplente. “Miserias” se quedará aquí con el cadáver hasta que vuelvas.

—¿Y tú adónde vas, patrón? —preguntó “Miserias”.

—No tardaré en regresar —contestó el sheriff—. Voy a ver si charlo un rato con ese Clive Foxleigh.

CAPÍTULO V

CASCOS HOMICIDAS

Al pasar por la calle principal para buscar a “Sonny”, Pete recaló en el despacho del comisario Les Moline y le dio cuenta de la muerte de Cuito, el indio. El rostro enérgico y redondo de Les Moline se puso serio al escuchar la noticia.

—Pete —dijo;— celebro que hayas caído por aquí con motivo de ese asunto de los caballos salvajes. Confieso que me vería muy apurado si tuviera que arreglármelas solo.

El comisario fumaba cigarrillos de papel de maíz y procedió a liar otro cilindro, pues el que estaba fumando le quemaba ya los dedos.

—Sam Teeping estuvo aquí y me dijo que le han robado nos periódicos —informó a Pete—. Creo que eran unos ejemplares que te interesaban. ¿Sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué? —preguntó Pete.

—Pues que el autor del robo ha sido ese inglés Foxleigh. Te vio en la oficina del periódico. Armó entonces aquel barullo, quizá para hacerte salir de la casa, y uno de sus hombres lo aprovechó para robar los papeles mientras Sam estaba fuera.

Pete Rice había estado pensando lo mismo. Pero no dijo nada.

—No me gusta ese Foxleigh —prosiguió Moline, cuyo único defecto era la intolerancia. No le agradaban los forasteros, y particularmente los de otras nacionalidades—. Pero lo que no acabo de comprender es por qué Foxleigh ha arriesgado su vida sólo por hacerte salir a ti y a Sam Teeping de la redacción.

—No tiene nada de extraordinario —dijo Pete—. Los hechos actúan de modo diferente sobre cada individuo. Lo que hace a un hombre cobarde, convierte a otro en un desesperado. Tenme al corriente de todo lo que observes, Les —añadió, dirigiéndose hacia

la puerta.

Salió a la calle, recogió a “Sonny” y saltó a la silla. Unos momentos después galopaba hacia la casa que Foxleigh había alquilado entre el rancho de “La Luna” de Clem Rogers y la extensa propiedad llamada La Horca.

* * *

Mientras Pete galopaba, sus angulares mandíbulas parecían guardar el compás con los cascos de “Sonny”. Masticaba goma y reflexionaba sin cesar sobre aquel nuevo y desconcertante caso que había surgido tan de repente, mientras se disponía a disfrutar sus proyectadas vacaciones.

¿Por qué había sido asesinado Job Bentley? ¿Qué poseía éste que tan desesperadamente deseaba su matador? Tal era la principal cuestión que se debatía en el cerebro de Pete Rice.

Los otros hechos, no menos emocionantes, tenían su explicación. Él, Pete Rice, había rehusado creer que la muerte de Job Bentley hubiese sido causada accidentalmente. Por lo tanto, el asesino de Bentley había tratado de quitar a Pete Rice de en medio antes de que las investigaciones siguieran adelante.

Los móviles del asesinato de Cuito no eran tampoco difíciles de adivinar. El homicida había visto entrar a Pete Rice en las oficinas de “La Bonanza” de Sutter’s Bend y revolver sus viejos archivos. Sabía, pues que Pete estaba enterado de que Cuito, el indio, había ido a buscar las respuestas de los misteriosos anuncios, y había matado a Cuito antes de que pudiera hablar y revelar el nombre del que le enviara a las oficinas del periódico.

Foxleigh era el que había visto a Pete en las oficinas. ¿Habría hecho el inglés deliberadamente que se desbocase su caballo para atraer a Pete y Teeping mientras un cómplice penetraba furtivamente en la Redacción y robaba los ejemplares que pudieran proporcionar una clave?

Pete recordaba ahora nuevos detalles que acentuaban sus sospechas sobre Foxleigh. Éste no había bajado a Charici Valley con Job Bentley en persecución de la manada de caballos salvajes.

Pero Foxleigh podría haber sido lo suficientemente cauto para mantenerse detrás ¿Habría enviado un cómplice? ¿Y habría sido ese mismo cómplice el que había robado los paquetes de periódicos de debajo de la mesa de Sam Teeping mientras Foxleigh sembraba la

alarma en la calle principal?

En la imaginación de Pete Rice seguían amontonándose los indicios contra Foxleigh. Ante todo, el inglés era un forastero. Su pasado era por completo desconocido. Podría ser algún famoso impostor internacional que trabajase en aquella región con nombre supuesto, por razones sólo de él conocidas. Quizá sus manos se hubiesen manchado de sangre muchas veces antes de aquélla.

La mayor parte de los demás cazadores de la manada de caballos salvajes eran conocidos de Pete Rice o del comisario de Sutter's Bend, Les Moline. Rex Galvin parecía fuera de toda sospecha. Era un muchacho alegre y bonachón que llevaba seis años trabajando para Mel Cantrell, dueño del rancho de la Horca.

Mel Cantrell y Ransome Beale eran ciudadanos de posición sólida y acreditada. Sus informes eran excelentes. García, el desbravador, nunca había estado en los calabozos de Sutter's Bend, excepto cuando había tratado de beber toda la "tequila" que le pedía el cuerpo, en cuyas ocasiones se volvía bastante pependenciero.

Slim, Mike Curry, "Banty", Tolliver, Reese Spence y demás rancheros y "punchers" que habían tomado parte en la caza de aquella noche, parecían hombres honrados e incapaces de cometer un crimen. Podían reñir y liarse a tiros, pero Pete no juzgaba a ninguno lo suficientemente malvado para asesinar a un hombre.

* * *

El sol iba hundiéndose lentamente cuando Pete ascendía por la senda de la loma camino de la casa de Foxleigh. Tras los picachos de los Pampanos se elevaba un haz de rayos dorados en forma de abanico.

El sheriff caminaba con cautela. El hombre que había construido aquella máquina infernal para matar al que había descubierto su delito no se contentaría con un solo atentado. Por esto Pete Rice había tenido la precaución de llevarse del despacho de Les Moline un buen rifle.

La cuesta de la loma era muy empinada. A largos trechos, y a ambos lados, estaba flanqueada por un precipicio. En algunos de los repechos, un hombre con un rifle podría hacer un buen blanco sobre el viajero que cruzase por allí.

Pete contempló, ensoñador, el panorama. Un poco más lejos, entre aquellos árboles y arbustos, había una región que hervía

materialmente de caza. Pete nunca había matado animales por lo que algunos llaman “sport”, pero era tan buen tirador con un rifle como con un 45, y a menudo, en las sendas perdidas entre las montañas, su revólver le había proporcionado la cena. Estaba familiarizado con las costumbres de los animales salvajes.

Por consiguiente, salió de su ensueño al advertir que surgía un conejo por entre los árboles malezas de la ladera opuesta y que medio segundo después le seguía un coyote, delgado y hambriento. Pero el coyote no estaba cazando al conejo. Ambos huían ante la proximidad de otra criatura. ¿Un hombre?

El sheriff clavó sus espuelas en los ijares de “Sonny”. El alazán aceleró el paso. Pete buscaba el cobijo de una línea de árboles que se extendía a lo largo de la loma, y ya casi llegaba a ella cuando vio el fogonazo de un rifle al otro lado de la barranca.

Pero antes de que se oyese la detonación Pete había hecho alzarse a “Sonny” sobre sus ancas. La bala arrancó un trozo de corteza de un árbol próximo. Entonces Pete se arrojó del caballo, le palmoteó al flanco para que huyese y se ocultó entre unas malezas que crecían a un lado del sendero.

¡Buuuum! El rifle ladró de nuevo desde el otro lado de la barranca. La bala rozó los matojos a la derecha de Pete. Pero en el mismo instante chasqueó el rifle del sheriff. Había apuntado al fogonazo que brilló en la oscuridad.

El escopetero enemigo no contestó. ¿Le había alcanzado la bala de Pete? ¿Habría huido? Pete permaneció inmóvil unos momentos, luego se deslizó por entre la hierba en dirección a los árboles y se puso en pie detrás de uno de los troncos. Creyó percibir un movimiento a su espalda y envió una bala hacia allí. Pero tampoco hubo respuesta.

Avanzó, cautelosamente, de árbol en árbol; llegó a unos setos, donde “Sonny”, inteligentemente, se había detenido, y saltó a la silla.

Si había conseguido matar al pertinaz asesino tiempo tendría de encontrar su cadáver a la mañana siguiente. Ahora lo principal era llegar a la casa de Clive Foxleigh y ver si el inglés estaba en ella. De no ser así, la conducta de Clive Foxleigh se haría todavía más sospechosa.

* * *

Foxleigh estaba en casa. Apareció en pantuflas y bata cuando Pete fue introducido en su gabinete por uno de los sirvientes mejicanos.

Pastas, bizcochos, una tetera y una taza descansaban sobre una mesa, delante de la chimenea, en la que ardía un pequeño fuego, pues en la sierra y en aquella estación las noches eran algo frías. Dos enormes mastines ingleses reposaban ante los chisporroteantes leños.

Uno gruñó un poco cuando Pete penetró en la habitación, pero el otro, mas grande, se levantó y meneó la cola. Luego olfateó las botas de Pete y se dejó acariciar la cabeza. Foxleigh no pudo estar más amable.

—A esto lo llamo yo un golpe de buena suerte, sheriff —dijo, alargando la mano a Pete—. Siéntese delante del fuego. ¿Quiere una taza de té? Considérese como en su casa.

Pete se sentó. Uno de los mastines se enroscó a sus pies. Pete le volvió a acariciar la cabeza, y la cola del animal aporreó el suelo.

Foxleigh envió a su sirviente mejicano a buscar otra taza. Pete observaba al rubio inglés. Este parecía la cortesía personificada. ¿Fingía? ¿Era aquel hombre, al parecer tan complacido por la visita del sheriff, el que una hora antes había intentado matarle disparando desde el otro lado de la barranca?

Evidentemente, el agresor no podía haber sido el mismo Foxleigh. Pero Foxleigh parecía ser de esos hombres que pagan a otros para que ejecuten sus malas acciones.

El sirviente regresó con otra taza, y Foxleigh sirvió el té a su huésped. Pete Rice rara vez bebía té. Pero resolvió hacer un sacrificio en honor de Foxleigh. Siempre que tropezaba con delincuentes ladinos procuraba serlo más que ellos. Pero de nada servían tales métodos con un individuo como Foxleigh. El inglés, de ser culpable, tendría que ser vencido con otras armas. No era prudente insinuarle sus sospechas para ponerle en guardia.

—No sabe lo que me complace el que haya venido a verme, sheriff —dijo Foxleigh mientras llenaba de té la taza de Pete, dedicándose después a saborear el suyo con evidente delicia.

—Oh, no me lo agradezca. Tenía que resolver un asuntillo por aquí —contestó Pete. Y era verdad. Pero no dijo que el asuntillo era estudiar al mismo Foxleigh y tratar de sonsacarle para averiguar si

tenía algo que ver con el asesinato de Job Bentley y de Cuito, el indio—. Parece que le gusta a usted mucho esta parte del mundo, ¿verdad, Mr. Foxleigh? —preguntó, para iniciar la conversación.

—¡Oh, esto es maravilloso, sheriff! Casi me ha hecho olvidar a Inglaterra.

—Lo dudo. Comprendo que un hombre pueda arrojar de su cabeza el recuerdo de su país natal, pero no de su corazón. ¿Se propone usted permanecer mucho tiempo en estos bosques, Mr. Foxleigh?

—Oh, sí, algún tiempo —contestó el inglés—. Quiero cazar bastante antes de marchar. Me gustaría tropezarme otra vez con aquella manada de caballos salvajes. —Foxleigh sorbió el resto de su té—. Mal le fue a aquel pobre de Bentley. Parecía un buen sujeto. Por cierto que me sorprendió el saber que usted sospecha que se trata de un asesinato. ¿Tiene usted algunos indicios?

—No muchos —contestó Pete, evasivo.

Se había levantado de su asiento y se dedicaba a observar la colección de curiosidades de Foxleigh: mantas de Navajo, cacharros, amuletos indios y puntas de flecha.

Unidas a algunas de éstas y a algunos ejemplares de alfarería, se veían pequeñas tarjetas relatando su historia. Pete examinó la escritura atentamente. No se parecía a la letra apretada que había visto en la nota dirigida a Bentley y en el original del anuncio publicado en “la Bonanza”.

Pero de ser culpable, Foxleigh se habría cuidado de que las letras no se pareciesen. Probablemente se trataba de un falsificador internacional capaz de cambiar su escritura a voluntad.

Una cosa es segura: si Foxleigh era el asesino de Job Bentley y Cuito, costaría trabajo poder entregarle a la justicia. El hombre era ingenioso, culto, experimentado... No sería tan fácil arrancarle una confesión. Habría que manejarle hábilmente. En resumen, que el asunto requería tiempo.

Pete estaba convencido de esto, cuando dando por terminada su extraña visita buscó un pretexto y se despidió de Foxleigh.

El mastín amigo siguió a Pete hasta el caballo. El sheriff le acarició de nuevo la cabeza antes de saltar a al asilla. Al marchar notó que Foxleigh le miraba de modo extraño.

Era completamente de noche cuando Pete Rice galopaba sobre “Sonny” de regreso a la población. En un lugar en que el camino bordeaba Charici Valley, Pete oyó gritos. Rex Galvin, García, Mike Curry y el resto de los muchachos debían de andar otra vez tras aquel cauto jefe de la manada de caballos salvajes.

Por lo general, los caballos salvajes se acosaban sobre la meseta, llevando los cazadores animales de carga, provisiones para varios días y una reata de veloces potros para el acoso. Pero los boys de los ranchos de los alrededores recorrían el valle en sus ratos de ocio, no para cazar caballos, en el sentido regular de la palabra, sino para ver quién conseguía echar primero el lazo a aquel soberbio garañón de color castaño.

El sheriff hizo detenerse a “Sonny” y escuchó. No tardó en oír el extraño y sibilantes resoplido del caballo padre y, a continuación, los gritos de sus perseguidores.

La excitación de aquellos gritos contagió su sangre. Sería emocionante descender al valle por aquel intrincado sendero y capturar al garañón con ayuda de su seguro lazo y de la asombrosa velocidad de “Sonny”. Después llevaría al animal a la Quebrada del Buitre como regalo para Sam Hollis, uno de sus amigos y el más ardiente aficionado de todo Arizona a los buenos caballos.

Aunque fracasase en su empeño de atrapar el garañón, no habría perdido el tiempo. La carrera a través del valle le serviría para acercarse a la hacienda de Clem Rogers. O quizá encontrase al mismo Rogers entre los cazadores.

Pete Rice se sentía obsesionado por el nuevo caso. Tenía que obrar lenta y cautelosamente para coger a Foxleigh en algo; pro tratándose de Clem Rogers no eran necesarios tantos disimulos y se imponía la acción directa. Clem tenía muchas cosas que explicar: él era el que había llamado ladrón a Job Bentley, el que había registrado su cabaña y el que siempre se había conducido del modo más extraño. Además, tendría que justificar el empleo de su tiempo a la hora en que ocurrió el asesinato de Cuito, el indio.

El sheriff hizo galopar a “Sonny” sendero abajo, en dirección a Charici Valley. Al llegar a éste oyó los gritos de los cazadores hacia la parte Norte. Habían amontonado allí ramas y troncos para desviar al garañón hacia la garganta de un desfiladero que terminaba en el “cañón del Ciego”.

Pero los gritos y juramentos de los cazadores dijeron a Pete que el caballo había sido demasiado cauto para morder el cebo. Llegaba hasta allí el trueno de los cascos de la manada salvaje en su huída a través del valle, perseguidos una vez más por los excitados jinetes.

La manada acabó por diseminarse. Un grupo de yeguas, potros y algunos garañones corrían despavoridos, al parecer, sin rumbo fijo. Pete encaminó a “Sonny” hacia los jinetes que perseguían al núcleo principal, y ya iba a alcanzarlos cuando se vio detenido por un lamento inconfundible que salió de detrás de un montón de ramas colocado allí como obstáculo. Refrenó entonces a “Sonny” y se apeó precipitadamente.

Tras el montón de ramas apareció el cuerpo de un hombre tendido boca abajo. Pete le dio la vuelta suavemente. Encendió un fósforo en la suela de su bota. Su débil llama reveló las facciones de Clem Rogers, contorsionadas por la agonía. ¡Y en una de sus sienes veía la huella de un casco de caballo!

CAPÍTULO VI

DETRÁS DEL HOGAR

Pete apoyó la cabeza del ranchero en su brazo, y le habló dulcemente:

—¿Qué te ha sucedido, Rogers?

—Fue uno... de los... caballos —contestó el herido—. Debía de estar rabioso. Le había arrinconado entre las malezas y me sacudió una coz.

Rogers perdió el sentido. Pete le depositó suavemente en tierra. Luego sacó su 45 y disparó tres tiros al aire. A continuación rascó otro fósforo y prendió fuego al montón de ramas secas.

Volvió junto a Rogers. Éste iba a morir... no había duda. Tenía una herida en la parte posterior de la cabeza y otra en la sien, justamente encima de la oreja derecha. Se estremeció y abrió los ojos.

—¿Estás seguro de que fue un caballo, Rogers? —le preguntó Pete.

—Completamente seguro —contestó el herido, silabeando las palabras—. Sé que voy a morir, sheriff. Y yo quería decirle que... yo no maté a Bentley. Lo juro. Sé que usted sospecha de mí... pero yo no lo maté. —Jadeó unos momentos y continuó:— Confieso que no quería a Bentley. Me había robado algo y... —Rogers tosió angustiosamente—. Es probable que a él también le matase uno de esos caballos homicidas. Ya ve usted qué ironía. Para sincerarme del asesinato de Bentley he tenido que venir a morir de la misma manera. Pero yo no odiaba a Bentley... —Su imaginación empezó a desvariar—. “¡Aléjate del hogar, Bentley, maldito ladrón! ¡Al fin lo encontraste! ¡Al fin...!”

Los cazadores galopaban hacia allí, atraídos por la hoguera y por los disparos de Pete Rice.

El sheriff advirtió dos figuras familiares a la cabeza de la cabalgata; la una alta y corpulenta y la otra pequeña y raquítica. Eran sus comisarios Teeny Butler y Hicks “Miserias”. Los comisarios, que se aburrían de lo lindo, habían decidido gastar parte de sus inagotables energías tomando parte en la caza del caballo salvaje en unión de los vecinos de Sutter’s Bend.

Teeny y “Miserias” se arrojaron de sus cabalgaduras al instante. Tras ellos hicieron lo propio Rex Galvin, Ransome Beale, Mel Cantrell, Mike Curry y varios otros rancheros y cowboys.

Beale curioseó primero a través de la incendiada maleza y luego se apeó del caballo y se colocó junto a los policías de la Quebrada del Buitre.

¿Qué ha sucedido? —preguntó—. Oímos los disparos, divisamos el resplandor de la hoguera, y... ¡Oh!

Su mirada se había posado en el rostro del moribundo Clem Rogers.

—¿Otro crimen, sheriff? —preguntó.

Sus facciones parecían extrañamente descompuestas al resplandor de la hoguera. Se arrodilló junto a Rogers.

—¿Qué te ha sucedido, Clem?

—Ya lo ves, Ranse —contestó el herido, con un hilo de voz—. Pero no ha sido un crimen. Me coceó un caballo que acababa de acorralar.

—Hay en la manada seis o siete de esas fieras —dijo Fuzzy, uno de los cowboys. Rogers musitó algunas palabras ininteligibles. Le iban abandonando las fuerzas.

—Hay algo detrás de mi hogar que dará una idea... Me voy, muchachos... Siento que me muero.

—¡No morirás, Clem! —dijo Ransome Beale, animándole. Y añadió, dirigiéndose al cowboy:— Corre al poblado a buscar un doctor, Fuzzy.

“No se sabe lo que puede suceder. Un hombre no muere hasta que deja de respirar. Yo voy a buscar un poco de agua.

Corrió hacia el pequeño arroyo que serpenteaba por la parte sur del valle, Clem Rogers vivía todavía cuando regresó un sobrero lleno el precioso líquido. Pero Pete Rice no pudo lograr que el herido bebiese algo. Tenía las mandíbulas rígidamente apretadas. Parecía a punto de caer en una especie de coma.

Se reanimó durante unos fugaces segundos.

—En alguna parte de la choza de Bentley —empezó a decir—, tiene que haber...

El hilo de voz que salía por entre sus amoratados labios se convirtió en imperceptible murmullo. La muerte acababa de envolverle en su negro manto. Pete le depositó suavemente en el suelo. Sentía ternuras de madre para el cuerpo sin vida del hombre que habría entregado despiadadamente a la horca, de haber resultado culpable.

Ransome Beale, Mel Cantrell y los demás que formaban el grupo se quitaron respetuosamente los sombreros.

—¡Pobre Clem! —dijo Beale, en voz baja—. Podría tener sus faltas, pero era todo un hombre.

—Cierto que lo era —convino Pete—. Y quizá sus faltas no fueran tan malas. Sus modales eran diferentes de los nuestros. Eso es todo. Sería como intentar reducir colinas y montañas a la misma altura, el pretender que todos los hombres se comporten del mismo modo. ¿Quiere cuidarse alguno de vosotros de llevar el cadáver al poblado?

Se ofrecieron varios voluntarios y Pete llamó aparte a Hicks “Miserias” y Teeny Butler. Hubo una breve conversación en voz baja. Después los tres policías de la Quebrada del Buitre subieron a sus monturas y se alejaron cruzando Charici Valley.

Al principio caminaron al paso hasta que la oscuridad puso una cortina entre ellos y el grupo que rodeaba el cadáver de Clem Rogers. Luego dieron rienda suelta a sus caballos y galoparon de firme. Se dirigían al rancho del muerto.

“Algo detrás de mi hogar”, había dicho Clem, moribundo. ¿Era mero desvarío o había realmente detrás del hogar algo que podría dar una clave para el misterio de Charici Valley, más tenebroso cada vez?

Pete se sentía hondamente preocupado. ¿Sería verdad que el ranchero había muerto atropellado por el caballo que acababa de acorralar junto al montón de malezas? De ser así, ¿no era posible, después de todo, que también otro caballo de la misma manada hubiese sido el causante de la muerte de Job Bentley, el hombre que Pete creía asesinado?

Y, sin embargo, aquellos dedos rotos de la mano de Bentley;

aquellas huellas peculiares de su palma, donde el objeto que apretó había dejado un mensaje de muerte... ¿qué significaban? ¿Y qué significaban también el revólver que se disparó solo y la muerte de Cuito, el indio, y la agresión a Pete Rice desde el otro lado de la barranca?

¿Había sido el asesinato de Cuito una mera coincidencia en el tiempo? Y el ataque a Pete Rice, ¿era el resultado del odio de algún hombre enviado por él a presidio en algún caso anterior?

El taco de goma restallaba bajo la presión de los blancos dientes de Pete. El sheriff se resistía a creer que todos aquellos acontecimientos no estuviesen relacionados. Refrenó a “Sonny” y habló a sus comisarios.

—Mejor será que demos a los caballos un poco de acero, muchachos. Es preciso llegar a la casa antes que nadie.

Los comisarios espolearon a sus cabalgaduras. Pete procuró sacar a “Sonny” la máxima velocidad. Quizá alguien conociera el secreto que se ocultaba en el hogar de Clem Rogers. Y ese alguien podría llegar primero, a menos que él y sus comisarios no lo impidiesen.

Llegaron al sendero de la loma que dominaba el valle, torcieron hacia la izquierda y galoparon hacia la hacienda “la Luna”, propiedad de Clem Rogers. Los cascos de sus caballos tamborileaban un furioso canto de velocidad. A la media hora los edificios del rancho parecieron surgir de las sombras.

Pete, que marchaba en cabeza, advirtió que había luz en una de las habitaciones de la casa. Probablemente sería Limpy Vedder. Limpy Vedder capataz de la hacienda “La Luna” en más prósperos días, habitaba todavía en la finca desempeñando menesteres extraños... y nada más que por el cobijo, según decía la gente.

El sheriff continuó avanzando, intrigado, pero, de pronto, todos los pensamientos que no significasen acción abandonaron su cerebro. Surgió un vivo fogonazo en la oscuridad, por la parte del corral, y una bala silbó sobre las cabezas de los defensores de la ley.

Dos disparos más salieron del mismo sitio en rápida sucesión. Pero los revólveres del trío de la Quebrada del Buitre llameaban ya también. Unas sombras se deslizaron a lo largo de la cerca del corral.

Los temores de Pete Rice se habían confirmado. Alguien más

estaba evidentemente interesado en el secreto que se ocultaba detrás del hogar de Clem Rogers.

CAPÍTULO VII

LA LÁPIDA ROTA

Los rostros de los tres representantes de la ley experimentaron un cambio completo. Era aquella una llamada a la lucha... y a tal llamada nunca habían dejado ellos de contestar.

La afilada mandíbula de Pete parecía aún más cuadrada. Chispeaban sus grises ojos, duros ahora como pedernales. La desarrollada barbilla de Teeny Butler parecía querer recogerse hacia la nariz. El rostro de “Miserias” mostraba una gravedad acorde con las circunstancias. Sus azules pupilas de irlandés estaban llenas de lucecitas extrañas y parecían echar fuego cada vez que hablaba su revólver.

El trío de la Quebrada del Buitre tenía que luchar con un enemigo muy superior en número. Los tres se dieron cuenta de ello sin el menor temor, ni preocupación siquiera. Sentían lo que un boxeador debe de sentir ante un rival de muchas más libras, pero de escasa experiencia. Se deslizaron de las sillas ahuyentaron a sus caballos y se tendieron en tierra sin dejar de disparar.

Casi siempre luchaban para capturar, más bien que para herir o matar; Teeny Butler con su látigo, Hicks “Miserias” con sus boleadoras y Pete Rice con su lazo infalible. Pero ahora se trataba de habérselas con un enemigo demasiado fuerte y mal intencionado y no había que andarse con miramientos. Aquello era una verdadera batalla en la que llovían balas como pedrisco.

Pero ya los hombres apostados detrás de la cerca del corral se batían en retirada. El furioso fuego del sheriff y sus comisarios les habían arrebatado gran parte de su acometividad. Seguían disparando, pero apresuradamente, al buen tun tun, sin precisar la puntería.

Un disparo, mejor dirigido, atravesó el ala del sombrero de Pete

cuando el sheriff se levantó para avanzar unos cuantos metros. Otro rozó el chambergo de Teeny Butler. Pero el resto de las balas se perdió en el río. Pete Rice logró deslizarse hasta debajo de la ventana iluminada y miró al interior de la habitación.

Dos hombres estaban agazapados junto a la gran chimenea. Habían ya quitado unos cuantos ladrillos del revestimiento, pero el tiroteo les había obligado a abandonar la tarea y aguardaban allí revólver en mano. La aparición de la cabeza de Pete fue saludada con dos balazos que rompieron los cristales de la ventana.

El sheriff se agachó rápidamente, pero volvió a erguirse acto seguido como impulsado por un resorte. Sus dos revólveres vomitaban fuego. Uno de los hombres se desplomó sobre la chimenea. El otro soltó el arma con un grito de dolor y se arrojó por una ventana que había al fondo de la habitación.

Pete corrió entonces a reunirse con sus comisarios, que ya habían avanzado varios metros en dirección al corral, prosiguiendo su enérgica ofensiva.

Se oía pataleo de caballos. Los bandidos habían corrido a sus cabalgaduras. Unos instantes después se lanzaban en tropel por la puerta trasera del corral y de desvanecían en la noche. El trío les obligó a apresurar la carrera con una granizada de plomo.

La derrota de los bandidos había sido ridículamente fácil... demasiado sencilla. Pete creía que no tardarían en volver, posiblemente con refuerzos. Era preciso llegar al hogar, trabajar deprisa y descubrir el secreto que ocultaba.

No obstante, antes de entrar en la casa el sheriff y sus comisarios inspeccionaron rápidamente el corral. Quizá habría en él heridos cuyas vidas pudieran salvarse. Pero sólo encontraron dos hombres. Y estaban muertos como piedras. Otros debían de haber resultado heridos, pero no tan gravemente que no hubieran podido huir.

Pete, por el momento, dejó los muertos donde estaban, y apostó a "Miserias" en la puerta trasera de la casa, para que diera la alarma en caso de que regresasen los malhechores. "Sonny", el alazán, fue también colocado de centinela en la otra puerta de la ranchería.

El inteligente animal, soberbiamente adiestrado, no dejaría de relinchar si alguien se aproximaba por la parte Norte o por la senda. Tomadas estas precauciones, Pete y Teeny penetraron rápidamente

en el pequeño edificio.

El bandido muerto yacía con la cabeza apoyada en el fogón. Teeny llevó el cadáver al otro lado de la habitación y lo tendió sobre un camastro que una enorme cabeza de alce contemplaba con sus ojos de vidrio.

Pete se dispuso a arrancar los ladrillos del hogar. Utilizó para ello un hurgón de hierro que encontró junto a los morillos y se ayudó también con su navajín. Poco a poco fue saltando el duro mortero y cayeron ladrillo tras ladrillo, pero no apareció ningún hueco secreto detrás del revestimiento del fogón.

El sheriff orientó sus esfuerzos hacia la parte izquierda. De pronto, el extremo del hurgón y, apoyándolo en el ladrillo más próximo, apalancó con fuerza. El ladrillo se aflojó y cayó al suelo. Su ausencia dejó al descubierto un negro agujero.

Pete introdujo su brazo en la oquedad. Sus dedos buscaron ávidamente por el interior, pero se retiraron vacíos. No había nada allá dentro. ¿Habría sido un desvarío de Clem Rogers? ¿Habría sido Job Bentley el que arrebató a aquel escondrijo su valioso secreto?

Los ojos de Pete se iluminaron de sorpresa al fijarse en el reverso del bloque de ladrillos que había arrancado con el hurgón. A aquel reverso esta sujeta una delgada plancha de granito, de forma irregular, cementada a los ladrillos. Y esculpido en la delgada plancha aparecía una especie de jeroglífico; Caracteres indios, opinó Pete. Pero su significado era cosa que ni siquiera podía imaginar.

Teeny Butler fijó su asombrada mirada en la extraña lápida.

—Me parece —dijo—, que eso es lo que buscaban aquellos tunantes, patrón.

Pete asintió con un gesto.

—Sí. Esto es algo que no vale un centavo por sí mismo, pero bien pudiera ser que representase una fortuna. —Examinó los caracteres atentamente—. Me parece que aquí falta algo —añadió—. Esta plancha es de forma tan irregular que aunque entendiéramos los caracteres, no sacaríamos nada en limpio. Todas las líneas están incompletas.

Pete masticó su goma lentamente.

—Quizá Hopi Joe pudiera ayudarnos —reflexionó.

Se refería a un guía indio de la Quebrada del Buitre, que frecuentemente le había ayudado a perseguir criminales. Hopi Joe

conocía muchos secretos indios, y era amigo íntimo del sheriff al mismo tiempo que colaborador suyo.

—No es esa la manera de escribir de Hopi Joe —observó Teeny.

—Es posible. Pero Hopi conoce a indios de todas las razas. Voy a enviarle esta misma noche un telegrama para que se presente aquí.

El sheriff amontonó los ladrillos al pie del fogón y se guardó en el bolsillo la plancha que había despertado su interés. No tenía idea alguna de lo que pudiera valer aquel pedazo de granito, pero algo le decía que constituía la pista más importante. Y esta también convencido de que, algún día, la extraña piedra enviaría a un asesino a la horca.

Los bandidos no volvieron. Hicks “Miserias” se había mantenido ojo avizor en el corral, y el inteligente “Sonny” no había tenido necesidad de relinchar anunciando la presencia de un posible enemigo.

Los cadáveres de los tres malhechores quedaron en el rancho, y los representantes de la ley emprendieron su regreso al poblado. Pete marchaba silencioso. La pequeña comitiva penetró en un cañón, cuyas paredes se elevaban cortadas a pico hasta perderse en la obscuridad de la noche. En la de la derecha una enorme grieta hendía la roca. Teeny señaló hacia lo alto.

—Parece que esos pájaros luchan por algo, patrón.

Pete alzó la mirada. Perfilados por la luna, giraban, acometiéndose, dos halcones. Las afiladas garras del pájaro más grande rajaban con cruel ferocidad el cuerpo del más pequeño. Volaban arrancadas las plumas de ambos contendientes y, de pronto, uno de ellos dejó caer una avecilla que hasta entonces había sido su presa.

—He ahí una buena lección para nosotros, muchachos —dijo Pete a sus comisarios—. Algunas aves de presa esperan a que capture otra la víctima para disputarle su posesión. Los granujas que sorprendimos en el rancho saben, probablemente, que hemos descubierto lo que ocultaba detrás de la chimenea.

La mano del sheriff se aproximó al 45 que descansaba sobre su cadera derecha. Al mismo tiempo refrenó a “Sonny” y se irguió rígidamente en la silla. Pete olfateaba el peligro. Parte de su éxito como sheriff provenía de que sabía imaginarse lo que los enemigos de la ley harían en determinadas circunstancias.

El camino que iban siguiendo era el atajo más corto hacia el poblado, pero atravesaba lugares solitarios y salvajes. Se encontraban en aquel momento en un lugar muy a propósito para una emboscada.

El sheriff iba observando la cabeza de “Sonny”. Las orejas el alazán se enderezaron de repente. Pete se detuvo a escuchar. No oyó nada... durante cuatro segundos. Pero al quinto sonó una detonación, que resonó en el silencio del cañón como un trueno terrorífico.

El sombrero de “Miserias” voló de su cabeza. Y apenas se había extinguido el eco del disparo, cuando una nutrida descarga acribilló de balas el paredón a la derecha de los jinetes.

Pete hizo dar la vuelta a “Sonny”.

—¡Retrocedamos hacia el otro extremo del cañón, muchachos! —ordenó.

El alazán se lanzó a galope tendido. Pero desde un bosquecillo de álamos, unos metros más adelante, salió un fuego infernal. Llovía plomo por todas partes. Los policías de la Quebraba del Buitre estaban prácticamente rodeados. Los bandidos, probablemente reforzados ahora, perseguían el trozo de lápida que Pete Rice había arrancado del hogar de Clem Rogers.

CAPÍTULO VIII

FUEGO EN LA ESPESURA

Pete sabía, como los generales y los boxeadores hábiles, que hay un tiempo para la retirada y otro para el avance. Aquél era evidentemente el tiempo de la retirada... temporalmente, al menos.

Las balas zumbaban como abejas sobre las cabezas del sheriff y sus comisarios. Ocupaban una posición relativamente desamparada, y no podían confiar en que la suerte los protegiera indefinidamente. La luna iba subiendo, y si ellos decidían sostenerse donde se encontraban, los bandidos, apostados en lo alto del cañón, podrían ir cazándolos fácilmente. Pero Pete no tenía la menor intención de dejarse cazar como un conejo.

Hizo maniobrar a “Sonny” hábilmente y lo encaminó hacia la boca del desfiladero. Aunque también había enemigos por allí representaban el menor de los peligros. En aquel lugar tendrían que luchar al descubierto, y no parapetados como sus compañeros de la parte del cañón.

Silbaban y rebotaban las balas mientras los tres jinetes galopaban desalados hacia la boca del desfiladero. Y los 45 de Pete y sus comisarios contribuían al estrépito. Los bandidos, que habían creído poder cortarles la retirada, sufrieron una amarga decepción. Había allí como media docena de ellos. Tres volvieron grupas y no mostraron el menor deseo de combatir. Los otros tres abrieron fuego. Dos se desplomaron de sus sillas cuando los revólveres de “Miserias” y Teeny ladraron como perros rabioso. El tercero dio la vuelta a su caballo y siguió a sus más discretos compañeros, pero cortó el aire un característico siseo y caballo y jinete rodaron por el suelo.

Hicks “Miserias” había lanzado sus temibles “bolas”. Era un arma rudimentaria, compuesta por una tira de cuero, a la que iban

unidos tres pesos. Uno de los clientes de la barbería de Hicks “Miserias” —antiguo gaucho argentino, y ahora vaquero en los alrededores de la Quebrada del Buitre— había regalado al comisario las bolas como una novedad, pero el barberillo no tardó en sacarles rendimiento práctico. Muchas veces, en sus luchas con los malhechores, las utilizaba en lugar del revólver. Eran casi tan eficaces, y ahorran sangre. Estas bolas eran las que se habían enroscado en las delgadas patas del caballo que huía, derribándole.

Los policías no tuvieron tiempo de detenerse para capturar al bandido caído. Siguieron galopando hacia la boca del cañón, y al llegar a un bosquecillo de álamos, desmontaron y buscaron abrigo para sus caballos.

Estaban todavía en peligro. Los proyectiles de los malhechores ocultos en el desfiladero se clavaban en los troncos de los árboles o cercenaban ramas enteras a su alrededor. No tenían blanco directo, pero procuraban desparramar el fuego, esperando que la ley de las probabilidades proporcionase a sus balas el obstáculo de un cuerpo humano.

Hicks “Miserias” escapó a la muerte por menos de una pulgada, cuando una posta le rozó la sien al sesgo y arrancó una partícula de carne el borde de su oreja izquierda.

Su revólver vomitaba llamas sin descanso. Pero Pete Rice se dio cuenta de que él y sus compañeros ocupaban un lugar poco estratégico. Todo lo que podían hacer era disparar hacia los fogonazos a medida que iban surgiendo.

El sheriff masticaba goma silenciosamente, reflexionando. Le llamó de pronto la atención que el humo de los revólveres de sus comisarios flotaba un momento en el aire de la noche... y después era arrastrado hacia el Este. ¡Y era en la parte Este donde los bandidos se habían parapetado!

Teeny Butler cogió el rifle que Pete había pedido prestado al comisario Les Moline. Teeny era de un temperamento más tranquilo que Hicks “miserias”. Había menos furia en sus ataques, pero procuraba no desperdiciar ni un tiro. Esperó, pues, la aparición de los fogonazos, y después apuntó con cuidado y disparó. Al tercer disparo se oyó un grito de dolor por la parte del cañón.

—¡Ya cayó uno, compañero! —dijo a “Miserias”—. ¡Escucha cómo aúllan los coyotes!

Pero Pete Rice veía que todavía estaban en gran desventajas. No podían retirarse sin peligro, pues a poca distancia empezaba un terreno muy poblado de bosque y los malhechores huidos podían estar acechando allí. Y en cuanto a seguir disparando contra los bandidos parapetados en el cañón, era casi malgastar en plomo. ¿Qué hacer? La segura puntería de Pete y sus compañeros no resolvía nada. Luchar, para Pete Rice, no era asunto de suerte o de conjetura. Él estaba acostumbrado a planear sus ataques y defensas con el frío cálculo de un general.

Teen y “Miserias” se daban también cuenta de que la victoria, si es que llegaba, sería cosa muy lenta. Cada granizada de los del cañón llevaba en sí una posibilidad de muerte. Los comisarios podían de vez en cuando dejar a un bandido fuera de combate, pero había mil probabilidades contra una de que antes acabarían ellos con los comisarios.

El impetuoso “Miserias” sacudió la cabeza con desaliento.

—Patrón —dijo:— ¿no crees que sería mejor cargar contra ellos? Siguiendo aquí, no podremos hacer gran cosa.

—Eso es precisamente lo que quieren que hagamos —replicó Pete—. Si nos lanzamos contra sus posiciones, correremos a nuestros funerales. Y yo no estoy por darles gusto. Tengo otra idea —añadió con maliciosa sonrisa.

Sus grises ojos seguían todavía las volutas de humo de los recalentados revólveres de sus comisarios. El aire de la noche continuaba arrastrando aquel humo hacia el Este.

—Manteneos a cubierto, muchachos —ordenó:— Yo voy a adelantarme un poco, arrastrándome.

—Iremos contigo, patrón —dijo “Miserias” alborozado.

—No, quedaos aquí. Me propongo desalojar a esas ratas por medio del fuego. El fuego es un buen servidor, pero un mal amo. Y yo haré que nos sirva a nosotros y que les mande a ellos. Creo que el viento favorecerá mis propósitos.

El sheriff enfundó su 45 de culata de nácar, y empezó a arrastrarse hacia el interior del cañón. Hacía semanas que no había llovido. Las malezas que cubrían las paredes del desfiladero estaban tan secas como huesos al sol. Si el viento le ayudaba, Pete podría convertir en victoria la inminente derrota.

La bala de un rifle se hundió en el tronco de un álamo, a sus

espaldas, en el momento en que surgía de un grupo de árboles, arrastrándose. Se aventuró entonces a ponerse en pie y atravesar corriendo el espacio abierto. Los bandidos se dieron cuenta de que algo se movía por allí y le lanzaron una lluvia de balas.

Pero Pete logró llegar a unos matorrales y se arrojó a tierra tras ellos.

Casi inmediatamente cambió de posición con la agilidad de un indio. Las balas de los del cañón acribillaron el sitio que ocupara un momento antes.

Pete siguió avanzando a rastras, lentamente. El crujir de las ramas a su alrededor era como música para sus oídos, ya que le anunciaban que arderían como yesca. Pero los bandidos, desde su alto parapeto, debían haber descubierto la dirección de sus movimientos. Las balas cercenaban malezas y arbustos a su alrededor.

Los malhechores parecían presentir algún movimiento estratégico, y centraban su fuego sobre el sheriff. Uno de ellos se asomó tanto, que Pete pudo ver a la luz de la luna el cañón de su rifle. El sheriff sacó su Colt. Pero antes de que pudiera disparar, surgió un fogonazo del sitio en que habían quedado “Miserias” y Teeny.

El bandido del rifle lanzó un grito y su cuerpo cayó dando volteretas por el aire. El cadáver rebotó a pocos metros de Pete. Siguió a esto un momentáneo silencio, pero los malhechores no tardaron en reanudar su ataque con renovada furia. Sus descargas eran contestadas como en eco por los revólveres de los comisarios.

Pete se metió la mano en un bolsillo y sacó un fósforo. Se encontraba en la parte más espesa de un trozo de terreno cubierto de malezas secas. Rascó el fósforo y lo abrigó entre sus manos. En el momento de surgir la pequeña llama, una bala pasó rozando la cabeza de Pete. Pero éste conservó su calma y aproximó el fósforo a la hojarasca.

Se inició el fuego. Se elevó una tenue columna de humo azul que quedó flotando en el aire como una cortina opaca, que protegió a Pete en su retirada, haciéndole invisible a los tiradores.

El fuego se comunicó a las malezas que cubrían las paredes del desfiladero, con un lento movimiento serpenteante. Mil rojas lenguas surgieron por todas partes haciendo crepitar las plantas a su

paso. Se elevaba el humo en oleadas de nubes que el viento arrastraba hacia el Este.

Salieron gritos del grupo de bandidos parapetados al borde del precipicio. Se veían enracimarse sus sombras a medida que les cercaba el fuego. Se daban cuenta del peligro. No podían saltar el escarpado talud para escapar de la amenaza. Y si esperaban allí mucho tiempo, el fuego se correría a ambos lados y les cortaría la salida.

—¡Eh, los de abajo! —gritó una voz.

Pete se agazapó en las malezas, fuera del alcance de las llamas.

—¿Qué queréis? —respondió, gritando también.

—Queremos parlamentar, sheriff. Te cedemos lo que cogiste en la chimenea de Clem si nos dejas salir de aquí.

Pete se echó a reír.

—¡Sois muy generosos! —gritó—. ¡Ya saldréis de ese agujero si no queréis morir achicharrados! Y aquí os esperamos con los brazos abiertos para llevaros a la cárcel.

Nada contestaron los sitiados. Las llamas seguían avanzando, crepitantes.

Salió de allá arriba un terrible juramento.

—¡Buena nos la has jugado, sheriff! —clamó un vozarrón—. Pero no te va a durar mucho la satisfacción. ¡Todos a una contra él, muchachos!

Cayó una granizada de plomo sobre las malezas en que Pete se había refugiado. Una de las balas le rozó la sien derecha. Y Pete sintió que se desvanecía.

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE DE LA CARA DE RATA

Pete se dio cuenta del peligro que corría. Los bandidos luchaban ahora a la desesperada. Tenían la furia del puma malherido o de la culebra en sus contorsiones de agonía. Sus balas atravesaban la cortina de llamas e iban a enterrarse a ambos lado del sheriff. Pero Pete no contestó a sus disparos ni se movió una pulgada del sitio en que estaba. No quería darles a conocer su posición exacta.

La humareda se cernía ahora en negras nubes sobre el borde del Cañón y pequeñas lenguas de fuego lamían ya el parapeto de los bandidos. Era sólo cuestión de segundos el que éstos se rindiesen. Y Pete decidió resistir durante aquel espacio e tiempo.

Una bala rozó su hombro y sintió que la sangre caliente le corría por el brazo. Pero no lanzó un grito. Un instante después, una voz ronca, medio ahogada por el humo, propuso la rendición.

—¡Vamos a salir, sheriff!

Pete no contestó, teniendo algún engaño. Los bandidos habían cesado de disparar.

Pasaron diez segundos mortales, Se destacaron unas formas, iluminadas por el resplandor de las llamas. Corrían de un lado a otro como enloquecidas; por todas partes la cortina de fuego les cerraba el paso.

—¡Arrojad las armas! —gritó Pete—. Nos ofrecéis un blanco magnífico. ¡Vamos ya, o disparamos!

Los bandidos arrojaron sus revólveres. Al llegar a un repecho donde el terreno era más seguro, levantaron las manos. Uno las bajó un instante, pero fue sólo para frotarse los ojos inflamados por el humo. Todos estaban como mareados y caminaban con vacilantes pasos.

Eran seis, y dijeron que habían sido diez en un principio. Los

revólveres de los comisarios habían librado a tres de ellos de la amenaza de la prisión. Pete envió a “Miserias” allá arriba a buscar un cuarto bandido cuya vida podría aún salvarse con adecuado tratamiento.

Los seis hombres se alinearon bajo el ojo vigilante del revólver de Pete Rice. Uno de los bandidos, que parecía el jefe, sonrió mostrando sus dientes ennegrecidos por el tabaco.

—Este humo no es muy agradable para los ojos, sheriff —dijo, pasándose un dedo por los párpados—. Si usted me lo permite, voy a...

Se abatió su mano con la velocidad del relámpago. Surgió una diminuta pistola de debajo de su camisa.

¡Crack! Restalló el látigo de Teeny Butler. Su tralla se enroscó en la mano que empuñaba el arma. El revólver cayó a tierra, rebotando.

—Si tú me lo permites —dijo Pete remedando al individuo—, voy a ponerte en condiciones de no intentar una nueva traición. Registradles a todos, Teeny.

Teeny lo hizo así y no encontró más arma que una gran navaja en el bolsillo de uno de ellos. Hicks “Miserias” descendía trabajosamente por la senda cargado con el bandido que había quedado en lo alto. Pero llevaba ya un cadáver. El desgraciado había muerto desangrado a causa de un balazo en el cuello.

La fila de malhechores clavó la mirada en el cuerpo que “Miserias” depositó en el suelo.

—Este ha escapado de lo que a vosotros os espera —dijo Pete al que parecía el jefe—. Voy a interrogaros y empezaré por ti. ¿Cuál es tu nombre?

El forajido, que lucía unas hirsutas babazas, enarcó las negras cejas.

—Hay quien me llama una cosa y hay quien me llama otra —contestó con desparpajo—. Usted puede aplicarme el nombre que quiera y quedarse satisfecho.

—¿Para quién trabajas? —insistió Pete.

—¿Le gustaría a usted saberlo? —fue la respuesta, todavía más desafiadora que la anterior.

Pete fulminó al individuo con la mirada.

—Hay por aquí muchos álamos a los que podrías servir de

adorno —dijo—. Pero como yo represento a la ley, dejaré que la ley siga su curso. Si tienes que decir algo, si tienes que manifestar alguna cosa que quizá rebaje tu condena a presidio, ahora es la ocasión.

El barbudo individuo miró de soslayo a sus compañeros.

—Nada tengo que decir... por el momento —dijo con maliciosa intención.

—O. K. —rezongó Pete.— Allá tú.

Sabía cuando no debía insistir sobre un punto. Según todas las apariencias, el forajido hablaría cuando no le escuchasen sus compañeros.

Los prisioneros fueron atados formando cuerda y llevados a la población.

Los muertos quedaron detrás. Más tarde se enviaría a buscar sus cadáveres.

Había una pequeña multitud esperando a la puerta de la prisión de Sutter's Bend cuando Pete y sus comisarios introdujeron a los prisioneros en el pequeño edificio de adobes.

Los grises ojos de Pete recorrieron el grupo allí congregado. Algunos de los que lo formaban eran ociosos, ávidos de emociones, que lo mismo acudían a ver llegar los trenes a la estación como a ver meter a los presos en la cárcel. Pero, en opinión de Pete, algunos podían ser también espías.

La mirada del sheriff fingió no conceder al hombre de la cara de rata más atención que lo corriente. Pero el rabillo del ojo no dejó de observar las reacciones del extraño individuo. Éste no tardó en apartarse disimuladamente de la multitud, encaminándose con afectada parsimonia hacia un callejón que desembocaba en la calle principal.

Pete se plantó de dos zancadas en la entrada del callejón y miró a lo largo. El hombre de la cara de rata, creyéndose ya libre de toda observación, caminaba apresuradamente, y al llegar al final de la calle echó a correr. ¿Qué relación podía tener con el asunto de los presos? No había duda de que había alguna.

Pete volvió a reunirse con sus comisarios cuando éstos hacían pasar al último prisionero por la puerta de la prisión.

—Encerradme bien a estos pájaros —ordenó—, y esperad aquí hasta que yo vuelva.

El sheriff echó a correr y, tras atravesar el callejón, salió a la calle principal. Todavía llegó a tiempo para ver al hombre de la cara de rata en el momento en que entraba en la taberna “El Filón de Oro”. Dos zancadas le bastaron a Pete para llegar y entrar también antes de que dejaran de oscilar las portezuelas empujadas por el perseguido. Pero el hombre de la cara de rata no estaba ya en el salón. Pete miró a lo largo del mostrador y se asomó al reservado y a las mesas de juego. Todo estaba lleno de gente.

“El Filón de Oro” era la taberna más concurrida de Sutter’s Bend. Sus entretenimientos atraían a hombre de todas clases. Personas de posición como Ransome Beale y Mel Cantrell; individuos cultos como Clive Foxleigh y el Doctor Kent, que poseía un sanatorio en las afueras de la población; y también vagos, borrachos y fulleros de toda laya. Una vez más la penetrante mirada de Pete recorrió la taberna. El hombre de la cara de rata había entrado en el salón; de eso no había duda. Pero no era menos cierto que no se encontraba allí.

Había solamente una explicación. El hombre de la cara de rata tenía que haberse dirigido hacia la parte posterior de la casa donde Gunther, su panzudo propietario, tenía una especie de despacho. Pete Rice había estado en él en otra ocasión. Recordaba que tenía en el techo un tragaluz y que estaba instalado en una especie de prolongación de la casa, más baja que el resto del edificio. Si pudiera encaramarse al techo y asomarse al tragaluz, quizá se enteraría de algo interesante.

Pete giró sobre sus talones y salió pausadamente del salón. Pero en cuanto se encontró en el callejón que separaba “El Filón de Oro” del Hotel de Sutter’s Bend, aligeró el paso.

Recorrió el sombrío callejón. A su final encontró un barril de whisky. Lo hizo rodar hasta aproximarle a la pared y se subió a él. Con sólo extender sus largos brazos y poner en acción sus aceros músculos, se encontró sobre el tejado. Se arrastró por él cautelosamente y llegó al tragaluz, a cuyo borde se tendió para mirar por el cristal.

Era claramente visible el interior de la pequeña habitación situada debajo. Una gran mesa de cubierta de corredera estaba ocupada por un hombre grueso y calvo. Frente a él, en una silla de respaldo recto se sentaba el individuo de la cara de rata.

Al principio, Pete no pudo oír su conversación. Alguien aporreaba un piano en la taberna, y el sheriff pudo ver que Gunther dirigía una mirada de impaciencia a la puerta del despacho y oyó que gritaba a su visitante. “¡Cierra esa maldita puerta! ¡Así no puede uno ni pensar!”

El de la cara de rata se puso en pie y se dirigió a la puerta. Pete había aprovechado el estruendo del piano para levantar la cubierta del tragaluz introduciendo bajo ella el cañón de su revólver. La pequeña abertura le permitía oír mejor.

El individuo cerró la puerta y volvió al asiento. Llegó hasta Pete el ronroneo de su voz, pero no sus palabras. No obstante oyó claramente el gruñido con que le contestó Gunther.

—¿Estás seguro de que Benge y Carter estaban entre ellos? Yo creía que eran lo bastante listos para no dejarse prender, ni aun por ese maldito Pete Rice.

—Estoy completamente seguro, Gunther. Los metieron a todos en la cárcel. Iban tiznados, como de humo.

El espía aproximó un poco más la silla a la mesa y, con gran disgusto de Pete, bajó la voz hasta convertirla en un cuchicheo. Parecía estar contando una historia bastante larga.

Pete se preguntó si podría levantar un poco más el tragaluz sin ser oído. Decidió probar. Desenfundó su segundo 45 y se arrastró hasta el otro lado del traga luz para meter el cañón a guisa de cuña. Al hacerlo, oyó un ruido que venía de lo alto del callejón. Se volvió y miró.

Un bulto negro se descolgaba desde una ventana del tercer piso del Hotel de Sutter's Bend. A los pocos metros, el bulto se agarró a la cañería del agua adosada al costado del edificio, y se dejó deslizar.

El sheriff escudriñó en la oscuridad. No podía ver el rostro del presunto escalador, pero cuando éste llegó al nivel de las ventanas del segundo piso, un haz de luz descubrió primero un par de botas de montar, luego unos calzones muy ceñidos y, finalmente, una camisa a cuadros.

El rostro del individuo permaneció invisible durante todo el descenso. Pete sólo pudo ver la parte posterior de su cabeza. Al poco rato aterrizaba en el callejón y se escurría cautelosamente. Pete no hizo ademán de seguirlo, pero tomó nota mental del cuarto

del hotel del que había visto descolgarse. Más tarde averiguaría quién ocupaba la habitación y si le faltaba algo. En este caso, no sería difícil localizar a un hombre que llevaba botas de montar, calzones ceñidos y camisa de cuadros. La población de Sutter's Bend no era tan grande como para que tan estrafalario indumento pasase sin ser notado.

Por otra parte, un robo era cuestión baladí comparada con lo que él podría descubrir escuchando la conversación de Gunther con el hombre de la cara de rata. Pete introdujo cuidadosamente el cañón de su 45 bajo el marco del tragaluz, pero no pudo evitar un gesto de disgusto al percibir que parte del polvo allí acumulado caía en el despacho.

Gunther se dio cuenta también y, con rápido movimiento, se llevó la mano a la cadera. ¡Bang! ¡Bang! Dos disparos de su 45 perforaron el tragaluz. Los cristales cayeron hechos trizas sobre la mesa.

Pete se puso instantáneamente en pie y corrió hacia lo alto del tejado. No había razón para repeler el ataque. Además, no deseaba herir a Gunther, cuyo papel exacto en el misterio de Sutter's Bend no tenía medios de conocer todavía.

Pete tenía que ocultar su presencia. Aun la pequeña información conseguida —el conocimiento de que Gunther y el hombre de la cara de rata estaban en relación con los malhechores recientemente encarcelados— podría ser utilizada con ventaja si los dos cómplices no se daban cuenta de que él la conocía.

El sheriff cruzó el tejado, se dejó caer al callejón y se apresuró a salir a la calle principal. Corría la gente hacia la taberna "El Filón de Oro", atraída por el ruido de los disparos. Pete se mezcló entre la multitud y se abrió paso para penetrar el primero en la taberna.

Los clientes habían corrido en tropel hacia el despacho de atrás. Pete les siguió hasta allí. En seguida se dio cuenta de que el individuo de la cara de rata había desaparecido. Pero Gunther continuaba detrás de la mesa, empuñando todavía su Colt.

—De aquí han salido unos disparos —dijo Pete con severidad—. ¿Cuál ha sido la causa?

—Alguien ha tratado de atentar contra mí —contestó Gunther—. En mi negocio se tienen mucho enemigos. Oí ruido en el tragaluz y hasta me pareció ver el cañón de un revólver. Me apresuré entonces

a disparar antes que el que me espiaba y noté que corría por el tejado. Debe de haber logrado escapar. ¿Hay algo de censurable en mi actitud? —preguntó, dirigiéndose a Pete—. Se trataba de defender mi vida. Y suerte que la conservo todavía. ¿Quiere usted tomar una copa conmigo, sheriff?

—No tengo tiempo, gracias —contestó Pete. Le urgía seguir la pista al hombre de la cara de rata. Encargaría a Hicks “Miserias” que averiguase la relación que él y Gunther tenían con los detenidos.

Pete se apresuró, pues, a despedirse, pero al llegar a la calle y asomarse al callejón, notó que había luz en la ventana del hotel por donde había saltado el misterioso escalador. Sería interesante averiguar quién ocupaba aquella habitación.

Penetró en el hotel y se aproximó al mostrador. El empleado le saludó afablemente. Casi todos los habitantes del distrito de Trinchera conocían al sheriff “Pistol” Pete Rice.

—¿En qué puedo servirle, sheriff? —preguntó el empleado.

—Puede usted darme ciertos informes —contestó Pete—. ¿Quién ocupa la habitación cuya ventana da sobre la taberna “El Filón de Oro”?

El empleado consultó un registro.

—Creo que es el número 31 —dijo, y sus ojos recorrieron la página—. Mr. Beale es el que ocupa esa habitación. Como usted sabe, vive en una casa de campo, pero vienen de vez en cuando a la ciudad para despachar sus asuntos. ¿Quiere usted verle?

—Sí, deseo hablar con él.

—Suba por esas escaleras hasta el tercer piso, tuerza después a la derecha y siga hasta el final del pasillo. Es la última puerta a mano izquierda.

Pete siguió las instrucciones y llegó sin dificultad ante la puerta del cuarto Nº 31. Llamó con viveza.

—Entre —dijo la voz de Ransome Beale. El sheriff hizo girar el pestillo y entró.

Ransome Beale estaba sentado ante una mesa que sostenía un cuarto de botella de whisky y un par de vasos. El asiento opuesto lo ocupaba un individuo que vestía botas de montar, calzones ceñidos y camisa a cuadros.

El individuo era Clive Foxleigh.

CAPÍTULO X

¡ENVENENADO!

La amable sonrisa de Clive Foxleigh trajo una sonrisa no menos amable al flaco rostro de Pete Rice. Parecían existir ahora pruebas concluyentes de que el estafalario inglés vivía de su ingenio. Había visitado la habitación de Ransome Beale mientras éste estaba ausente, había robado todo lo que de valor pudo encontrar, y ahora, de regreso Beale al Hotel, le hacía una hipócrita visita de cumplido para desarmar sus sospechas.

Pero Pete estaba dispuesto a seguir disimulando en esta ocasión. El tal Foxleigh era un pillo de siete suelas y había que darle cuerda bastante para que se ahorcase.

—¡Bienvenido, sheriff! —dijo cariñosamente Beale, poniéndose en pie y ofreciéndole la mano—. Mi amigo Foxleigh y yo estábamos tomando unas copas. ¿Quiere usted acompañarnos?

.No, gracias —contestó Pete—. Acabo de enterarme de que para usted en este Hotel y he subido para preguntarle si ha sabido algo de Limpy Vedder.

Limpy Vedder era el ex capataz del rancho de Clem Rogers y no había sido visto desde la desgraciada muerte de su amo.

—Nada en absoluto —contestó Beale, ofreciendo al sheriff una silla. El brillo de sus ojos revelaba su interés—. ¿Cree usted, sheriff, que Limpy haya tenido alguna buena razón para desaparecer?

—¡Qué emocionante es todo esto! —intervino Foxleigh—. Cuando vine a Arizona no creía que me divertiría tanto. Ser sheriff en esta tierra es una cosa envidiable.

—Sí, nos divertimos mucho... a veces —dijo Pete con sorna—. Reconozco que la mitad de las tristezas de esta vida provienen de sentirnos cansados de nuestros oficios.

El sheriff estudiaba el apacible rostro de Foxleigh. ¿Cuál era el

juego de aquel hombre? El inglés parecía aficionado a la compañía de Ransome Beale. ¿Era debido a que éste era uno de los hombres más ricos de Sutter's Bend? ¿Planeaba buen golpe contra el ricacho?

El avisado británico pareció leer los pensamientos del sheriff.

—Me agrada mucho visitar a mi amigo Beale —dijo—. Tenemos las mismas costumbres —añadió, haciendo un gesto malicioso, mientras se servía otro vaso de whisky, al que adicionó un chorro de agua—. Pero no fue ese mi propósito al venir esta noche a la ciudad, sheriff —continuó diciendo—. Desearía saber si usted está dispuesto a hacerme un favor.

—Según lo que sea —contestó Pete.

—Foxleigh me hablaba ahora de ello —intervino Beale—. Yo nunca creí que los ingleses fueran tan sentimentales. Pero Foxleigh le está a usted muy agradecido por haberle salvado la vida cuando se le desbocó el caballo. Y me estaba consultando si le ofendería a usted ofreciéndole un regalo.

Pete hizo un gesto de desagrado. Durante toda su carrera de sheriff del registro de Trinchera había sido enemigo de los obsequios. Jamás había aceptado un penique por sus heroicos servicios; al contrario, siempre que le sobraba algo de su módico salario, después de ayudar a su madre, lo empleaba en obras de caridad.

—Espero, querido amigo —se apresuró a decir Foxleigh—, que no interpretará usted torcidamente mi intención. Yo le estoy muy agradecido. Y me he dado cuenta de que mi mastín Vulcano le tiene afecto. Se enamoró de usted a primera vista. “por flechazo”. Quizá hasta pueda serle de alguna ayuda en su profesión.

Desapareció el ceño de la tostada frente de Pete. Era muy aficionado a los animales, particularmente a los caballos y perros. Además, aceptando el regalo de Foxleigh podría tener más cogido al inglés, le dejaría creer que le había sobornado y, luego cuando llegase la ocasión, le ataría corto.

—Su atención me halaga mucho —le dijo—. A diferencia de los humanos, cuando un animal quiere a una persona, es, generalmente, sincero.

—Le advierto a usted-dijo Foxleigh, gozoso —, que “Vulcano” tiene un apetito endiablado.

—Bien —replicó Pete;— no creo que haya hombre tan pobre que no pueda alimentar a un perro. He conocido individuos en la miseria que mantenían a tres y cuatro. ¿Dónde está ese preciado animal, Mr. Foxleigh?

—En las cuadras de alquiler —contestó el inglés—. Vamos ahora mismo a buscarle. Aprecio que lo haya usted aceptado, sheriff. Crea que le estoy muy agradecido.

Pete acompañó al británico a las cuadras de alquiler. Era ya tarde, y Foxleigh no podría volver a la habitación de Beale. Pete quería ver a éste solo, para preguntarle si había echado de menos algo. De ser así, tendría fundamentos para detener a Foxleigh por robo con escalo; luego, una vez en la cárcel esperando el proceso, sería la ocasión de averiguar sus antecedentes.

“Vulcano”, el gran mastín inglés, agitó furiosamente la cola cuando vio a “Pistol” Pete Rice. El sheriff estuvo de acuerdo con Foxleigh en que aquello era una especie de amor “por flechazo”. Palmoteó la cabeza del perro, y éste le correspondió con sus mejores halagos.

Era un magnífico animal de estatura ni alta ni baja, pero muy bien proporcionado. La cabeza era grande, los ojos inteligentes y fieros, y negruzcos la boca y los labios.

Foxleigh explicó sus cualidades con el entusiasmo de un profesional, y llamó la atención sobre gruesa mandíbula inferior, a cuyos lados los colmillos sobresalían más que los otros dientes. El rostro del perro tenía cierto parecido con el del león, y contribuían a la semejanza el pelo abundante y el ancho pecho.

Pete Rice se convenció de que el inglés era un excelente actor cuando le oyó decir:

—Sheriff, quiero a este animal más que a nada en el mundo... con excepción de su hermano, Samson. Pero tengo un verdadero placer en regalárselo. Sé que será feliz con usted, y me atrevo a decir que llegará una ocasión en que le será de utilidad.

—Así lo espero —convino Pete—. El animal es una pura sangre y, por lo que he visto, la nobleza en los animales es cosa mucho más importante que en los seres humanos.

Foxleigh rió de buena gana y le tendió la mano.

—Bien, me vuelvo a casa, sheriff. Espero que cogerá usted al pillito que está causando tantos estragos.

Pete aceptó la mano que se le tendía y la estrechó.

—Eso es lo que me propongo —dijo—. Quizá esté usted presente cuando le echen la cuerda al cuello, Mr. Foxleigh.

El sheriff dejó a “Vulcano” en el establo por el momento, y regresó al Hotel de Sutter’s Bend. Trepó hasta el tercer piso y llamó a la puerta de la habitación Ransome Beale. Beale se disponía a acostarse, pero recibió a Pete Rice tan afectuosamente como siempre y le hizo tomar asiento.

—¿Se le ofrece a usted algo, sheriff? —preguntó.

—Quería hacerle algunas preguntas acerca de Foxleigh. ¿Qué sabe usted de él?

—No mucho. Parece una persona muy agradable. Sus costumbres son diferentes de las nuestras, por supuesto, pero yo las encuentro muy divertidas.

—Parece ser que le gusta su compañía —observó Pete.

Beale se echó a reír.

—Así es. Y todo proviene de que en tiempos hice yo una excursión a Inglaterra. Él se enteró de eso y me considera casi como su compatriota. No creo que haya hombres que piensen tanto en su tierra como estos ingleses. Le agrada venir a verme y charlar de Inglaterra... y tomar conmigo unas cuantas copas, de paso.

Pete reflexionó un momento. La experiencia le había enseñado el valor de la discreción. ¿Debía decir a Beale que había visto a Foxleigh descolgarse por la ventana de su cuarto?

Finalmente decidió no mencionar el asunto. Beale y Foxleigh parecían entenderse bastante bien. Si revelaba a Beale lo hecho por Foxleigh, probablemente se apresuraría a pedir explicaciones a su amigo. Y el inglés se mantendría entonces en guardia.

El sheriff habló de generalidades con Beale y se despidió; Beale le acompañó hasta la puerta.

—Apreciamos lo que trata usted de hacer en Sutter’s Bend, sheriff —le dijo—. Hasta aquí habíamos sido una respetable comunidad limpia de criminales, y queremos seguir siéndolo. Si en cualquier momento necesita usted ayuda, no dude en venir a visitarme.

—Así lo haré —prometió Pete.

Estrechó la gruesa mano de Beale y se encaminó hacia la prisión. Al pasar por el restaurante, unas cuantas puertas antes de la

cárcel, le hirió el olfato el tentador olor del café y del tocino con huevos. Aquello le decidió a entrar en el establecimiento, pues llevaba casi todo el día sin comer.

Pero se limitó a ordenar que le preparasen un cubierto. Necesitaba llegar a la prisión y hablar con el barbudo jefe de los bandidos capturados en el Cañón. Este jefe había sido colocado en una celda aparte. Pete creía que, aislado de sus compañeros, se prestaría a revelar quién era el responsable de aquel ataque contra los defensores de la ley.

—En seguida vuelvo, muchacho —fijo al camarero—. Sólo quiero entrar un momento a ver qué hacen en la cárcel.

El camarero se echó a reír.

—Los presos se están dando buena vida estos días —comentó—. Hace unos minutos han venido a buscar una bandeja para uno de ellos. Un individuo me pidió la mejor chuleta de mi cocina para un compañero que tiene en el calabozo. ¡Se cuidan esos pájaros, se cuidan!

Pete era todo atención.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó.

—Pues, como media hora, minuto más o menos.

El sheriff abandonó el restaurante y corrió a la prisión. Sabía que en muchas cárceles se permite a los huéspedes que tienen dinero enviar a buscar alimentos a los establecimientos vecinos. Pero a Pete le daba el corazón que allí había algo de extraño.

Hank, el carcelero, estaba leyendo el último número de “La Bonanza” de Sutter’s Bend, sentado ante una pequeña mesa colocada en el vestíbulo. Al entrar Pete, levantó la cabeza.

—¿Qué preso envió a buscar comida del restaurante? —preguntó el sheriff.

—Ese barbudo que está solo en la celda —contestó el carcelero—. Estamos en unos tiempos en que los presos viven mejor que el que los custodia. Usted debería...

Pero Pete no esperó a oír más. Corrió al bloque de celdas y se detuvo ante el cubil del forajido de las barbas. Éste estaba sentado en su camastro con la espalda apoyada en la pared. Una bandeja que contenía una chuleta a medio comer había rodado hasta el suelo.

—¡Hank! —gritó Pete—. Ven aquí con las llaves.

El carcelero se levantó trabajosamente de su asiento y se sacó un atado de llaves en un enorme bolsillo. Después eligió lentamente una y abrió la puerta de la celda.

Entraron él y Pete. El sheriff sacudió al preso vigorosamente. El bandido no respondió. Pete le aplicó el oído al pecho. El corazón latía casi imperceptiblemente.

—Hank, vete a buscar en seguida al doctor Deane —ordenó al carcelero—. Y si no, espera aquí —corrigió inmediatamente.

Hank era de una extrema corpulencia y el caso corría prisa. El doctor se había ya retirado a descansar, pero a los diez minutos él y Pete entraban en la celda del preso de las barbas.

Pete permanecía observando mientras los largos y blancos dedos del médico se movían con precisión sobre el rígido cuerpo. El doctor escuchó los latidos del corazón, y luego examinó la piel, la boca, las pupilas. Al fin movió la cabeza con desaliento.

—Ha muerto —dijo.

—¿Envenenado? —preguntó Pete.

Una vez más el doctor hizo un rápido examen del cuerpo.

—Eso es... y con un poderoso veneno. Quizá no lleve muerto ni cinco minutos —dictaminó.

Pete rezongó. Cinco minutos eran tan buenos —o tan malos— como cinco mil años. Alguien de Sutter's Bend se había tomado el trabajo de cerrar para siempre la boca del bandido. ¿Quién podría haber sido? Pete tuvo una idea.

Corrió al restaurante.

—¿Quién pidió aquella comida para la prisión? —preguntó al dependiente.

—No lo sé con certeza. El individuo se paró en el callejón cerca de la ventana de la cocina. Ya sabe usted que aquello está muy oscuro. Pasaba en un carretón y me dijo que pusiera mi mejor chuleta al fuego.

—¿Era un individuo bajo, de nariz larga y mostacho caído?

—Bien pudiera ser bajo y tener mostacho. Pero no le pude distinguir bien en la obscuridad.

Pete se apresuró a volver a la prisión.

—¿Quién trajo aquella bandeja con comida? —preguntó a Hank.

—Un muchachito mejicano, sheriff.

Pete masticó su goma, pensativo. Era casi seguro que había sido

el hombre de la cara de rata, el espía de Gunther, el que había encargado la comida y la había envenenado. A continuación habría dado unos céntimos a un muchacho mejicano para que llevase la bandeja a la prisión con encargo de entregarla a Carter, el bandido muerto. Pete llamó a Hicks “Miserias” y le hizo una descripción del hombre de la cara de rata.

—Búscamele, “Miserias” —le ordenó—. Registra todas las tabernas, garitos y guaridas Sutter’s Bend.

—¡Voy que vuelo, patrón! —contestó “Miserias”—. ¡Este gato será el que coja esa rata, si no se ha escabullido de la ciudad!

CAPÍTULO XI

MUERTE EN CHOUPOMOUK

Desgraciadamente, el hombre de la cara de rata parecía haber abandonado la población. Hicks “Misérias” recorrió en vano todos los garitos, chirlatas, tabernas y casas de dormir de Sutter’s Bend.

El hombre de la cara de rata, más tarde identificado como “Slink” Singleton, no pudo ser hallado. Pete Rice volvió a la taberna “El Filón de Oro” y preguntó por Gunther, el propietario. Gunther tampoco se encontraba allí.

Ninguno de los dos dependientes nocturnos le había visto desde hacía bastantes horas.

Pete se lanzó a la calle. Los más respetables ciudadanos descansaban en el lecho a aquella hora. La ciudad parecía dormir tranquilamente y confiada. Y, sin embargo, cuatro hombres habían encontrado en ella muerte violenta en el espacio de dos días.

Primero, Job Bentley. Pete seguía creyendo que el cowboy había muerto asesinado. Luego Cuito, el vagabundo indio, apuñalado por alguien que temía sus revelaciones. Y ahora Carter, el bandido.

El sheriff tenía todavía la duda de cómo había muerto Clem Rogers. Éste había dicho al morir que le había coceado un caballo salvaje. ¿Pero no era extraño que Rogers, indudablemente relacionado con la misteriosa lápida de granito, muriese casi al mismo tiempo que los otros?

Pete observó que salía un hombre de las oficinas de “La Bonanza” de Sutter’s Bend. Se aproximó y reconoció en él a Sam Teeping, el editor, que se disponía a dirigirse a una casa de comidas para tomar un bocadillo.

—¿Tiene usted alguna pista de los ejemplares robados, Sam? —le preguntó Pete.

—Ninguna —contestó el periodista—. Pero tengo aquí algo que

puede interesarle a usted. Mejor será que volvamos a mi despacho.

Ya en las oficinas de “La Bonanza”, Teeping sacó un sobre del bolsillo.

—Es otro anuncio, sheriff. Me lo dejaron sobre la mesa esta tarde. ¿Qué opina usted de él?

Alargó el sobre a Pete, que sacó el doblado pliego y lo leyó lentamente.

“Editor: Sírvese insertar este anuncio como de costumbre. Se le adjunta el importe. “Piedra perfecta. Dinero a su disposición. Choupomouk. Este jueves al amanecer. Al pie del picacho.”

—El próximo número sale mañana miércoles; ¿no es eso, Sam? —preguntó Pete.

—Así es.

—Bien, gracias por el informe. Le recomiendo la mayor discreción. Ya le diré lo que resulta de mi excursión al picacho de Choupomouk al amanecer del jueves.

—Tenga usted mucho cuidado —le aconsejó Sam—. Los hombres de su profesión tienen muchos enemigos.

—Sí, no nos faltan —rió Pete—. Pero yo opino que tres enemigos por cada amigo es una buena proporción... y, además, lo conveniente. Los enemigos ayudan al hombre a mantenerse despierto.

A las once de la noche siguiente, miércoles, “Pistol” Pete Rice salió cautelosamente de Sutter’s Bend. Cabalgaba sobre “Sonny” y dejaba que el alazán aligerara el paso. No tenía que ir muy deprisa para llegar a la base del picacho de Choupomouk al amanecer del jueves.

Las estrellas parecían manchas de refulgente oro sobre un negro manto. Subía el sheriff por un camino escarpado y tortuoso, pero el alazán estaba completamente fresco cuando llegaron a un grupo de pinos, a una milla de la base del pico de Choupomouk.

Faltaba todavía casi media hora para que los primeros rayos del sol tiñesen de rosa la cumbre del picacho. El sheriff empleó parte de este tiempo en frotar a “Sonny”. Después, haciendo caminar lentamente al animal para que sus cascos no metieran ruido, se trasladó a un bosquecillo de álamos a unos cien metros del sitio indicado en el anuncio.

Llegado allí, desmontó y se colocó debajo de un gran árbol, en la

obscuridad.

Flotaba en el ambiente algo extraño. Pete no sabía qué. Pero parecía abarcarlo todo. El sheriff apoyó el brazo en el lomo de Sonny. El animal seguía inmóvil como una estatua. Se podía confiar en que no haría ruido, ni relincharía siquiera ante la proximidad de otro caballo.

De pronto se enderezaron sus orejas. Pete oyó también un ruido apagado. Lo hacían los cascos entrepajados de un caballo. El animal se aproximaba lentamente por la senda que descendía hasta el bosquecillo al pie del picacho.

Pete Rice se preparó para entrar en acción. Le parecía que iba a ocurrir algo que valiera la pena. Se ajustó bien la cartuchera. Palpó las culatas e sus 45 para ver si estaban bien holgados en sus fundas.

Reinaba todavía la obscuridad. No se podía ver aún el caballo que se aproximaba. Su jinete tenía que ser, o el hombre que había hecho insertar el anuncio en “La Bonanza”, o alguien que lo había leído y le interesaba. No podía tratarse de un jinete casual.

Los apagados pasos del caballo indicaban que le habían envuelto los cascos en arpillería. Un jinete casual no habría tomado aquella precaución.

El rumor de los cascos se oía más próximo. El caballo debía de estar a menos de veinte metros de allí. La senda describía una ligera curva y se alejaba del árbol que se había apostado el sheriff, de manera que el misterioso animal ya estaba a unos cincuenta metros cuando Pete logró verle. Iba el jinete encorvado sobre la silla; vaga silueta a la incierta luz del amanecer. Pete deslizó una mano hacia su Colt y, mientras avanzaba lentamente, agarró la culata y empezó a desenfundar el arma. Pero un como sexto sentido le impulsó a detenerse. Se materializó entonces en las sombras otra figura, que corrió hacia el misterioso caballo. Llevaba una mano levantada y empuñaba un revólver. La escasa luz hizo brillar ligeramente el cañón. Se apoyó éste contra la espalda del encorvado jinete. Y Pete oyó una voz que decía:

—¡Manos arriba! ¡Pronto! Si no...

¡Buum! Parecieron resquebrajarse los cielos con el fragor del trueno. Pete retrocedió, mientras el sitio en que estaba el caballo se iluminaba con la fuerza cegadora de un millón de bujías. Una lluvia de tierra y pedruscos cayó junto a “Pistol” Pete Rice. La fuerza de la

explosión le había arrojado a tierra, casi bajo los pies del estremecido alazán.

Una cortina de humo, de olor acre, se elevaba del sitio en que viera por última vez al extraño jinete.

Pete se incorporó sobre un codo y contempló espantado la escena. Después se puso en pie, tambaleándose. La cabeza le daba vueltas. La sangre le golpeaba en las sienes. Cuando se desvaneció la cortina de humo, escudriñó el terreno que tenía delante. El caballo yacía despatarrado a pocos pies de los árboles, y un poco más allá el cuerpo de un hombre.

El batir de unos cascos, rompiendo el pasado silencio que siguió a la explosión, sonó como los disparos de una ametralladora. Alguien huía apresuradamente de la escena... alguien que había estado oculto al otro lado del grupo de árboles.

Pete corrió a auxiliar al herido. Empezaba a amanecer. A su grisácea luz, pudo ver que estaba muerto. Se había movido un momento antes de expirar. La fuerza de la explosión le había arrancado la vida en unos segundos. El rostro del muerto no presentaba herida alguna.

Pete se inclinó para examinarlo. El asombro arrancó de sus labios un grito involuntario. La víctima de la explosión era el hombre de la cara de rata. Aún cadáver, su rostro de larga nariz y ásperos mostachos recordada al roedor.

Pete se aproximó al despatarrado caballo. El espectáculo distaba mucho de ser agradable. La explosión le había abierto en canal, matándole instantáneamente.

Por debajo del caballo se proyectaba la sombra de otro hombre. Pero la penetrante mirada de Pete descubrió en seguida que el jinete no era más que un maniquí relleno de paja. A la incierta luz del amanecer le había parecido un hombre verdadero.

Surgieron mil pensamientos en el cerebro de Pete Rice. No era difícil adivinar lo que había sucedido. El anuncio en “La Bonanza”, de Sutter’s Bend, había sido un cebo. El asesino suponía que Pete Rice leería el anuncio, que seguiría sus instrucciones y que acudiría al Pico de Choupomouk al amanecer del jueves para ver lo que podía averiguar.

El criminal, al acecho en la oscuridad en la base del picacho, había preparado el jinete-maniquí sobre el caballo, adosándole una

especie de bomba de relojería. Sólo habían transcurrido unos minutos desde que Pete oyera los cascos entrepajados y aquel en que se produjo la terrible explosión.

La bomba estaba destinada a arrancar la vida de “Pistol” Pete Rice. Sólo que el sexto sentido de Pete le había salvado, haciéndole detenerse en las sombras en lugar de correr hacia el caballo para detener al falso jinete. Y era el hombre de la cara de rata el que había caído en la trampa en vez de Pete Rice.

¿Pero por qué? ¿Por qué el hombre de la cara de rata se encontraba en aquel momento al pie del Pico de Coupomouk?

Pete no desperdició más tiempo. Silbó a “Sonny”. El alazán vino lentamente hacia él y aceleró el paso en cuanto le sintió en la silla.

El jinete que había huido, después de producirse la explosión, ya llevaba una buena delantera. Pero Pete sabía que las aladas patas de “Sonny” podrían darle alcance. “Sonny” era el caballo más veloz del distrito de Trinchera. Sin necesidad de que Pete le espolease, emprendió un vertiginoso galope.

—¡Anda, muchacho! —le animaba Pete—. ¡Cuando cojamos a ese hombre, quedará aclarado todo este maldito asunto!

“Sonny” pareció entender y renovó su esfuerzo. En cuanto rodeasen la base el picacho estaría a la vista el jinete fugitivo. Tenían que cruzar en aquella dirección más de una milla de terreno rocoso y desnudo, y ya la aurora había roto por completo y brillaba el sol sobre el Pico de Choupomouk.

“Sonny” coronó la primera colina y empezó a descender. Habían dado la vuelta al picacho y se extendía ante ellos un terreno llano y desparejo.

Se veía ya claramente al fugitivo, galopaba procurando sacar a su cabalgadura toda la velocidad posible. Pero una sonrisa de triunfo iluminó el tostado rostro de Pete al observar la andadura del caballo que corría delante. Era la de un penco comparada con la de “Sonny”. Era sólo cuestión de tiempo —y de poco tiempo, además— el que “Sonny” le diese alcance.

El fugitivo miró hacia atrás y, al recobrar su posición, pareció hundir las espuelas en los flancos de su cabalgadura.

Y entonces, con gran sorpresa de Pete, el caballo se encabritó bruscamente y arrojó al jinete. Éste levantó las manos.

—No dispare, sheriff —gritó—. Sé que me tiene usted cogido.

¡Lo diré todo!

Pete siguió avanzando al galope y desenfundó uno de sus 45 de culata de nácar para tenerle pronto en caso de felonía. Le palpitaba violentamente el corazón. ¡El misterio de Sutter's Bend parecía a punto de aclararse!

CAPÍTULO XII

EL CALLEJÓN SIN SALIDA

El sheriff galopó hasta que tuvo al fugitivo bajo el ojo de su revólver. El individuo era un forastero. Tenía aspecto de mendigo y llevaba ropas andrajosas.

—¡Mantén en alto las manos! —le ordenó Pete—. ¿Qué estabas haciendo por aquí a esta hora?

—Yo lo he visto a usted muchas veces, sheriff —dijo el prisionero;— pero no creo que usted me conozca. Mi nombre es Tom Purvis.

—Tu nombre me importa poco —rezongó Pete—. Lo que necesito saber es por qué provocaste aquella explosión y por qué te encontrabas cerca del Pico Coupomouk a esta hora de la mañana. Te conviene explicármelo bien todo.

—Eso iba a hacer —replicó el que se llamaba a sí mismo Purvis—. Voy a decirle la verdad, sheriff. Si usted me conociera, vería que no sé mentir.

—La verdad es algo que nunca muere —dijo Pete—. Podrá permanecer como dormida por algún tiempo, pero no muere nunca. Ahorrarás, pues, tiempo contándome todo lo que sepas ahora mismo.

—Escúcheme, sheriff. Parezco mucho más culpable de lo que soy. He venido aquí a proporcionarme dinero... dinero fácil. Aparte de eso, no he hecho daño a nadie, y puedo probarlo.

Pete se aproximó al individuo y le quitó del bolsillo un revólver.

—Sigue adelante con tu historia. ¿Me vas a negar que tienes algo que ver con el envenenamiento de Carter, el bandido que encerramos en la cárcel de Sutter's Bend?

—¡Claro que lo niego! —replicó Purvis, con energía—. Conozco ese asunto. Pero eso es todo. ¿Puedo bajar las manos, sheriff? Me

duelen los brazos.

—Bájalos y siéntate si quieres —contestó Pete.

Purvis se sentó en tierra. El sheriff le permitió liar y encender un cigarrillo. Pete se sentía un poco decepcionado. Sabía juzgar a los hombres, y mientras Purvis hablaba se fue dando cuenta de que le decía la verdad. Aunque astroso y malencarado, se expresaba de un modo convincente.

Se justificó de toda sospecha de complicidad en el envenenamiento de Carter, el bandido, diciendo que no había llegado a la ciudad de Sutter's Bend hasta la mañana después de su muerte. La noche del envenenamiento se encontraba en una población llamada Mesa Ridge y, en caso necesario podía presentar una docena de testigos para probarlo.

Él era un fullero. Confesaba que no sentía gran amor por el trabajo, pero nunca había estado en la cárcel, excepto dos veces por embriaguez y una por vagancia. De vez en cuando pastoreaba ganado en el buen tiempo y servía en alguna taberna en el invierno. Durante el último lo había hecho en la de Gunther, en Sutter's Bend. Gunther sabía que él era hombre discreto y de fiar; por consiguiente, al llegar a la población al día anterior, le había ofrecido ocuparle en algo que podría reportarle una buena ganancia.

—Gunther me dijo —prosiguió Purvis—, que tenía entre manos un negocio de mucho rendimiento. Había leído cierto anuncio en “La Bonanza” de Sutter's Bend referente a una piedra. Gunther no es ningún asesino, se lo puedo asegurar; pero siempre está a la que salta. Aunque gana mucho dinero con su taberna, nunca está satisfecho.

Purvis dio una enérgica chupada a su cigarrillo.

—Gunther parece torpe, pero es más fino que una navaja de afeitar. Lo que se le ocurre a él no se le ocurre a nadie. Igual que usted, sospechó en seguida que Job Bentley y Cuito, el indio, y quizá Clem Rogers, fueron muertos porque tenían algo que ver con las piedras que anunciaban en “La Bonanza”.

Chupó su cigarrillo de nuevo y lanzó una cinta de humo.

—Y en lo que a mí se refiere, esto es todo lo que tengo que decir. Gunther quiso que viniera aquí con aquel individuo que voló hecho pedazos, Slink Singleton se llamaba, para intentar el chantaje

sobre un hombre a cuenta de un secreto. Por lo demás, yo no hice daño a nadie.

—¿Dónde está Gunther? —preguntó Pete.

—Estaba oculto en el bosque, a una media milla de aquí. Es siempre muy cauto. Nos dejó a Singleton y a mí que hiciésemos lo peor de la faena. Nos ordenó que nos apostásemos en la base del picacho y que vigilásemos bien, y que en cuanto viéramos a un jinete procurásemos registrarlo por la fuerza. Según él, el individuo llevaría encima o la piedra o una buena cantidad de dinero.

Pete Rice masticó su goma, pensativo. Estaba convencido de que Purvis había dicho la verdad. La captura de Purvis significaba bien poco. El asunto se presentaba tan embrollado como antes.

Aunque lograrse detener a Gunther, casi nada se podría probar contra él, a menos que se demostrase que había pagado a Singleton para que envenenara a Carter, el bandido. Singleton, que había envenenado a Carter y que, por consiguiente, podía ser acusado de asesinato, había muerto sin declarar. Purvis era evidentemente lo que él había dicho ser... un vago vividor que no había cometido ningún verdadero crimen.

El asesino de Job Bentley y Cuito, el indio, había mandado insertar aquel anuncio en “La Bonanza” para atrapar a Pete Rice. Él era el que había discurrido lo del caballo con el maniquí y la bomba de relojería. Pero habían fracasado sus planes y había matado a Singleton en lugar de a Pete rice.

En aquel momento el asesino, quien quiera que fuese, debía de estar a unas millas de distancia. La excursión de Pete a Choumopouk, que parecía tan prometedora, no había hecho más que meterle en un callejón sin salida.

—Bien, de todos modos monta en tu caballo y te llevaré a Bend —dijo a Purvis—. Estarás allí en un calabozo hasta que se averigüen tus antecedentes.

Pete Rice nunca se confiaba mucho con los prisioneros. Ató a Purvis a la silla de su propio caballo y le obligó a encaminarse a Sutter’s Bend, mientras él le seguía un poco más atrás sobre “Sonny”.

El camino descendía por una ladera y atravesaba después un estrecho sendero bordeado de chumberas y chaparrales. Pete marchaba alerta. Llevaba enfundados sus revólveres, pero su mano

derecha nunca se alejaba mucho de su cadera.

De pronto, el caballo de Purvis reculó y botó como una cabra. Se oyó como el silbido casi debajo de sus patas. Pete diviso instantáneamente un gran crótalo enroscado en el sendero. ¡Bang! Pete había levantado su mano derecha y había hecho fuego.

El crótalo, ya sin cabeza, se retorció en mortal agonía. Purvis tranquilizó a su despavorido caballo. Sabía que no tenía probabilidades de escapar de un hombre que disparaba tan velozmente y con tan segura puntería.

De entre un grupo de árboles situado un centenar de metro más allá llegó el ruido de algo que se ponía en rápido movimiento.

La mirada de Pete giró en aquella dirección. No volvió a enfundar su 45. Se oyó galopar un caballo. Un segundo después, cuando el jinete surgió de la cortina de árboles, alejándose veloz del sendero donde se encontraba Pete, “Sonny” saltaba los chaparros y volaba en pos del fugitivo.

El misterioso jinete llegó a un estrecho camino que rodeaba el valle. Una nube de polvo amarillento le envolvía como una cortina. Pete no tenía la menor idea de quién pudiera ser. Pero le interesaba muchísimo, ya que trataba de huir tan precipitadamente.

Purvis quedó olvidado por el momento. Su caballo era lento y cachazudo, y el aventurero se guardaría muy bien de intentar escapar. Llevaba grabado en la imaginación el recuerdo de la puntería del Pete.

Pete se lanzó, pues, al galope por el polvoriento camino. Al llegar, el jinete a una eminencia rocosa en que el aire era más diáfano, el sheriff le reconoció por primera vez. La disposición de aquellos hombros, uno más alto que otro, le era familiar. El fugitivo era Limpy Vedder, ex capataz del rancho de “La Luna”, propiedad de Clem Rogers. Nadie le había visto por la comarca desde la noche de la muerte de su amo.

Vedder iba casi doblado sobre la silla. Galopaba de firme. Las puntas de su pañuelo flameaban hacia atrás, en el viento. Pete tocó a “Sonny” con las espuelas y el magnífico alazán forzó su velocidad, lanzándose como una flecha.

El sheriff sospechaba poco o nada de Vedder. Sabía que el capataz había sido leal a Rogers, aun después de verse éste imposibilitado de pagarle su salario.

Pero Vedder debía de tener alguna razón para tratar de huir; parecía desesperado. Espoleaba cruelmente a su caballo y le martilleaba las ancas con la culata de su 45. Nunca miraba hacia atrás preocupado tan sólo en conseguir la máxima velocidad de su fatigada cabalgadura.

El largo lazo de Pete giró sobre su cabeza. Al llegar a cincuenta pasos de Vedder el sheriff lo lanzó con todas sus fuerzas.

Vedder se volvió sobre la silla por primera vez. ¡Bang! Hizo fuego sobre Pete. La bala pasó silbando junto al rostro del sheriff. Pero el lazo había ya caído sobre la cabeza del fugitivo y éste se sintió arrancado de la silla.

Pete desmontó y corrió hacia el caído. Vedder no había sufrido gran daño. Parecía sólo medio aturdido y miraba con extraña fijeza a Pete Rice.

—¿Pero es usted, sheriff? —preguntó.

—Sí —contesto Pete, secamente—. Soy yo en persona. ¿Quién creías que era... el rey de Siam? ¿Por qué tratabas de huir?

—No lo habría hecho de haber sabido que era usted —contestó Vedder. Y añadió, enfáticamente:— Lo crea usted o no, me alegro con toda el alma de verle.

—Bien, pues aquí me tienes —replicó Pete, todavía con cierto sarcasmo—. Mírame bien y dime dónde has estado desde la noche de la muerte de Clem Rogers.

—De eso precisamente quiero hablarle —balbuceó Vedder, lúgubrementemente—. Salí con el grupo a cazar caballos salvajes la noche en que encontró la muerte el pobre Clem. No le vi caer, pero me pareció oírle gritar. Rex Galvin corrió hacia el sitio de donde había salido aquel grito y yo eché tras él.

El capataz respiraba fatigosamente. No se había repuesto todavía de la brutal caída.

—Rex tenía un caballo más veloz que el mío y marchaba bastante delante. Entonces alguien que no pude ver en la oscuridad me descargó un golpe en la cabeza... y ya sólo recuerdo que desperté prisionero en una cabaña al otro lado de Charici Valley.

Vedder se quitó el sombrero y agachó la cabeza.

—Mire aquí, sheriff.

La penetrante mirada de Pete descubrió en seguida una cicatriz en forma de media luna sobre la oreja derecha de Vedder.

—¿Te dejó esa marca la porra con que te golpearon? —preguntó.

—Sí, sheriff. Supongo que estará usted convencido de que estoy diciendo la verdad. Además, tengo en mi poder la porra con que me hirieron.

El rostro del capataz palideció intensamente al mirar hacia los chaparros.

—¿Quién es ese que va por allí? —preguntó, nervioso.

Pete también había visto al jinete. Era Purvis, que trataba de granjearse el favor del sheriff probando que no tenía la menor intención de fugarse.

—Es un preso que llevo conmigo —explicó.

Vedder hizo un gesto de comprensión.

—De haber sabido esto, sheriff, me habría ahorrado la carrera y el susto. Escapé de la cabaña donde me tenían encerrado. Fue a eso de la medianoche. Sólo habían dejado un mejicano para vigilarme. Él tenía la porra de que le he hablado a usted. A estas horas, el mejicano conoce bien a lo que saben sus golpes. Salté sobre él, le arranqué la porra de las manos y le rompí con ella la cabeza. Después me dirigí cautelosamente hacia Sutter's Bend y me detuve a descansar un poco en aquel chaparral de donde me oyó usted subir. Ahora ya lo sabe todo, sheriff —terminó diciendo el capataz, dejando escapar un suspiro como el que se ha quitado un gran peso de encima.

—¿Y por qué escapabas de nosotros? —insistió Pete.

—Porque les tomé por mis enemigos y, sin detenerme a enterarme mejor, salté sobre mi caballo y salí que bebía los vientos.

—¿Dónde está la porra de que me has hablado?

—La dejé en el sitio en que me detuve a descansar. Venga conmigo y la recogeremos.

Pete saltó a lomos de "Sonny" y regresó con Vedder a los chaparrales.

El ex capataz se agachó y recogió un objeto.

Era la pata delantera de un caballo y terminaba en un aguzado casco.

Pete lo examinó con interés. Sabía que aquella era la diabólica arma que había matado a Job Bentley y, probablemente, también a Clem Rogers. Éste había sufrido una alucinación al creer que le

había coceado un caballo salvaje.

El asesino de Sutter's Bend, quienquiera que fuese, había utilizado aquel extraño garrote para marcar el cráneo de sus víctimas. De no ser por las facultades de observación de Pete Rice, el veredicto de "coroner" habría sido que Job Bentley había muerto a consecuencia de una coz de un caballo salvaje.

Los ojos de Pete relampaguearon con repentina inspiración.

—Me llevo este chisme, Vedder —dijo—. No hables de él en el poblado. Creo que me has dicho la verdad. No tendrás que ir al calabozo.

El sheriff rebosaba satisfacción. Al fin quedaba aclarado parte del misterio de Charici Valley. El asesino continuaba en libertad. Su identidad no era aún lo suficientemente conocida, pero llegaría todo a su tiempo.

—¿Tienes idea de por qué mataron a Bentley? —preguntó a Vedder.

—Sospecho algo —contestó el capataz—. Por lo que pude oír cuando estaba preso en la cabaña, Bentley poseía algo así como una piedra, y sus asesinos querían arrebatarla. —Vedder hizo un gesto malicioso y se metió una mano en el bolsillo—, yo valgo muy poco, pero creo que podré ayudar a la justicia. Es lo menos que puedo hacer en memoria de mi pobre amo. Cuando me escapé de la cabaña me llevé la piedra conmigo.

Retiró la mano del bolsillo y exclamó, triunfante:

—¡Aquí está, sheriff!

En la palma de su mano mostraba un delgado trozo de piedra con una especie de jeroglífico indio. Por su delgadez y sus signos recordaba la lápida rota que Pete Rice había encontrado en el hogar de Clem Rogers.

Al fin caía un poco de luz sobre el misterio de Charici Valley.

CAPÍTULO XIII

LA ESCRITURA INDIA

El sheriff dejó a Limpy Vedder en plena libertad, pero encerró a Purvis, en espera de sus antecedentes.

—Le digo a usted que soy inocente, sheriff —protestó Purvis, mientras le conducían a la celda—. Toda mi culpa es ser un vago que le gusta ganar el dinero sin trabajar. Suélteme usted pronto. Soy un vagabundo y nunca me acostumbraré a estar encerrado en un calabozo.

—Saldrás cuando esté seguro de que no eres culpable de nada —le dijo Pete—. Los de tu calaña siempre suspiráis por la libertad. Nada hay que el hombre proclame amar tanto como la libertad... y de nada hace tan pobre uso cuando la tiene.

El sheriff abandonó la prisión de Sutter's Bend. Hicks "Miserias" le había dicho que Hopi Joe, el guía indio, había llegado a la población procedente de la Quebrada del Buitre.

Hopi Joe, tan buen explorador como sus antepasados, había adoptado algunas de las costumbres de los blancos. Masticaba goma como Pete Rice y sentía una gran pasión por el juego. Pete le encontró en uno de los reservados de "El Filón de Oro". Habló brevemente con él y luego le acompañó a la habitación que había tomado en un hotel de ínfima clase, frontero a la taberna.

—¿Puedes leer cualquier clase de dialectos indios, además del tuyo, Joe? —le preguntó, así que hubieron cerrado la puerta.

Joe afirmó, con grandes aspavientos.

—Sí, yo leerlos como los hombres blancos los suyos. Quizá tú no hablar chino, pero tú saber que es chino cuando lo ves. Yo también. Yo no leer todos los escritos Injun, pero yo decir qué clase de escrito es.

El sheriff sacó del bolsillo el pedazo de lápida encontrado en el

hogar de Clem Rogers. Lo colocó sobre la tosca mesa y ajustó a él el otro trozo de piedra que le había dado Limpy Vedder.

—¿Qué clase de escritura india es ésta, Joe? —preguntó.

Los negros ojos de Joe pasearon su mirada por los dos trozos de piedra.

—Indios Cori —dijo, con prontitud—. Tú no ver indios Cori por aquí. Cori ser indios mejicanos. Vivir muy dentro de Méjico.

—Aunque vivieran en la China —rezongó Pete—. Tienes que traerme un indio Cori para que lea los signos de estas piedras. Es cosa muy importante.

—Yo no tener que ir a la China —dijo Joe, muy serio—. Yo conocer indio Cori cerca de la frontera. Buen amigo. Yo traer indio Cori aquí.

Los ojos de Pete Rice brillaron de entusiasmo.

—Eres un buen muchacho, Joe. Vete a buscar a tu amigo lo más pronto posible.

Hopi Joe se había ya puesto en marcha hacia la puerta.

—Yo tener abajo mi “poney”. Yo ir ahora mismo —dijo, sin más ceremonias.

Era bien entrada la tarde del día siguiente cuando Hopi Joe regresó a Sutter’s Bend. Le acompañaba un individuo de rostro cetrino y arrugado que representaba unos noventa años, aunque quizá sólo tuviera sesenta. Era el indio Cori amigo de Joe, que le llamaba “Rubio” y se conducía ante él con cierta dignidad.

Su voz cascada y vieja rompió a hablar en un “patois” mezcla de inglés y dialectos indios que Pete pudo comprender con la ocasional ayuda de Hopi Joe.

Pete sacó los dos trozos de la lápida rota. El indio Cori los examinó casi pegando a ellos los ojos. Finalmente, levantó la mirada y habló con Hopi en un “patosi” indio. Joe interpretó el discurso al sheriff.

—Él decir que sólo unos pocos hombres de su tribu leer esto: grandes jefes y hechiceros. Él decir, también, que escrito no estar completo. Él leer una palabra aquí y otra allí, pero escrito cortarse donde estar rota la piedra. Mi amigo opinar que faltar otro trozo, quizá más.

Pete frunció el ceño. Otra decepción.

—Dile a tu amigo que traiga a uno de los hechiceros de su tribu.

Habrá un buen dinero para comprar tabaco.

El viejo indio Cori hizo grandes visajes al enterarse de la proposición, y se había ya enfrascado en otro largo discurso cuando se oyó una detonación a lo lejos. Pete corrió a la ventana y vio que la gente corrió calle arriba.

El sheriff bajó a saltos las escaleras y se unió a la multitud. Los que iban a la cabeza se habían detenido ante un henil en la parte más desierta de la calle, y se iban agrupando alrededor del cuerpo de un hombre. Pete se abrió paso a través del círculo de curioso.

— Qui n es este hombre? —preguntó a los más cercanos.

Un cowboy que se había inclinado sobre el cadáver, se levant .

—Es Fuzzy Manton —contestó—. Alguien le ha acertado en el corazón. Fuzzy era compañero mío —añadió.

Pete examinó el cuerpo. Como el cowboy había dicho, le habían atravesado el corazón de un balazo.

El sheriff registró las ropas del muerto. En un bolsillo encontr  una nota —una nota que reclamaba su presencia en la taberna de “El Filón de Oro” a las once. La letra era la misma que la de la carta encontrada en al cabaña de Job Bentley y que la del anuncio enviado a “La Bonanza”, de Sutter’s Bend.

Pete se puso en pie. La multitud iba siendo cada vez más considerable. Se había esparcido rápidamente la noticia de que habían asesinado a otro hombre. Toda la población parecía ir reuniéndose alrededor de aquel foco de excitación. Pete observó la presencia de borrachos y gañanes, así como de ciudadanos prominentes, tales como Mel Cantrell, Ransome Beale y el doctor Kent, que dirigía un sanatorio.

— Qui n pudo haberle matado, sheriff? —preguntó Reese Spence, un cowboy—. Apuesto —dijo—, a que alguien le acechaba tras ese henil y le ha disparado al pasar. El matador se escabullir  después por ese callejón para volver al centro de la ciudad sin despertar así las sospechas de nadie.

Pete asintió. También era aquélla su opinión. El agresor conocía dónde se encontraba Fuzzy Manton y le había enviado la nota citándolo en la taberna de “El Filón de Oro”. Para ir a ella sólo había aquel camino, y el asesino, sabiéndolo, se había ocultado tras el henil, al acecho.

Era evidente que quiso quitarse a Fuzzy de en medio para cerrar

su boca para siempre. No había duda de que aquel crimen estaba también relacionada, en cierto modo, con los pedazos de lápida rota.

Pete Rice se sentía consternado. No lograba coger al asesino de Sutter's Bend; ni conocía siquiera su definitiva identidad. Y ahora un nuevo asesinato venía a aumentar la ya larga lista.

El sheriff se dirigió a su comisario Teeny.

—Cuídate de que lleven el cadáver al depósito —dijo—. Yo voy a ver al “coroner”.

Pete se alejó calle abajo. Tenía una idea que quizá diera resultado.

CAPÍTULO XIV

EL CEBO

El “coroner” suplente señaló la información para aquella tarde, a las dos. La sala de audiencias estaba atestada hasta las puertas. Aunque Fuzzy Manton no era muy estimado en la población, los ciudadanos acudieron en masa a escuchar el fallo de la justicia. Fuzzy era conocido como un cowboy duro y valiente. Habiendo sido asesinado él en la calle principal de Sutter’s Bend, ya no había vida que pudiera sentirse segura.

“Pistol” Pete Rice tomó asiento en la primera fila. Poco antes de que el martillo del “coroner” golpease la mesa pidiendo orden, el sheriff giró sobre su asiento y recorrió con la mirada la desacostumbrada concurrencia. Todos los habitantes de Sutter’s Bend y sus alrededores parecían interesados en aquel asunto.

Mel Cantrell, dueño del próspero “Rancho de la Horca”, estaba en las primeras filas, y parecía extrañamente nervioso. Ransome Beale, el doctor Kent y algunos otros ricos ciudadanos conversaban en voz baja cerca de la puerta.

Reese Spence, Bantly Tolliver, Mike Curry, Slim Patten y otros gañanes, que habían tomado parte en la caza de los caballos salvajes, habían bajado al poblado para asistir a la información.

Clive Foxleigh entró por la puerta principal y saludó con la cabeza a Pete mientras avanzaba para buscar un asiento al fondo el salón. El inglés parecía tan tranquilo como siempre.

El primero llamado a declarar fue Reese Spence, el cowboy, Spence, conocido como amigo del muerto, había sido uno de los primeros en acudir a la calle principal y en descubrir el cadáver de Fuzzy Manton. El “coroner” escuchó su explicación, ya conocida, con un poco más de interés que de costumbre, pero se impacientó ligeramente ante las atrevidas suposiciones de Reese Spence.

—¡Aténgase a los hechos! —le interrumpió una o dos veces—. No está usted arguyendo ante un juez. Se trata solamente de contestar a mis preguntas sobre lo que usted vio y oyó.

El “coroner” golpeó también la mesa nerviosamente cuando llegaban a intervalos rumores de conversación de la parte posterior de la sala.

—Si alguno de ustedes tienen algo que decirse —rezongó—, harían mejor en reunirse en su taberna favorita. Este es un acto muy serio. Estamos tratando de determinar cómo ocurrió la muerte de un hombre.

El “coroner” se mostró aún más intransigente cuando “Pistol” Pete Rice ocupó el estrado de testigos.

—Conteste sí o no, sheriff —le interrumpió en una ocasión—. Necesito terminar con este caso lo más pronto posible y volver a mis obligaciones en la Quebrada. No puedo malgastar todo un día en escuchar hipótesis más o menos atrevidas.

—Por mí, puede usted terminar ahora mismo —replicó Pete—. Pero no puedo contestar a sus preguntas con un simple “sí” o “no”.

Un rumor recorrió la sala de audiencias. Ninguna autoridad de Arizona se había nunca atrevido a tratar de aquel modo a un hombre de la significación de “Pistol” Pete Rice. Muchos opinaban que el joven doctor de la Quebrada, en funciones ahora de “coroner” suplente, debido a la enfermedad del doctor Buckley, quería buscar un poco de gloria como único funcionario que había tenido la temeridad de recusar una afirmación del sheriff del distrito de Trinchera.

Continuó la audiencia. Fueron llamados otros varios testigos; pero en cuanto Pete Rice recusaba una declaración, era obligado una y otra vez a ocupar el estrado. El sol iba ocultándose tras la sierra de los Pámpanos cuando subió a él por última vez.

—Escuche, sheriff —le dijo el joven “coroner”—. Todos sabemos que tiene usted un envidiable historial como autoridad de paz del distrito de Trinchera. Siempre ha capturado usted a los criminales que ha perseguido. Pero capturar criminales es su misión, y llegar a un veredicto sobre la muerte de un hombre es la mía.

—No lo discuto, “coroner” —replicó Pete Rice, mordiéndose los labios.

—Muy bien, sheriff. Todos podemos equivocarnos. Espero que

me perdonará si digo que algunas de sus hipótesis me parecen descabelladas.

Se levantó otro murmullo en la sala, que el joven “coroner” apagó repiqueteando vigorosamente con el martillo.

—En otra ocasión, y en esta misma sala, me pidió usted, sheriff, que aplazase el veredicto en el caso de la muerte de un tal Job Bentley. Creía usted que Bentley había sido asesinado y no atropellado por un caballo salvaje.

Pete guardó silencio. El “coroner” echó un vistazo a unas notas que tenía sobre la mesa.

—Mi misión, sheriff, es cerrar estas sesiones tras un resultado eficaz y rápido. Debo preguntarle ahora si puede aportar pruebas del asesinato de Bentley en un plazo de... pongamos, por ejemplo, veinticuatro horas.

Pete Rice masticó su goma durante algunos segundos.

—No puedo señalar ningún límite de tiempo, “coroner” —contestó.

—Entonces, tengo que retirar mi promesa de mantener abierta la información y, sin más dilaciones, voy a anunciar oficialmente que Job Bentley encontró la muerte por causa de accidente, a consecuencia de la cox de un caballo salvaje.

El “coroner” miró fijamente a Pete, continuó:

—Ha llegado a mi noticia que, en su opinión, estas muertes son el resultado de una lucha por la posesión de ciertas piedras indias de la suerte, o trozos de lápida de granito, que usted arrancó de la chimenea de Clem Rogers. ¿Es eso cierto, sheriff?

—Completamente cierto, “coroner” —contestó Pete—. Pero me conviene no dar aire a todas mi hipótesis y pistas en una reunión pública.

El joven “coroner” suplente sonrió por primera vez.

—Opino, sheriff —dijo—, que ve usted visiones. No creo que haya en todo esto tanto misterio como usted parece creer.

Clavó la mirada en sus notas y volvió a fijarla en el sheriff.

—Nada se ha dicho en esta sala que pueda convencerme de que Job Bentley y Clem Rogers no fueron accidentalmente muertos por caballos salvajes. Tampoco he oído nada que me haga sospechar que el individuo conocido por Fuzzy Manton no fue la víctima de una vieja enemistad, sin relación alguna con las piedras indias ni

con ninguna de las hipótesis expuestas por usted.

—¿Puedo preguntarle, “coroner”, si será ese el veredicto oficial?

—Pudiera ser —contestó el forense—. El veredicto se hará público en la Quebrada del Buitre dentro de uno o dos días, después de que consulte con mi superior, el “coroner” Buckley.

El rostro de Pete Rice expresó cierta decepción, no exenta de disgusto.

—En tal caso —dijo—, no veo la necesidad de ir cargando por más tiempo con lo que creía que eran pruebas importantes.

Metió la mano en un bolsillo y sacó el pedazo de lápida que había retirado del hogar de Clem Rogers. Sacó también el otro trozo más pequeño recibido de Limpy Vedder, el ex capataz de Clem, y uno y otro los arrojó al cesto de los papeles inútiles colocado entre el estrado de testigos y la mesa.

—¿Es eso todo, “coroner”? —preguntó.

—Eso es todo. Se cierra esta información. Sírvanse despejar la sala.

Pete Rice abandonó el estrado y salió de la audiencia por la puerta principal. Atravesó luego un solar vacío y ganó la calle. Era ya de noche. La calle estaba casi desierta. La sensacional información que acababa de celebrarse había limpiado momentáneamente la ciudad de gentes ociosas y paseantes.

Pete lanzó una rápida mirada a uno y otro lado de la calle y, de pronto, dio la vuelta y se lanzó a una escalera que conducía al despacho de un abogado. El abogado era un antiguo amigo, y levantó la cabeza cuando Pete entró.

—¿Terminó todo, sheriff? —le preguntó.

—Por ahora sí —contestó Pete—. El joven “coroner” ha representado bien su papel. Mejor será que apague usted esa luz. No tardará en subir y no conviene que nos vean desde la calle.

El abogado apagó la lámpara de un soplo. Él y el sheriff aguardaron en la oscuridad conversando en voz baja hasta que oyeron pasos en la escalera. Unos segundos después se abrió la puerta.

—¿Está usted aquí, Pete? —preguntó alguien.

—Aquí estoy, Jim —contestó Pete al joven “coroner”—. Si no hereda usted la plaza del doctor Buckley, haré gestiones para su ingreso en una compañía de comediantes. ¿Cerró usted la sala de

audiencia?

—En cuanto salió el último concurrente. Nadie intentará retirar aquellos pedruscos el cesto de los papeles hasta que anochezca del todo... quizá hasta medianoche o después.

—Sin embargo, nunca se perdió un hombre por exceso de precaución —dijo Pete—. Me voy a dormir. Hace no sé cuantos días que no descanso como es debido. Y creo que podré roncar tan cómodamente como en cualquier otro sitio en la sala de audiencias. Déme la llave, Jim.

El “coroner” suplente entregó al sheriff la llave de la puerta trasera del edificio. Unos momentos después penetraba Pete en la sala y, como había dicho, se dispuso a dormir. Pero Pete Rice dormía como duermen los animales. La primera pisada de cualquier intruso le despertaría, y lo hallaría completamente alerta.

Pete Rice cambió de postura. Llevaba tendido en el suelo más de cuatro horas. El reloj de la población había dado las once pocos minutos antes. La obscuridad, el mal ventilado salón parecía pesarle en los ojos como una venda negra.

Al otro extremo de la sala penetraba una tenue pincelada de luz por una ventana, pero solo servía para acentuar la obscuridad del resto de la estancia. El visitante que Pete esperaba no podría penetrar por aquella ventana, a causa de la luz. Pero las vigilaba todas.

Se oyó como si alguien raspase por la parte exterior del edificio.

Pete se quitó las botas, y tras cerciorarse de que sus Colts salían fácilmente de las pistoleras, se deslizó silenciosamente hacia el cesto colocado entre la mesa y el estrado de testigos.

Otro ruido sospechoso en el exterior. Luego un chirrido en una de las ventanas. Alguien estaba cortando el cristal para poder meter la mano y abrir la ventana por la parte de dentro.

Pete sintió que le latía el pulso aceleradamente. Era preciso no obrar con precipitación. Esperaría hasta que el intruso pusiera la zarpa en el cesto de los papeles... Tres rápidas zancadas le bastarían entonces para caer sobre él y derribarle con sus potentes puños antes de que tuviera tiempo de sacar un arma.

La ventana se abrió casi sin ruido. Refrescó el pesado ambiente de la habitación un soplo de aire, que olía al heno cortado en el solar el día anterior. Se oyó el ruido de unas botas al apoyarse en el

suelo. El visitante acababa de descolgarse por la ventana.

El desconocido dio uno o dos pasos hacia el cesto y se detuvo. Estaba escuchando. Pete Rice apenas respiraba.

Las botas reanudaron su marcha y volvieron a detenerse. Se oyó crujir de papeles. El intruso registraba el cesto. Llegó hasta Pete un apagado suspiro de satisfacción. Las ávidas manos del visitante debían de haber tocado los trozos de la lápida rota.

Pete Rice entró en acción. Saltó como una pantera y cayó sobre el intruso como un huracán. Se entabló la lucha. La pareja rodó por el suelo... Pete logró ponerse en pie. El intruso lo hizo casi al mismo tiempo y descargó un puñetazo sobre el rostro del sheriff. El mazazo alcanzó a Pete en la mandíbula, haciéndole tambalear.

El sheriff disparó su puño derecho. El intruso lanzó un juramento, pero volvió a la carga otra vez. Una de sus botazas se posó accidentalmente sobre el pie descalzo de Pete y arrancó al sheriff un grito de rabia y de dolor. Entonces la otra botaza del intruso empezó a machacar frenética a ciegas.

Pero entonces sucedió algo que apartó la imaginación de Pete Rice del inaguantable dolor de los pisotones de su enemigo. Mientras luchaba, oyó que rechinaba una llave en la cerradura de la puerta que daba al callejón. La puerta giró hasta abrirse de par en par. El callejón estaba oscuro como un pozo, pero Pete se enteró de que alguien había entrado, por la violenta corriente de aire que se estableció.

El sheriff volvió la cabeza un instante, que su enemigo aprovechó para descargarle un golpe terrible junto a la oreja derecha. El hombre con quien luchaba era corpulento, ágil y fuerte... de eso no había duda.

Pete se rehizo y disparó el puño. El mazazo aterrizó en la mandíbula del hombrachón, que se bamboleó, completamente "groggy". Pete no le dejó caer. Se abrazó a él como un oso pardo y le aplicó una manaza a la boca para ahogar cualquier grito.

¿Sería el recién llegado alguno de los vigilantes del tribunal? Era muy posible. Los vigilantes tenían llaves del edificio. Pero el joven "coroner" había prometido a Pete que prohibiría que nadie entrase en la sala hasta la mañana siguiente.

Y de tratarse de un empleado, llevaría alguna luz. No era posible que se propusiera hacer su ronda en plena obscuridad. Pete

continuó sosteniendo el pesado cuerpo de su enemigo y procuró mantenerse inmóvil escuchando. El recién llegado avanzó cautelosamente, atravesó el salón y se detuvo ante el estrado.

¡El segundo intruso iba también a buscar los pedruscos que Pete Rice había arrojado en el cesto!

CAPÍTULO XV

EL PRISIONERO

Pete sintió que el hombrachón —el primer intruso— se revolvía entre sus brazos. Le descargó un golpe en el diafragma y el individuo lanzó un gruñido de dolor. Pero el hombre estaba todavía lejos de perder el conocimiento. Era un “cliente” tozudo. En cuanto se despejó un poco, volvió a machacar con sus botazas los desnudos pies del sheriff.

Pete le disparó un segundo golpe, corto y potente, a la mandíbula. Esta vez el corpachón se desplomó como un fardo. Pero sus gruñidos de dolor dijeron a Pete que todavía conservaba el conocimiento. En tales condiciones, podría desenfundar un arma. Había que arrancársela, en caso de ser así. Se arrojó sobre él y le agarró el puño en el momento en que su mano llegaba al bolsillo de la cadera. Se entabló una lucha por la posesión del revólver.

Duró solamente unos cuantos segundos, que a Pete le parecieron años. El último intruso corrió hacia la puerta abierta. Pete se detuvo solamente otro instante para descargar un terrible directo a la mandíbula del primero. Después se lanzó en persecución del que huía.

El segundo intruso corría ya por el callejón. Pete echo tras él. Brilló un fogonazo... sonó una detonación. Una bala rozó la sien de Pete.

El sheriff se tambaleó. Pero apretó los dientes y continuó corriendo. Llegó al final del callejón. Avanzaba haciendo eses como un borracho. Desembocó en una calle en que había parado un caballo. Pete lo vio a la débil luz de un farol que colgaba un poco más allá.

Sostenido por sus nervios, Pete atravesó la acera de tablones de pino. El hombre de la capa negra se volvió y dirigió un culatazo al

cráneo de Pete. Éste esquivó el golpe y agarró al individuo por la capa. No se enteró de más.

Se le nubló la vista. Se detuvo un instante para tomar aliento. Oyó que rompía a correr un caballo. El hombre de la capa negra huía. Miró aquella dirección y no pudo distinguir claramente su figura. El jinete parecía como un pez que nadase en agua turbia.

Pete se llevó instintivamente la mano al revólver. Consiguió desenfundarlo e hizo dos disparos contra el fugitivo. Éste replicó con otro y una bala atravesó la flotante punta del pañuelo de Pete Rice.

Al sheriff sólo le quedaba la esperanza de que los disparos atrajeran a alguien y corriera tras el misterioso jinete. Trató de erguirse sobre sus temblorosas rodillas. Si le volvían rápidamente las fuerzas, podría correr hacia donde estaba “Sonny”. Una vez a lomos de su alazán, ya no temía nada. “Sonny” era capaz de alcanzar al caballo más veloz de Arizona.

De pronto, Pete se dió cuenta que tenía algo en la mano. Lo examinó atentamente. Era un trozo de la negra capa del fugitivo jinete. Pero parecía pesar más de lo que debiera tratándose de un simple trozo de paño.

El sheriff avanzó sobre sus débiles piernas hasta situarse debajo del farol. El trozo de paño negro contenía un bolsillo. Y en este bolsillo había un pedazo de lápida.

Pete lo examinó atentamente. Tenía grabados en una de sus caras los misteriosos jeroglíficos indios. El sheriff lanzó un suspiro de satisfacción. Bien. La suerte no había querido que capturase al segundo intruso, pero le había hecho un señalado favor: le había regalado un tercer trozo de lápida, causa evidente de todas las violencias que se estaban cometiendo en Sutter’s Bend.

El jinete de la capa negra había dejado sin querer, una importante prueba de convicción en manos de Pete. Y el jinete huía animoso creyendo que las piedras cogidas del cesto de los papeles eran las que Pete Rice había arrojado a él.

Ignoraba que eran dos simples pedrusco sin valor alguno, puestos allí por el sheriff. Los verdaderos habían sido sacados del cesto y estaban en las seguras manos del joven “coroner”.

Sonaron gritos en la calle. Los últimos trasnochadores corrían hacia el callejón atraídos por los disparos. Iban volviendo las

fuerzas al larguirucho armazón de Pete Rice. Era preciso no dejar escapar al individuo que había dejado tendido en la sala de audiencias. Quizá ya habría recobrado el conocimiento.

Encontró al intruso en el momento en que salía tambaleándose al callejón. Sólo tuvo que descargarle un puñetazo y le tendió a sus pies en el mismo umbral de la puerta. Luego arrastró al pesado cuerpo hasta la entrada del callejón. Varios hombres habían llegado ya al lugar de la escena. Entre ellos se encontraban Teeny Butler y Hicks “Miserias”.

El diminuto comisario llevaba una linterna encendida, que enfocó sobre el rostro del prisionero.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó al reconocer sus duras facciones—. ¡Mirad quién está aquí!

El prisionero era Gunther, propietario de “El Filón de Oro”. Gunther guardó sombrío silencio y no hizo comentario alguno cuando Pete llevó a la prisión y le encerró en una celda. Pero cuando el sheriff se disponía a retirarse, se aproximó a la reja.

—Supongo que creerá que ha apresado al asesino que perseguía —preguntó.

—Ya se enterará usted de la acusación cuando comparezca ante el tribunal —contestó Pete.

La experiencia había enseñado al sheriff que a los criminales del tipo de Gunther no podía obligárseles a hablar. En cambio, si las autoridades se mostraban indiferentes, tales presos solían declarar voluntariamente para sincerarse de mayores crímenes.

—Únicamente le diré que su compañero logró huir —le informó Pete para tantearle.

—¿Mi compañero? —repitió Gunther, extrañado—. Yo no he tenido compañero en este asunto. Sheriff, ¿me creerá lo que voy a decirle?

—Eso depende —replicó Pete—. Si sabe usted algo importante acerca de este caso, y quiere declararlo, dígalo ya. Si usted quiere ayudar a la ley, la ley le ayudará a usted.

Gunther guardó silencio unos segundos. Después dijo:

—Reconozco que soy un imbécil. Me veo metido en un lío y hasta quizá se me acuse de asesinato. Pero yo nunca he matado a ningún hombre.

Su feo rostro parecía brutal, pero sus palabras tenían el acento

de la verdad.

—Leí el anuncio de “la Bonanza” —continuó—, y en seguida se me ocurrió que de allí podía salir dinero. Por eso acudí al Pico de Choupomouk con Slink Singleton y Purvis.

Explicó los detalles. Todos coincidían con los que Purvis había ya revelado a Pete.

—Me escondí después —prosiguió Gunther—, pero tenía en la ciudad un par de espías. Esta noche uno de ellos vino a mi escondite a decirme que usted había echado las piedras en el cesto de los papeles de la sala de audiencias. Ahora comprendo que usted me engañó. Pero necesitaba apoderarme de aquellas piedras, y decidí obrar por cuenta propia. Desconocía la importancia de los pedruscos; sabía tan sólo que podían producirme dinero. En cuanto al otro individuo que entró en el edificio, no sé quién es. Yo no tengo nada que ver con las muertes que vienen ocurriendo.

Pete observaba atentamente a Gunther. Era indudable que decía la verdad. Puesto que se lanzaba a tan comprometedoras confesiones, tampoco habría ocultado el nombre del fugitivo de la capa, de haber sabido quién era. Pete reflexionó unos momentos. Podría hacer condenar a Gunther, pero era caza menor. Todo indicaba que el hombre de la capa era el que traía aterrorizado al distrito de Sutter’s Bend.

La misión del sheriff era descubrir quién era aquel hombre.

Gunther, como ya había dicho Purvis, era un sujeto de rostro estúpido, pero de vivo ingenio. Había creído ver en el anuncio de “la Bonanza” la manera de ganar fácil dinero y había querido robar las piedras que Pete Rice puso como cebo. Pero ahora, chasqueado y preso, no tenía más ambición que salir de la cárcel a cualquier precio.

Gunther, a causa de su popular taberna, conocía a casi todos los habitantes de la región. A muchos les había prestado dinero cuando estaba seguro de que podría recuperarlo. Aquellos préstamos se gastaban generalmente sobre su mostrador o quedaban sobre los tapetes de sus mesas de juego. Era, como se ve, hombre que podía ser muy útil para los propósitos de Pete Rice.

—Empiezo a creer que no es usted un homicida —dijo el sheriff—. Pero sé lo suficiente para tenerle encerrado una larga temporada. Si sabe usted algo relacionado con el asunto que me

interesa, ahora es la ocasión de hablar. ¿Tiene usted una idea de quién pueda ser el responsable de los asesinatos de Sutter's Bend?

—Tengo una idea —contestó Gunther.

—Dígala, pues.

—Voy a hablar para salvar mi pellejo. Las noticias se esparcen rápidamente por una población como Sutter's Bend, y yo me he enterado de que la bala que mató a Fuzzy Manton salió de un "derringer". ¿Es cierto?

—Lo es —contestó Pete. Era inútil ocultar el hecho, ya que las habladurías de la gente se habían encargado de divulgarlo.

—Bien —prosiguió Gunther;— pues quizá le interese lo que voy a decirle. Reese Spence y Fuzzy Manton estuvieron en mi taberna hace pocas horas. Tramaban algo. Parecían tener entre manos un asunto que debía producirles bastante dinero. Pero se veía que desconfiaban uno del otro. Ahora bien, yo tengo motivos para saber que Reese Spence poseía un "derringer".

Los grises ojos de Pete expresaron el más vivo interés.

—¿Está usted seguro?

—¡Completamente! Reese Spence tenía un "derringer" que utilizaba como arma secreta. Nunca lo enseñó en la ciudad. Pero una vez me lo dejó a mí en prenda por unos cuantos dólares.

—Quizá se haya usted favorecido bastante proporcionándome estos informes —dijo el sheriff a Gunther—. Voy a entrevistarme con ese Reese Spencer.

El sheriff encontró a Spence apurando unas copas en la taberna "El Filón de Oro". Habló con él un rato, indiferente. Sus grises ojos escudriñaban sin cesar el delgado cuerpo del "cow-pucher". Una o dos veces le rozó con el codo, como por casualidad. De pronto, su morena mano agarró al vaquero por el sitio en que se le abombaba la camisa al salir de los calzones. Había un bulto allí.

—¡Entrégame esa arma, Spence! —ordenó el sheriff.

Spence se quedó como petrificado.

—¿Qué se propone usted, sheriff? —preguntó.

—¡Entrégame esa pistola! —repitió Pete.

Sin embargo, Spence metió una mano bajo la camisa y sacó un "derringer".

—Me cuesta trabajo comprender lo que se propone usted, sheriff —dijo entregando el arma—. Es cierto que hace tiempo que llevo

esta arma prohibida. ¿Pero soy por eso un criminal?

—Ven conmigo al despacho de la cárcel —le ordenó Pete—. Necesito ahora enseñarte algo.

Spence conservó su tranquilidad y acompañó a la cárcel al sheriff. Éste le dejó en el despacho y se dirigió al grupo de celdas. Al volver, al cabo de dos minutos, encontró a Spence mirando al callejón por la ventana. Pete se sentó detrás de la mesa.

—Vamos a ver, Spence, ¿tiene algo que decir? —preguntó al vaquero.

—¿Acerca de qué? —inquirió Spence—. No sé de lo que me está usted hablando ahora, sheriff.

—Te estoy hablando —recalcó Pete—, de la muerte de Fuzzzy Manton.

—No sé nada de esa muerte —replicó Spence—, excepto que oí la detonación. Fui uno de los primeros en llegar y encontrar el cadáver. Esto es todo lo que sé.

—Spence —insistió Pete;— a Fuzzzy Manton le dispararon con un “derringer”. No hay muchas armas de esa clase en este rincón del mundo. Y a ti te he encontrado encima un “derringer”

—No veo que eso pueda probar nada en contra mía, sheriff.

—Eso te parecerá a ti. Pero mira esto.

Pete abrió el cajón de la mesa, extrajo una bala de plomo de una cajita de hojalata y la mostró sosteniéndola entre el pulgar y el índice. Estaba un poco deformada, pero podían verse a lo largo de ella el característico rayado.

—No sé si sabrás, Spence, que un perito puede determinar si una bala ha salido o no de un arma determinada. ¿Qué opinarías si te dijera que voy a hacer examinar esta bala por un perito?

Spence no contestó, y Pete siguió hablando.

—Si Fuzzy fue muerto con un “derringer”, si esta bala fue extraída de su cuerpo y si se prueba que el proyectil salió de tu “derringer”, ¿crees que habrá suficientes pruebas contra ti? ¿Lo crees? —repitió alzando la voz.

Se oyeron en aquel momento unos gritos airados que parecieron venir del grupo de celdas. Pete Rice arrojó la pella de plomo al cajón y cerró éste de golpe. Un instante después, corría hacia el grupo de celdas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó a Teeny—. Si estos presos no se

portan como es debido, ya sabes lo que tienes que hacer.

El comisario Teeny Butler y el sheriff Pete Rice conversaron unos momentos en voz baja, y el sheriff regresó al despacho. Reese Spence esta otra vez junto a la ventana, mirando al callejón. Al oír entrar a Pete se volvió y se dirigió hacia la mesa.

—Toda esta comedia me hace reír, sheriff —dijo—. Yo no he hecho nada malo y nada tengo que temer. Déjeme marchar. No me ausentaré del distrito. Sé demasiado bien que usted volvería a cogerme, y entonces parecería sospechoso. Tiene usted que dejarme en libertad hasta que consiga alguna verdadera prueba contra mí.

—Ahora mismo te pondré en la calle —contestó Pete—. Pero tengo fuertes sospechas contra ti, y te encarcelaré si eres culpable. De eso puedes estar tan seguro como que ahora es de día.

—Estará usted en su derecho, si consigue probar mi culpabilidad. Pero no hay cuidado. Fuzzy Manton era compañero mío, y tengo tanto interés como usted en encontrar al que lo mató. ¿Tiene algo más que decirme?

—Nada... por ahora —contestó Pete.

Reese Spence se apresuró a salir del despacho. Se oyeron sus fuertes pisadas en los cimbreados tablones de la acera. Teeny Butler entró en el despacho y reclinó su corpulenta humanidad sobre la mesa.

—¿Dio resultado, patrón? —preguntó.

Pete le hizo un guiño.

—Nos acercamos al final, Teeny. ¡Buena se la he jugado a ese Reese Spence! Ha mordido el cebo como un coyote.

El sheriff explicó a Teeny lo ocurrido. En la autopsia del cadáver de Fuzzy Manton se averiguó que la bala homicida le había atravesado el cuerpo completamente. Pete Rice, perito en armas, había opinado que el orificio que presentaba el cadáver le había sido hecho por la bala de un “derringer”. Pero la bala original no pudo encontrarse... ni nunca se encontraría.

—Acabo de tener una pequeña charla con Spence —explicó Pete—. No le dije mentiras. Me limité a sacar cierta bala de este cajón. Y sin afirmar precisamente que tal bala había sido extraída del cadáver de Manton, me expresé de tal modo, que Spence se lo creyó. Luego, cuando yo levanté la voz y tú te pusiste a gritar en las celdas como habíamos convenido, desaparecí por un minuto. Y

Spence cayó en la trampa. No tiene el pobre mucho talento.

—¿Robó la bala del cajón? —preguntó Teeny.

—¡Claro que sí! Creyó que me la jugaba de puño haciendo desaparecer la bala que cree de su “derringer”. No se atrevió a hacer otro tanto con la pistola. Lo que más le interesaba era destruir la prueba acusadora. Lo más probable es que ya la habrá arrojado en algún sitio donde jamás podrá encontrarse.

—¿Pero por qué no le detuviste, patrón? —preguntó Teeny.

—Porque Reese Spence no tiene la suficiente categoría para ser el temible asesino de Sutter’s Bend, que estamos buscando. Él mató a Fuzzy, es cierto, y le podremos coger cuando queramos. Pero ahora nos interesa más el vigilarle por algún tiempo. Él que le paga no dejará de darle órdenes, y por él coparemos a toda la banda. Si tú tratas de cazar una mosca determinada cuando un enjambre se posa sobre tu alimento, te expones a espantarlas todas. ¿Comprendes?

—Comprendo, patrón —dijo Teeny. De pronto se iluminaron sus ojos—. ¡Escucha! —exclamó—. ¿No trabaja Reese Spence para Mel Cantrell?

—Sí —contestó Pete.

—Mel Cantrell siempre me ha parecido un buen hombre —murmuró Teeny, pensativo.

—Sí —repitió Pete—. Pero durmamos un poco ahora, compañero.

CAPÍTULO XVI

EN EL CAÑÓN DE CHEPULTEC

El sheriff Pete Rice durmió hasta bien entrado el día siguiente. Nada se adelantaba con dejar de dormir. Teeny Butler y Hicks “Miserias” estaban en su faena, y a primera hora de aquella tarde Pete escuchó sus informes.

“Miserias” se había dedicado a vigilar la casa de Clive Foxleigh, y las noticias que traía hicieron brillar de interés los grises ojos del sheriff.

—Escondí mi caballo en aquel bosquecillo de álamos, como tú me dijiste, patrón —informó “Miserias”—. Luego me escurrí hasta la casa y miré disimuladamente por la ventana. El mastín de Foxleigh gruñó, y yo tuve miedo de que me descubrieran rondando por allí. Corrí a mí caballo y me preparé para huir. Pero entonces oí ruido de jinetes.

—¿Quiénes eran, “Miserias”?

—No pude acercarme lo suficiente para descubrirlo. Pero oí la voz de Reese Spence y la de Mike Curry. Se dirigían a la casa de Foxleigh, y todo lo que pude hacer fue esconderme tras unos matojos y espiarles. Al parecer, iban otra vez tras aquella manada de caballos salvajes y, por algunas palabras que pude sorprender, querían que les acompañase el Inglés.

—¿Fue por fin? —preguntó Pete.

—No y sí. Y esa es la parte chocante del asunto, patrón. Le oí decir que iba a acostarse y después de despedirles se metió en la casa y vi que apagaba las luces. Pero unos minutos más tarde oí que pateaba un caballo. ¡Y Foxleigh estaba sobre él! Tomó luego la dirección de Charici Valley y no pude ver más porque estaba muy oscuro. ¿Ha ocurrido por allí esta noche algún otro asesinato?

—Ninguno, afortunadamente —contestó Pete—. Y no ocurrirán

más... si yo puedo remediarlo.

El sheriff se volvió a Teeny.

—¿Descubriste algo, Teeny? —le preguntó.

—Ya lo creo, patrón —contestó el gigante comisario—. Han ocurrido cosas graciosas allá en el valle. ¿Sabes dónde está el Cañón de Chepultec?

—Sí —dijo Pete—. Está al norte del rancho de la Horca. ¿No es eso?

—Eso es. Bien; pues yo pasaba por el borde cuando oí ruido por allá abajo. Afortunadamente no soy supersticioso, porque si lo llego a ser, hubiera creído que se trataba de algún monstruo. Me aproximé al borde de la quebrada, ¿y sabes lo que descubrí? ¡Cinco hombres que estaban haciendo funcionar unas máquinas que parecían tractores de vapor! ¡Lo creas o no, estaban arando el Cañón de Chepultec! En seguida me sospeché que aquello tenía algo que ver con nuestro caso, porque habían apostado a la entrada del desfiladero dos o tres hombres con fusiles.

—Opino lo mismo que tú, Teeny. Nos daremos un pequeño paseo hasta allí. Y nos llevaremos a Les Moline con nosotros.

El sheriff masticó su goma unos momentos.

—Y también llevaremos a “Vulcano” —añadió—. El perro puede valernos en esta ocasión tanto como un buen comisario.

“Pistol” Pete Rice y los tres comisarios cabalaron separadamente hasta las afueras de Sutter’s Bend, y volvieron a reunirse en los alrededores de la población. Iban armados de rifles, con las Colts bien aceitadas y bien cargados de balas los cinturones. Una vez en las afueras, se dirigieron a campo traviesa hacia el Cañón de Chepultec.

Pete iba muy pensativo y sus mandíbulas masticaban sin cesar un nuevo taco de goma.

“Vulcano”, el mastín, trotaba pegado a las patas de “Sonny”, el alazán. De vez en cuando levantaba su inteligente cabeza y observaba el rostro del sheriff. Pete le hablaba entonces cariñosamente, y el perro movía la larga cola.

Atravesaban una región muy abrupta que formaba parte del Rancho de la Horca, y nunca había sido utilizada para pastos. Estaba cubierta de barrancas y sembrada de pedruscos.

Pete Rice, que marchaba un poco delante, no titubeó un

momento. Sabía perfectamente adónde se dirigía. La cabalgata fue subiendo sin cesar durante tres millas y llegó, al fin, a un repecho del que arrancaba un acuesta cubierta de mezquites y artemisas. Desde aquel punto se dominaban las contorsionadas estribaciones del Cañón de Cheputec.

Desde el otro extremo del cañón llegaban ruidos de jadeos y engranajes. Hicks “Miserias” los calificó de truenos embotellados.

Pete condujo a sus hombres a un punto desde donde se podía ver lo que causaba aquellos ruidos. Eran dos tractores de vapor que resoplaban fatigosamente, arrancando montones de negra tierra revuelta con malezas y pedruscos. Pete se aproximó al borde del cañón y atisbó por entre unos chaparrales. Chasqueó un rifle en el fondo de la sima y una bala silbó sobre la cabeza del sheriff. Inmediatamente, desde ambos tractores, cuyos blindados costados ofrecían la protección de una fortaleza, surgió una granizada de balas.

El sheriff empuñó su Colt y envió una rociada de plomo a las malezas que ocultaban al escopetero que le había disparado.

Un segundo después el escopetero se lanzaba fuera de su escondite. Pete pudo ver que llevaba antifaz y se envolvía en una capa. El desconocido se puso a salvo deslizándose de matorral en matorral.

Pete Rice estaba seguro de que aquél era el temible asesino de Sutter’s Bend. El sheriff disparó de nuevo. El enmascarado lanzó un grito agudo y cayó entre la espesura. Pete pudo ver su negra capa flameando sobre un grupo de mezquites.

—¡Ya es tuyo! —exclamó “Miserias” triunfalmente—. ¡Cayó la pieza grande, patrón! ¡Lancémonos ahora contra ellos!

Pero el sheriff contuvo la acometividad del pequeño comisario. El trío nunca había intervenido en una lucha como aquélla. Sus balas rebotaban con ruido metálico contra los costados de los tractores. Y desde éstos respondían con un fuego infernal.

Una de las máquinas empezó a avanzar lentamente, como una gigantesca tortuga, hacia el hombre de la capa tendido entre las malezas. Avanzaba con deliberada calma, como desafiando los humantes rifles de los defensores de la ley. Luego se inclinó violentamente, giró a un lado y pareció casi pasar sobre el cuerpo del caído. Cuando reapareció, franqueado el desnivel del terreno, se

veía todavía la negra capa entre los matorrales.

Pete empuñó un fusil y apuntó con todo sosiego. Por una abertura del costado del tractor se veía parte de un sombrero. El hombre que lo llevaba era evidentemente el conductor.

El rifle del sheriff tronó despertando mil ecos. La bala penetró por la pequeña abertura. El tractor continuó avanzando. Pero era evidente que ya no lo guiaban manos humanas. Su conductor, gravemente herido, estaba fuera de combate.

Aquel disparo decidió la batalla. El monstruo de acero retrocedió por la pendiente y fue a chocar con formidable estruendo contra el otro tractor. Su enorme peso contribuyó a su destrucción. Ambas máquinas se empotraron una en otra y rodaron por la rocosa pendiente. Y allí quedaron como una informe masa de hierros retorcidos y humeantes.

—¡Corramos ahora, compañeros! —gritó Pete.

El sheriff arrojó el rifle, desenfundó sus 45 y se lanzó cuesta abajo, a la cabeza de sus hombres, en busca de los tractores. Habían cesado un momento las descargas que salían de las máquinas, pero al acercarse a ellas los comisarios, surgió un nuevo fogonazo.

Les Moline lanzó un grito y se desplomó a tierra. Una mancha roja fue extendiéndose por el hombro izquierdo de su camisa de franela. Pete levantó el cuerpo del comisario de Sutter's Bend lo llevó al refugio de unos densos matorrales. Allí se arrodilló y le restañó la herida con un pedazo de tela arrancada de su propia camisa.

—No te muevas de aquí, Les —le ordenó, y corrió de nuevo hacia los tractores.

Esperaba oír el estruendo de nuevas descargas y el restallido del látigo de Teeny Butler. Pero se encontró con la sorpresa de que Teeny y "Miserias" habían llegado a los tractores y los contemplaban con curiosidad. Hasta tenían los Colts enfundados. Los hombres que ocupaban las máquinas debían de haber muerto todos en la colisión.

Pete corrió hacia las malezas donde había quedado tendido el individuo de la negra capa. Llegado allí, tiró del paño... y lanzó un grito de sorpresa. No había nada debajo. El asesino de Charici Valley había abandonado su prenda y se había arrastrado por entre los chaparrales. Indudablemente, había conseguido llegar hasta su

caballo, oculto por los macizos tractores, y había huído.

—¡Ven acá, “Vulcano”! —gritó Pete—. ¡Búscame a ese hombre!

El enorme mastín lanzó un ladrido y se alejó dando saltos. Pete encontró dificultad en seguirle. Marchaba el perro con la nariz pegada a tierra, tan pronto avanzaba como retrocedía por entre los mezquites. Por fin se detuvo ante una grieta que se abría al otro extremo del cañón.

El criminal había conseguido salir por aquel agujero, y se había descolgado después por una gran peña que casi cerraba la abertura.

Pete siguió el mismo camino. Una vez al otro lado de la grieta, distinguió las huellas de unos cascos. El caballo del asesino le esperaba indudablemente allí. El animal se había ya perdido de vista.

El sheriff apretó las mandíbulas. Era inútil perseguir a pie aquel hombre. Tenía que retroceder para buscar a “Sonny” y dar luego un rodeo para salir del cañón. Entretanto el malhechor se encontraría muy lejos.

“Vulcano”, el mastín, había saltado por la grieta y olfateaba el terreno.

A Pete se le ocurrió una idea.

—¡Cógele, “Vulcano”! —gritó—. ¡Persíguele!

El animal lanzó un alegre ladrido y partió veloz, siguiendo las huellas dejadas por los cascos del caballo fugitivo.

CAPÍTULO XVII

EL PERRO HERIDO

Pete volvió sobre sus pasos y corrió al sitio donde había dejado a “Sonny”. Hasta encontrarse al otro lado del cañón, tendría que dar un rodeo demás de una milla. Pero “Vulcano” se bastaba para alcanzar al asesino. Hicks “Miserias” corrió hacia Pete cuando éste se disponía a saltar a la silla.

—¡Espera un minuto, patrón! —le gritó.

—Los minutos son oro —contestó el sheriff—. Quedaos aquí cuidando al herido y...

—Los hombres que ocupaban los tractores resultaron todos muertos, menos uno que está muy mal herido —siguió diciendo “Miserias”—. ¿Sabes quién es, patrón?

—¿Quién? —preguntó Pete, impaciente.

—Pues nada menos que Reese Spence. Confiesa que mató a Fuzzy Manton, pero tiene un tiro en el cuello, y cada vez que trata de hablar arroja bocanadas de sangre.

—Retened bien todo lo que diga —ordenó Pete—. Yo tengo que marchar volando. Si Spence muere, descubrid mi rastro y seguidme.

Dicho esto, y con sólo un ligero toque de espuela, el sheriff lanzó a “Sonny” al galope a lo largo el cañón. Unos minutos después se encontraba en campo libre. Iba anocheciendo, pero todavía podía distinguir las huellas de las herraduras de un caballo en el rocoso terreno. No obstante, no llegaba hasta él el menor rumor, y comprobó con pesar que el criminal debía de llevarle una gran delantera.

El alazán bebía el viento. Cada vez era más difícil seguir las huellas en la creciente obscuridad. De pronto, “Sonny” reuló al oír un largo aullido que venía de una eminencia situada a alguna distancia. Pete reconoció aquel aullido. Salía de la garganta de

“Vulcano”, el mastín.

Era el aullido de un animal que siente un gran dolor.

Pete lanzó a “Sonny” al sitio de donde salía el aullido del perro. Atravesaron unos matorrales y lo localizaron, por fin, en un pequeño arroyo, a la derecha de una senda. Pete desmontó y se deslizó por el talud hasta la orilla del agua. “Vulcano” estaba tendido con la cabeza apoyada en una roca. Una horrible herida le partía el cráneo. Brotaba la sangre cubriéndole los ojos y el hocico.

Pete empleó sólo un instante en quitarse su pañuelo de hierbas y vendar la herida. Su intuición adivinó en seguida lo que había sucedido. “Vulcano” debió de atravesar la quebrada para cortar el paso al jinete. El malhechor sacaría entonces su bota del estribo y, con un hábil movimiento, clavaría sus afiladas espuelas en el cráneo del animal, haciendo rodar a éste hasta el arroyo. La cabeza de “Vulcano” quedó descansada en la roca.

“Vulcano” gemía lastimeramente mientras Pete le vendaba la herida, pero miraba a su amo con devoción y de vez en cuando le lamía la mano.

Pete acabó de vendar la herida y, apoyando la cabeza del animal en sus rodillas, le acarició.

—Hiciste lo que pudiste, mi buen amigo —le decía—. Y fue suerte que no te pegasen un tiro.

El perro meneó la cola y se esforzó por ponerse en pie.

—¿Adónde vas? —le preguntó Pete—. Mejor será que continúes echado.

Pero “Vulcano” se dedicó a olfatear por los alrededores del arroyo. Pete averiguó en seguida lo que buscaba el perro. El animal regresó junto a Pete, llevando en la boca un pedazo de paño negro, desgarrado. Los colmillos del perro lo habían arrancado de la capa del asesino antes de que éste le hiciera rodar hasta el arroyo.

Pete cogió el trozo de tela y volvió a acariciar la cabeza del animal.

—Tienes razón, “Vulcano” —le dijo—. Este es un hallazgo importantísimo. ¿Verdad que tú conoces bien este olor? —Los ojos del sheriff relampaguearon—. Me parece que vas a poder ayudarme —continuó diciendo—. Sí, señor; ya decía yo que haría de ti un buen comisario, como lo he hecho de tu amigo “Sonny”.

Levantó la vista al oír el galope de unos caballos, y su mano se

dirigió rápidamente a la pistolera. Un momento después comprendió que los jinetes que se aproximaban eran Teeny y “Miserias” y Les Moline. Lanzó la señal del graznido del búho y “Miserias” la contestó.

—¡Por aquí, muchachos! —gritó a sus camaradas—. ¡Por la derecha, en el arroyo!

A los pocos momentos se le reunían los comisarios. El hombro de Les Moline había sido cuidadosamente vendado por Teeny y “Miserias”. El comisario de Sutter’s Bend se mostraba tan animoso como siempre, sin dar importancia a su herida.

Los cuatro compañeros cambiaron impresiones, Pete habló de la suerte del fugitivo al lograr arrojar el perro al arroyo y proseguir la fuga. Los comisarios informaron a su patrón de que Reese Spence había muerto sin poder dar el nombre del criminal para quien trabaja.

—Dejó sin terminar una historia muy extraña, patrón —comentó “Miserias”—. ¡Maldita sea! Yo no pude sacar nada en limpio. ¿Qué es lo que dijo de unos indios que estaban encerrado en una cabaña? —preguntó, dirigiéndose a Teeny Butler.

—Tampoco yo entendí gran cosa —contestó Teeny—. Dijo que los indios sabían mucho, y que los tractores habían sido traídos por la Asociación de Rancheros, para arar terrenos en gran escala.

—Le preguntamos qué es lo que hacían los tractores en el cañón —intervino Les Moline;— pero perdió el conocimiento antes de que pudiera contestarnos. ¡Qué mala suerte! Si llega a vivir otro minuto, nos enteramos del nombre del asesino y de todo lo demás.

Pete Rice mascó su goma lentamente.

—Los indios saben mucho —repitió, pensativo—. ¿No dijo más Spence?

—Eso fue todo, patrón —contestó Hicks “Miserias”—. Quizá estuviera delirando. Acaso le hubiera enloquecido el dolor.

Pero Pete Rice tenía otras opiniones.

—¿No dijo si habían matado a los indios? —insistió.

—Pareció indicar que los tenían prisioneros en una cabaña de leñador en el Valle de Pompano. ¿Por qué lo preguntas, patrón?

—Tengo una idea —contestó Pete—. El criminal que estamos persiguiendo es un hombre de mucho cuidado. Apuesto que ha visto aquel indio Cori que nos trajo Hopi Joe y se ha figurado por qué

quería yo hablar con él. Por eso los ha hecho apresar por sus espías.

—¡Retruenos! —exclamó “Miserias”—. ¡Bien pudiera ser eso!

—Apuesto también —continuó Pete—, que los indios se han visto obligados a decir algo de lo que sabían de los jeroglíficos de aquellas piedras. Esto es lo que les impulsó a excavar con los tractores en el Cañón de Chepultec.

—No creo que buscasen oro —opinó “Miserias”—.

—Quizá no —confesó Pete;— pero allí buscan algo.

—A mí me pareció —intervino Teeny—, que Spence trató de decir algo acerca de unos papeles. Pero la sangre le acudió a la garganta y no pude entenderle bien. No obstante, yo juraría que habló de unos papeles. ¿Qué papeles podrían ser?

—No nos devanemos más los sesos —dijo Pete—. Es temprano todavía. Podemos llegar al valle de Pompano antes de medianoche.

El sheriff se puso en pie y acarició la cabeza de “Vulcano”, que meneaba la cola y recuperaba sus fuerzas por momentos.

—En marcha —dijo—. Les será mejor que te vayas a la población y te hagas curar la herida por un doctor. No hay necesidad de que...

¡Bang!

Por la parte de Charici Valley llegó el estampido de un disparo. Y luego otro, y otro.

—¡Recoyotes! —exclamó “Miserias”—. Parece ser que el asesino marcha en esa dirección. ¿Le habrá cazado alguien?

—Tantas probabilidades hay de que él haya cazado a alguno —opinó Pete—. De todos modos, marchemos, muchachos. Podemos explorar, de paso, el camino.

Los cuatro defensores de la Ley saltaron a sus caballos.

“Vulcano”, el mastín, con las acostumbradas energías recuperativas de los animales, parecía casi tan fuerte como antes. Rompió a correr, manteniéndose a suficiente distancia para eludir los batientes cascos de “Sonny”; pero a medida que el camino fue descendiendo hacia Charici Valley, y como las huellas de caballo se hicieran más pronunciadas, tomó la delantera al alazán y casi se perdió de vista.

El camino bordeó una quebrada, y allí se detuvo “Vulcano” y olfateó el aire. Torció luego bruscamente a la derecha y se lanzó pendiente abajo. Su cola no cesaba de agitarse un momento

mientras olfateaba con la nariz pegada a la tierra.

De pronto se detuvo y ladró furiosamente varias veces.

—¡Ha encontrado algo, muchachos! —dijo Pete a sus hombres—. Mi perro nos va a ser muy útil de aquí en adelante. ¿Qué has encontrado ahí, “Vulcano”?

Pero “Vulcano” no se movió. Permanecía inmóvil, contemplando algo escondido en aquel sitio.

Pete desmontó y descendió por la pendiente. Llegó al lado de “Vulcano” y le palmoteó el lomo. El perro se revolvía inquieto, y mostrando gran excitación.

Teeny Butler y “Miserias” habían desmontado a su vez y bajaban por la pronunciada cuesta. De pronto la penetrante mirada de “Miserias” percibió un objeto que negreaba entre las malezas. Lo recogió y encendió un fósforo.

—¡Recoyotes! —exclamó—. ¡Mirad esto! Es una capa desgarrada... la que pertenecía al asesino. ¡Me apostaría un millón de dólares!

Pete Rice encendió también un fósforo en la suela de su bota y aproximó la llama al rostro del hombre que “Vulcano” acababa de encontrar. Era Clive Foxleigh.

Brotaba un hilillo de sangre de su sien derecha.

CAPÍTULO XVIII

“SONNY” HACE TAMBIÉN LO QUE PUEDE

Pete levantó el inconsciente cuerpo de Foxleigh y lo llevó cuesta arriba, hasta el sendero. El comisario Les Moline paseó la mirada del rostro de Foxleigh a la negra capa que Hicks “Miserias” tenía en las manos.

—Bien al fin hemos cogido al asesino —comentó—. Esperaremos ahora que no muera sin declarar.

Pete examinó rápidamente la herida. Foxleigh había sido alcanzado por una bala.

—Apuesto diez contra uno —dijo Les Moline—, que ha intentado matarle uno de sus cómplices. Alguien le traicionó, como él traicionó a Fuzzy Manton y Reese Spence.

Pete Rice guardó silencio. Masticaba goma lentamente.

—¿Estás en condiciones de llevarlo a la ciudad, Les? —preguntó.

—Claro que sí —contestó el comisario—. Mi herida no tiene importancia. ¿Quieres que lo meta en la cárcel?

—Sí, llévale a la cárcel: pero cuida de que tenga un lecho cómodo y una buena asistencia médica.

El sheriff se volvió a Teeny y “Miserias”.

—Nada más hay que hacer aquí, muchachos —les dijo—. Sigamos hacia el Valle de Pompano.

Una larga línea púrpura coronaba lo alto del cañón cuando los tres camaradas llegaron a la barranca, ya anochecido. Miraron hacia el Valle de Pompano.

Una pequeña cortadura en la parte Norte era su única salida aparente. Semejaba aquello una pequeña prisión de granito, circundada por muros ciclópeos. Pero los malhechores que utilizaban el Valle de Pompano como escondrijo —y lo utilizaban muchos— conocían caminos secretos que conducían a la frontera.

Había varias cabañas en el valle, pero desde el punto que ocupaba Pete, sólo se podía ver una en la que brillaba una luz. Los leñadores debían de haberse acostado hacía unas horas; muchos se retiraban al anochecer y rara vez encendían una lámpara.

—Me parece que aquélla de la luz es la que buscamos —dijo Pete a sus comisarios.

Señaló hacia abajo. Una tenue y ondulante columna de humo azul salía de la tosca chimenea.

—No parece que se mueva nadie por allí, patrón —observó Hicks “Miserias”.

—No lo parece —concedió Pete—. Pero nos aproximaremos con toda precaución, por si acaso. Probablemente habrán dejado a alguien de centinela.

Desmontaron los tres compañeros y, como de costumbre, procedieron a atar sus caballos fuera de la zona de peligro. Luego, con Pete a la cabeza, se deslizaron cautelosamente hacia la pequeña construcción de madera.

Mientras observaban, se abrió la pequeña puerta y salió un hombre con un cubo de agua, cuyo contenido arrojó entre las malezas. Pete aprovechó el momento para escudriñar en el interior de la iluminada cabaña. Sus ocupantes no estaban en línea con la puerta, pero Pete pudo oír el ruido de naipes al ser arrojados sobre una mesa.

—Lo menos debe de haber ahí dentro media docena —musitó a sus comisarios, cuando el hombre del cubo volvió a entrar en la cabaña y cerró la puerta.

Mientras Pete se disponía a rodear el pequeño edificio para ver lo que podía descubrir por la ventana trasera, volvió a abrirse la puerta y aparecieron dos hombres. Ambos se detuvieron frente a la choza y parecieron escuchar.

—Parece que esperan visita —musitó Teeny Butler.

Pete sonrió lúgubrementemente.

—Pues no van a tener que esperar mucho —dijo.

Los dos bandidos se alejaron de la cabaña y caminaron hacia los comisarios en la oscuridad.

—Debes de estar equivocado, Jake —decía uno—. Yo no oí nada.

El individuo llamado Jake murmuró entre dientes y los dos

siguieron avanzando hacia los defensores de la Ley.

—Uno para cada uno, compañero —susurró Pete al oído de Teeny Butler—. Podemos cortarles el paso sin necesidad de meter ruido. Dedícate al de las patillas.

Los bandidos seguían aproximándose. De pronto, Pete y Teeny parecieron surgir de la nada. Las manos de los bandidos se dirigieron a sus revólveres, pero no con la suficiente rapidez.

¡Splash!

¡Splash!

Los puños como mazas de Teeny Butler alcanzaron al hombre de las barbas en la mandíbula. El de Pete Rice levantó al otro en vilo y lo lanzó a un metro de distancia. Ambos malhechores cayeron sin lanzar un gemido. Cuando Pete Rice y Teeny se aproximaron a ellos, estaban inmóviles en las más absurdas posturas.

Pegado a los talones de Pete, “Vulcano” dejó escapar un discreto gruñido.

—Mejor será que te lleves a “Vulcano” y vuelvas dentro de un rato —sugirió Pete a Teeny—. Este animal no puede por menos de expresar sus sentimientos, y la gente de ahí dentro podría oírle.

Pero “Vulcano” se resistió a separarse de Pete. Y de todos modos, el daño ya estaba hecho. La puerta de la cabaña volvió a girar sobre sus goznes y una cinta de luz perforó la noche. Apareció en el umbral un hombre cubierto con amplio sombrero. Su mano derecha empuñaba un Colt del 45.

—Esta vez estoy completamente seguro —dijo a alguien que había a su espalda.

—De lo que puedes estar seguro —dijo Pete, alzando la voz—, es de que, si no tiras ese revólver, te agujereo la piel. ¡Tíralo... y levanta las zarpas!

El bandido retrocedió instantáneamente y cerró la puerta de golpe. Se oyó que echaban la tranca en el mismo momento en que la bala de Pete se clavaba en el marco. Casi simultáneamente brillaron unos fogonazos. Las balas surcaban la noche a ambos lados de los defensores de la Ley.

—¡Desplegados! —ordenó Pete a sus camaradas—. Teeny, llévate a “Vulcano” y átale a un árbol. Tiene aspilleras en la puerta.

El 45 de Hicks “Miserias” ladraba sin cesar. Pete se echó a tierra y empezó a hacer llover balas que era una bendición.

Uno de los bandidos derribados recobró el reconocimiento e intentó ponerse en pie. El puño de Pete le volvió inmediatamente a su posición horizontal. Acto seguido el sheriff les despojó, a él y a su compañero, de sus Colt, y las voces de sus 45 volvieron a unirse al coro de la batalla.

Salían de la choza granizadas de balas. Los bandidos ocupaban una buena posición. Protegidos por el grueso de la puerta, podían mirar por las aspilleras y cazar a los defensores de la Ley como conejos. Pete rodeó la cabaña y trató de saltar por la ventana. Pero ésta estaba cerrada por barrotes como si correspondiera a un calabozo.

Hicks “Miserias” vino a unirse a su patrón.

—Patrón, si pudiéramos cargar todos juntos contra la puerta, quizá la derribaríamos y...

—Sí, y quizá quedasen de nosotros unos cuantos pedazos para enterrar —le interrumpió Pete, secamente—. No, mi fogoso compañero; no es ese el procedimiento que debemos emplear.

Las manazas del sheriff palparon los tablones de la parte posterior de la cabaña. Eran muy recios. A pesar de su extraordinaria fuerza, Pete comprendió que no le sería posible romperlos. Ni el mammoth de Teeny Butler era capaz de semejante hazaña. Pero Pete tuvo una idea.

—Vuelve frente a la puerta, “Miserias” —ordenó—. Y procurad, tú y Teeny, atraer la atención de estos coyotes. Yo, entretanto, voy a operar por aquí.

—¿Qué vas a hacer, patrón? —preguntó “Miserias”.

—Luego lo verás —contestó Pete.

El sheriff se alejó de la cabaña y se metió dos dedos en la boca. Un agudo silbido cruzó la noche. Al cabo de unos segundos oyó el rápido batir de unos cascos, y no habían transcurrido otros muchos cuando vio aparecer a “Sonny”.

Pete condujo a su alazán a la parte posterior de la cabaña y lo colocó de manera que sus patas traseras estuviesen cosa de un metro de los tablones.

—Muy bien, “Sonny” —dijo al alazán, acariciándole—. ¡Golpea de firme ¡Tú vas a salvarnos!

“Sonny” enderezó las orejas y relinchó suavemente. Luego, con la rapidez de un muelle de acero y la fuerza de un ariete, disparó

sus patas traseras, herradas de acero, contra las tablas.

Se oyó el chasquido de la madera al partirse. El alazán volvió a disparar sus patas, y esta vez una gran parte de la tablazón se vino abajo entre crujidos. Rápido como el relámpago, Pete ahuyentó a su caballo de la línea de fuego y, casi simultáneamente, sus revólveres empezaron a escupir metralla.

Teeny y “Miserias” corrieron junto al sheriff a un grito de éste.

El plomo de los defensores de la Ley barría el interior de la cabaña. El Colt de “Miserias” derribó a un hombre que corría a refugiarse tras una alacena.

Otro bandido había desatracado la puerta y trataba de escapar por aquel lado. Teeny saltó por la brecha abierta por los cascos de “Sonny” y restalló su látigo de piel de toro. El bandido cayó como un pájaro herido en el corazón.

Pete y “Miserias” saltaron también al interior de la cabaña.

—¡Tirad las armas! —rugió Pete.

Uno de los malhechores disparó casi a bocajarro sobre el sheriff. Pero Pete se arrojó a sus piernas y le derribó. Un puñetazo a la mandíbula le dejó sin sentido. La barahúnda cesó entonces con la rapidez de una tormenta de verano. Los ocupantes de la cabaña dejaron caer sus revólveres y levantaron las manos. Quedaban sólo cinco. Uno de ellos tenía un brazo pegado rígidamente al cuerpo. La manga de la camisa chorreaba sangre...

—Recoge esas armas y regístralos, “Miserias” —ordenó Pete.

El sheriff presenció la operación, empuñando todavía sus revólveres.

Sonó un alegre ladrido a espaldas de Pete, y “Vulcano” saltó por la brecha. Le arrastraba un pedazo de cuerda atado a su collar.

—¿De manera que querías mezclarte en este negocio a toda costa, bribón? —le dijo Pete, acariciándole—. Pues tienes que aprender a obedecer las órdenes. Se ve que te gusta la lucha y has procurado buscarte un buen amo.

“Vulcano” agitó la cola mientras miraba a los bandidos, gruñendo amenazador. Los hombres retrocedieron, asustados, y se alinearon contra la pared. Teeny Butler cruzó la habitación. Sobre un camastro de toscas tablas yacían dos hombres atados. Tenían las muñecas y los tobillos ligados fuertemente con cuerdas.

Pete y Teeny los pusieron en pie y les desataron las ligaduras.

Eran los dos indios Cori.

Uno de ellos era el viejo hechicero que Pete había conocido como amigo de Hopi Joe. El otro quizá no contaría más de veinticinco años. A pesar de su cautiverio y del duro trato a que indudablemente le habían sometido los bandidos, se mostraba alegre y animoso. No tenía el estoicismo de su anciano compañero y enseñó sus blancos dientes en una sonrisa, mientras Pete de desataba.

—Le damos las gracias, sheriff —dijo.

Entretanto Teeny y “Misericordias” prestaban los primeros auxilios a los heridos y ataban a los ilesos. Pete interrogó al joven indio Cori.

—Supongo que tú serás el intérprete especial que esperábamos en Sutter’s Bend —le dijo—. Tengo entendido que sabes leer perfectamente la escritura Cori.

El joven indio sonrió, complacido.

—Yo leer muy bien todo. Mi haber ido al colegio en el Este. Mi hablar Cori, inglés y español. ¿Tú hablar español, sheriff?

Pete afirmó con un movimiento de cabeza. El joven Cori mostró la mayor alegría.

—Eso nos hará entendernos mejor —dijo, en español. Hablaba este idioma sin el menor rastro de acento—. Rubio —añadió, señalando al anciano Cori—, me traía desde nuestra aldea a vuestra ciudad. De pronto nos vimos detenidos por muchos hombres. Algunos de los que tenéis ahí figuraban entre ellos. Uno nos interrogó.

—¿Recuerdas quién era? —preguntó Pete.

El joven Cori sonrió de nuevo.

—Tengo buena vista; pero no puedo ver a través de un paño denso. El individuo que nos interrogó, y que parecía ser el jefe, llevaba una larga capa negra y un antifaz.

—¿Qué os preguntó?

—Parecía saber que Rubio había sido llamado a vuestra ciudad para leer las inscripciones indias de ciertas piedras. Así pues, la mayor parte de las preguntas se las dirigió a Rubio. Quería saber lo que éste había encontrado en las piedras... lo que decía la escritura.

—¿Y qué contestó Rubio?

—Le dijo que eran solamente dos piedras... o más bien trozos partidos de una lápida, y que, a causa de faltar las otras partes,

había podido leer muy poco —El joven indio se interrumpió y cambió bruscamente de tema—. Veo que mastica usted goma, sheriff, ¿Tiene usted más?

Pete se registró los bolsillos y le entregó un cuadradito de goma. El indio se lo colocó entre los blancos dientes y continuó:

—Empezaron a torturarnos. En este aspecto, nosotros no somos como los indios americanos. No resistimos la tortura bien. Consideré que era prudente aconsejar a Rubio que dijera lo que supiese.

—¿Rubio habló?

—Sí. Uno se alegra mucho de poder hablar después de un tratamiento como el que nos aplicaron.

El indio levantó las manos y enseñó las heridas de sus muñecas.

—Rubio dijo que me traía a mí para leer las inscripciones completas, pero que cuando él examinó los trozos de piedra había podido descifrar las palabras “documentos” y “enterrados” y “Cañón Chepultec”.

Pete hizo un gesto de satisfacción. Sabía ahora por qué el jefe de los bandidos había empleado a éstos en hacer funcionar los tractores a lo largo del Cañón.

—Yo tengo en Sutter’s Bend, y en lugar seguro, tres trozos de aquella piedra —dijo Pete—. Supongo que podrá leerlos sin dificultad.

—Puedo —contestó el indio.

Los negros ojos del joven Cori brillaron de un modo extraño.

—Rubio me dijo que usted ofreció pagar por leer esas inscripciones —añadió—. Yo me consideraría pagado si usted me dejase a solas con estos hombres que nos tuvieron cautivos. ¿Me lo concederá usted, sheriff?

Pete advirtió el odio mortal que expresaban aquellos negros ojos. Aunque culto y agradable, el joven indio era probablemente un experto en torturas.

—No. Lo siento; pero estos hombres tienen que ir a la ciudad a responder a sus delitos ante la Ley. Es mi deber.

El joven Cori se encogió de hombros.

Muy bien —dijo—. Supongo que esos son los procedimientos americanos. Pero creo que los nuestros son mejores. Los criminales escapan a veces a la ley, o no son suficientemente castigados. Con

nuestros métodos no escapan nunca.

Pete interrogó a los bandidos, ya bien atados por Teeny y “Miserias”. Como esperaba, fingieron no saber más que lo que él ya conocía. El jefe era el hombre de la capa y el antifaz. Ellos nunca le habían visto la cara. Recibían sus órdenes por intermedio de Reese Spence, que era el lugarteniente del miserioso criminal.

—“¡All right!” —dijo Pete, al terminar—. ¿Dónde están vuestros caballos?

Uno de los bandidos explicó que los caballos estaban trabados en un Cañón ciego, a pocos metros de allí.

—Vete a buscarlos, Teeny —ordenó Pete.

Tenía prisa por volver a Sutter’s Bend y enterarse de lo que decía la inscripción de las piedras, causa de tantas muertes y derramamientos de sangre.

CAPÍTULO XIX

“VULCANO” GANA SU INSIGNIA

El primer acto de Pete Rice al llegar a Sutter's Bend fue enterarse del estado de Clive Foxleigh. El inglés seguía aún sumido en la semi-inconsciencia. Había recobrado el conocimiento unas cuantas veces, pero sus palabras eran muy incoherentes.

Con arreglo a la recomendación del sheriff, Les Moline, le había instalado en el mejor lecho de la enfermería, donde recibía la mejor asistencia médica que podía ofrecer la población. El doctor Kent, uno de los más eminentes facultativos de la ciudad, aseguró a Pete Rice que Foxleigh se repondría.

Pete había creído lo mismo desde un principio. Una bala que atraviesa al sesgo de la sien, rara vez causa la muerte, a menos que surjan complicaciones. Él había conocido a hombres heridos de tal modo que habían caído como muertos, y se encontraban en pie a los pocos segundos. En cambio, otros habían continuado sin conocimiento días y días.

Su preocupación no lo era tanto por la herida de Foxleigh como por el ambiente que se estaba creando en Sutter's Bend. Los hombres que venían de los ranchos eran, por lo general, grandes bebedores. Inflamados por el vino, podrían intentar asaltar la prisión.

Ransome Beale, uno de los más destacados ciudadanos, encontró a Pete en la calle principal y le llevó hacia el callejón que separaba el hotel de Sutter's Bend de la taberna “El Filón de Oro”.

—Me preocupa mucho el pobre Foxleigh, sheriff —dijo—. He procurado aquietar los ánimos de esta gente, pero ya sabe usted lo que puede provocar cualquier exaltado. Yo aprecio mucho a Foxleigh, como sabe usted, y no me agradan los rumores que corren, atribuyéndole todo lo que viene ocurriendo aquí de poco

tiempo a esta parte. Tenemos que hacer algo para cortar esas historias.

—Mejor será no hacer nada por ahora —aconsejó Pete—. Los rumores son como los enjambres de abejas; cuanto más se las espanta, menos se libra uno de ellas.

—Hay por esas tabernas hombres muy rudos. Me asusta el pensar que se les ocurra asaltar la cárcel.

—Los hay rudos y los hay vagos de profesión —dijo Pete—. A mí deme usted los rudos. Los vagos han hecho más daño en este mundo que todas las pestes.

—Bien, ¿me comunicará usted cómo marchan las cosa, sheriff?

—Cuente usted con ello, Beale.

Pete se dirigió al hotel donde Hopi Joe había tomado una habitación.

Hopi Joe le abrió la puerta. Los dos indios Cori estaban ya allí.

Pete sacó los trozos de piedra que le habían sido devueltos por el “coroner” suplente. El joven indio Cori estudió las inscripciones durante algún tiempo. Finalmente, dijo, en español:

—Faltan todavía algunos pequeños trozos de esta lápida, sheriff, pero con estos hay suficiente para comprender el sentido. Se trata de una especie de concesión de terrenos. Se cede la mayor parte de Charici Valley y del territorio al Sur de Pompano a varias familias que aquí se mencionan. La escritura es muy antigua y está borrada en algunos sitios.

Pete Rice hizo un gesto de comprensión. Conocía la historia de su tierra natal. Aquella concesión de terrenos, esculpida en piedra, se remontaba indudablemente a los días en que Méjico poseía Arizona.

—¿Pero por qué están los caracteres en Cori y no en español? —preguntó.

—Hay mucha sangre Cori entre los antiguos gobernantes de Méjico —contestó el joven indio—. Y la sangre Cori es como la del negro; sangre dominante. Si un mejicano tiene siquiera un octavo de sangre Cori, puede elevarse hasta los Consejos de su nación; por eso, siempre que le es posible, utiliza el dialecto Cori y, en secreto al menos, practica las costumbres Cori.

El joven indio volvió a estudiar las inscripciones.

—Aquí habla de documentos, títulos y valores enterrados en el

Cañón de Chepultec —añadió.

Pete se dirigió a un armario colocado a un lado de la habitación y sacó un tintero y una pluma.

—¿Puedes escribir en inglés lo que dicen esas inscripciones? —preguntó.

—Sí. Pero lo haré mejor en español.

—Escríbelo en español, entonces —aconsejó Pete.

Se acercó a la ventana y se puso a masticar su goma, mientras el estudioso joven Cori hacía una cuidadosa transcripción. Luego dio las gracias al indio y le dijo que permaneciera en la ciudad y que le serían bien pagados sus servicios. Después se guardó la traducción en el bolsillo y salió a la calle.

Una vez en ésta, entregó los trozos de lápida a Teeny Butler para que los pusiera en lugar seguro, y se dirigió hacia “Sonny”, su alazán.

—¿A dónde vas, patrón? —preguntó Teeny Butler.

—A ver al doctor Kent al Sanatorio —contestó Pete Rice.

Anocheecía cuando el sheriff regresó a Sutter’s Bend. Mostraba una torva expresión en su atezado rostro. Metió a “Sonny” en la cuadra, le frotó, le dio agua y pienso y se volvió a la calle.

En los alrededores de “El Filón de Oro” encontró a “Vulcano”. Éste agitó furiosamente la cola al ver a Pete. No se cansaba de saltar y ladrar alegremente en torno a su amo.

Teeny Butler soltó la gruesa cuerda que retenía al perro.

—Nadie me acusó nunca de débil —comentó;— pero te aseguro que tuve que emplear todas mis fuerzas para contener a este animal, en cuanto te vio bajar por la calle.

Pete sonrió y acarició la cabeza del enorme mastín. Teeny Butler miraba maliciosamente al sheriff.

—Tienes cara de haber descubierto algo muy importante, patrón —le dijo.

—Es posible —contestó Pete, lacónicamente.

Hablaban los dos con la espalda vuelta al callejón que separaba la taberna del hotel de Sutter’s Bend. “Vulcano”, en cambio, miraba hacia aquel lugar. De pronto lanzó un sordo gruñido, y por poco derribó a Teeny Butler al saltar por delante de los dos camaradas, para arrojarlos sobre unos barriles de whisky apilados en el callejón.

Surgió la sombra de un hombre de detrás de los barriles y

apuntó su 45 en dirección a Pete y Teeny. Pero “Vulcano” saltó sobre él como un rayo.

¡Bang! Sonó una detonación. Pero la bala fue a perderse en el vacío. Los colmillos de “Vulcano” se habían clavado en la muñeca del que empuñaba el revólver. El arma rebotó en el suelo.

El fracasado homicida logró desprenderse del perro un segundo y retrocedió hacia el interior del callejón. Pero “Vulcano”, veloz como el relámpago, dio un nuevo salto y derribó al fugitivo. Unos segundos después Pete y Teeny estaban junto al agresor y le ponían en pie a empujones.

—¿Por qué trataste de matarme? —preguntó Pete Rice.

—No era a usted al que yo buscaba —contestó el desconocido—. Era al comisario Butler. En cierta ocasión dio unos puñetazos a un compañero mío en la Quebrada del Buitre.

—Deberías haber venido más sereno —le aconsejó Pete.

—He venido tan sereno como me voy. —fue la desafiadora respuesta—. No tengo más que decir.

Salía gente del hotel y de la taberna y corría hacia allí atraída por el ruido del disparo. Algunos mostraban los efectos del licor, y Teeny y Pete se llevaron al detenido a la cárcel en seguida.

Los grises ojos de Pete observaban atentos la multitud siempre creciente. Banty Tolliver y Mel Cantrell, dueño del “ancho de la Horca”, habían salido de la sala de juego de “El Filón de Oro” y tenían todavía los naipes en la mano.

—¿Ha tratado alguien de agredirle a usted, sheriff? —preguntó Mel Cantrell.

—Así parece. El detenido dice que venía tras el comisario Butler. Pudiera ser que sí y pudiera ser que no. Fue mi perro “Vulcano” el que me.. el que nos salvó. De no ser por él, el miserable nos habría asesinado por la espalda mientras hablábamos. Pero el instinto del perro adivinó el peligro.

El sheriff palmoteó la cabeza del mastín.

—Esta vez te has ganado tu medalla de comisario —le dijo.

Pete sacó de un bolsillo una medalla en forma de estrella y le arrancó el prendedor. Retiró luego la chapa de la licencia, que colgaba del collar de “Vulcano”, y la reemplazó por la medalla. En ésta había grabada una sola palabra:

“COMISARIO”

Pete se aproximó a Mel Cantrell.

—¿Están la mayoría de sus muchachos en la población? —preguntó.

—Casi todos, sheriff. Teníamos una partida muy animada. Nos proponíamos bajar a Charici Valley a medianoche. No renunciamos a la caza de aquel soberbio garañón. ¿Por qué lo pregunta, sheriff?

—Porque me propongo convocar una especie de reunión pública —contestó Pete—. Quiero que asista tanta gente como quepa en la sala de audiencia. Quizá celebre una reunión esta noche mientras los muchachos de los ranchos están en la población.

—Sería un a buena idea —dijo Cantrell—. Es decir, lo es en un aspecto. Por otro lado podría ser perjudicial para Foxleigh. Supongo que va usted a hablar de los asesinatos, y la gente está muy indignada y pudiera intentar un linchamiento.

—Correré ese peligro —dijo Pete—. Tengo mis razones. Puede usted decir a todos sus muchachos que la reunión se celebrará esta noche, a las nueve.

La mirada del sheriff continuaba paseándose sobre la multitud.

—¡Muchachos! —gritó Pete—. Recordad que esta noche, a las nueve, habrá reunión en la sala de audiencias. Habrá sitio para todos. Tengo algo muy interesante que decir.

Se volvió y, con “Vulcano” pegado a sus talones, se dirigió a las cuadras de alquiler. Allí se dispuso a atar al perro a un pesebre. Tenía una razón para hacerlo así; “Vulcano” se puso a olfatear por entre la paja.

—¿Qué buscas, muchacho? —le preguntó Pete.

No tardó en saberlo. Enterrado bajo la primera capa de paja había un gran hueso de vaca. El fino olfato del animal lo había descubierto.

El sheriff recogió el hueso y lo alejó del ávido “Vulcano”. Los ojos grises de Pete destellaron de sorpresa. En la mitad el hueso había una muesca que lo rodeaba. Apalancó con todas su fuerzas y lo rompió. Una de las mitades estaba embutida en la otra, dejando un hueco intermedio lleno de unos polvos blancos. Pete los olió. Se guardó el hueso en el bolsillo y palmoteó la cabeza del mastín.

—Hay por aquí un asesino —le dijo—, que no sólo busca las vidas de los hombres. Quiere también las de los perros... por lo menos la de UNO.

Consultó su reloj de plata y decidió no atar ya a “Vulcano”. Le permitiría que le siguiera a la reunión. El caso de Sutter’s Bend tocaba a su fin.

CAPÍTULO XX

¡AL ASESINO!

“Pistol” Pete Rice no era precisamente un orador. Por lo general hablaban por él sus revólveres o los mazazos de sus puños. Pero aquella noche se sentó tras la mesa presidencial de la sala de audiencias y se dispuso a discursar en la reunión pública que había convocado.

El salón era espacioso, pero no demasiado. Los concurrentes se apretujaron hasta que todos los asientos estuvieron llenos, y los que no los lograron, se colocaron a los lados y al final del salón.

Frente a la mesa de Pete, en el lugar usualmente asignado al ordenanza del tribunal, se sentó Hicks “Miserias”. Teeny Butler no se encontraba en el local.

Les Moline, comisario de Sutter’s Bend, se acomodó hacia la mitad de la sala, donde se puso a charlar con Ransome Beale y con García, el desbravador.

Banty Tolliver, el doctor Kent y Mel Cantrell tenían asientos muy adelante. Hablaban con Slim Patten y Mike Curry.

Los dos indios Cori, que no habían podido encontrar silla, se sentaron con las piernas cruzadas sobre el no muy limpio suelo.

A las nueve en punto, Pete Rice golpeó con el mazo reclamando silencio. Cesaron el murmullo de las conversaciones y el arrastrar de los pies. Hicks “Miserias” se levantó para cerrar la puerta, dejando fuera a los rezagados.

Reinaba en la sala una tensión eléctrica. La multitud esperaba algo dramático. Todos observaban el rostro del sheriff. Tenía éste una expresión extrañamente burlona. Pete paseaba su mirada por la concurrencia, observando a su vez todas las caras.

—Comprendo, ciudadanos —empezó diciendo—, que esto exige una explicación. Es conveniente celebrar de vez en cuando estas

reuniones públicas. El pueblo se interesa así por los asuntos de la ciudad. Y, además, se mantiene firme sobre sus pies. Y el que se mantiene firme sobre sus pies no tiene que temer que otros vengan a atropellarle. Masticó su goma lentamente, y continuó: —Voy a contaros una pequeña historia. Es un poco embrollada a veces, pero, en conjunto, muy interesante. Es la historia de una familia que se empeñó en poseer unas tierras que no le pertenecían en derecho.

El sheriff hizo una pausa y se aclaró la garganta.

—Hace muchísimos años, un gobernador mejicano hizo una cesión de terrenos de este distrito antes de que el territorio entrase a formar parte de la Unión. Pero después que este gobernador murió se enredaron bastante las cosas. Había un hombre más avisado y ambicioso que el resto de los beneficiados por la concesión. Este hombre rapaz acechaba la ocasión de apoderarse de la mayor parte de los terrenos.

El sheriff se colocó más cómodamente, poniendo la cartuchera y los Colt sobre la mesa, al alcance de la mano.

—Y la ocasión se presentó cuando murió el gobernador. No voy a hacer una crítica de nuestros vecinos del Sur, pero en aquellos tiempos un poco de dinero repartido entre las autoridades mejicanas realizaba las cosas más extrañas. El caso es que el avaricioso individuo consiguió apoderarse de las tierras concedidas a los otros... o al menos él lo creyó así.

Pete Rice hablaba lentamente, pero ninguno de sus oyentes mostraba impaciencia o inquietud. Parecían todos pendientes de las palabras del sheriff. Sabían que Pete Rice nunca hablaba por hablar y que aquel exordio tenía también su objeto.

—Pero el gobernador mejicano tenía la astucia de su pueblo materno, los Coris. Hizo que se erigiese sobre su tumba un monumento de granito y que se inscribiese en su lápida, en dialecto Cori, la concesión de los terrenos. En aquel tiempo, y según la ley de la provincia, aquello equivalía a un testamento.

La mirada de Pete se posó sobre el doctor Kent, sentado en los bancos de delante.

—Después de la traducción hecha por mis amigos Cori de los trozos de aquella lápida, el doctor Kent me ha explicado el resto. El doctor Kent, aunque solamente hijo adoptivo de Arizona, es un

perito en la historia del Estado de su adopción.

El sheriff fijó la vista en unas notas que tenía sobre la mesa.

—La lápida escrita en Cori desapareció poco después de la muerte del gobernador mejicano. ¡La robó un antepasado de un hombre que se encuentra entre nosotros!

Recorrió el auditorio un sordo murmullo de sorpresa.

—Pero no siempre es fácil triunfar con el crimen. Hubo una lucha entre dos facciones. Una consiguió apoderarse de parte de la lápida, y la otra, del resto. Con el tiempo, estos hombres siguieron distintos caminos, y el fullero se las arregló de tal modo que consiguió la posesión del erial. Las propiedades fueron heredadas por un hombre que se encuentra en esta sala, pero sin ningún título real para ello.

Se elevó otro murmullo, y Pete golpeó la mesa, reclamando silencio.

—No sé si recordaréis que hace tres años se recibieron noticias de Washington diciendo que el Gobierno Nacional se proponía comprobar los títulos de propiedad de una gran parte de Arizona. Y cierto individuo de este distrito se sintió muy nervioso.

“Es hombre de grandes recursos y se propuso reunir los diferentes trozos de lápida para averiguar dónde estaban los títulos y otros documentos, en el caso de que estuvieran ocultos o enterrados. Necesitaba destruirlos para retener las tierras de que realmente no era dueño.

“Se sucedieron en esta región los asesinatos. ¿Por qué? Porque dos de los hombres asesinados —Job Bentley y Clem Rogers— poseían trozos de la lápida y se resistían a entregarlos.

—¿Quién es el culpable, sheriff? —preguntó una voz desde el fondo de la sala.

—A eso voy. Se supuso que Job Bentley y Clem Rogers habían sido coceados por los caballos salvajes, que corren aún por Charici Valley. Pero yo logré averiguar que habían sido derribados por esta porra, que dejó caer en sus cráneos la marca de un casco.

Pete alargó la mano al banco que tenía al lado y exhibió la porra hecha con la pata delantera de un caballo.

—Las otras muertes fueron perpetradas para cerrar bocas. El asesino trató primero de reunir las partes que le faltaban de la lápida y que él sabía se encontraban en este distrito, poniendo

anuncios en “la Bonanza”, de Sutter’s Bend. Redactaba los anuncios de tal modo, que sólo los poseedores de los trozos podían saber de qué se trataba.

“Esto no dio el resultado que esperaba el criminal. Y entonces fue cuando empezaron los asesinatos en este distrito. Cuito, el indio, fue muerto para cerrarle la boca para siempre. Más tarde, Reese Spence, lugarteniente del asesino, cayó de un tiro. El criminal conseguía escapar siempre. Es hombre muy astuto, como lo prueban sus actos, sin duda alguna.

Pete golpeó la mesa por tres veces. En respuesta a la señal, Teeny Butler entró en el salón, procedente del despacho de los jueces. El corpulento comisario llevaba a “Vulcano”, el mastín, cogido de una gruesa correa.

—El asesino —prosiguió Pete—, hirió gravemente a este perro cuando intentaba su fuga. He observado que nunca más se ha aproximado a mí en la población cuando me veía acompañado de este animal. Es hombre muy listo. Entiende de perros y sabe que el mío se le abalanzaría.

Pete se inclinó y acarició la cabeza del mastín.

—¿Verdad, muchacho, que conoces muy bien el olor del que te hirió y de su capa negra?

El perro meneó la cola y lanzó un ladrido. Pete volvió a dirigirse al auditorio.

—El asesino vino esta noche a esta reunión porque no creía que yo sospechaba de él. No ha podido escabullirse mientras yo hablaba, por no despertar sospechas ¡Pero yo os aseguro que desearía no encontrarse en este momento en la sala!

Pete se inclinó y desenganchó la correa del collar de “Vulcano”.

—¡Busca al asesino! —le ordenó.

Su voz tuvo el agudo chasquido de un disparo de rifle.

CAPÍTULO XXI

LA AMENAZA DEL ASESINO

La sala entera era un griterío. Pete se puso en pie, golpeando nerviosamente la mesa con el martillo; pero por una vez no pudo dominar a la multitud.

—¡El que no pueda mantenerse tranquilo, tendrá que abandonar la sala! —gritó, con voz de trueno—. ¡Claro está que menos el asesino!

La concurrencia se aquietó de nuevo. Nadie quería correr el peligro de ser expulsado. “Vulcano” avanzaba con acolchados pasos por el pasillo del salón. Se movía con la contenida tensión de una pantera que va a saltar sobre su presa.

Los que estaban cerca del pasillo se echaron hacia atrás cuando se acercaba el perro. Este olfateaba y gruñía, alternativamente. Llevaba contraídos los labios, mostrando los colmillos de deslumbrante blancura.

Hacia la mitad de la sala, un hombre se había puesto en pie, como para estirarse. De pronto se lanzó hacia la ventana. El movimiento fue rapidísimo para un hombre de su corpulencia.

¡Crash!

El individuo se había arrojado por la ventana, haciendo trizas los cristales. Todo había tenido lugar en un par de segundos. El hombre era Ransome Beale. Las temblorosas mandíbulas de “Vulcano” estuvieron a un milímetro de atrapar a Beale cuando éste se lanzó por la ventana.

—¡“Vulcano”! ¡Aquí! —gritó Pete.

Sabía que Beale tenía un Colt del 45 y que dispararía contra el perro si éste saltaba tras él. Sólo entonces se dio Pete Rice cuenta del cariño que había cobrado al mastín. “Vulcano” se detuvo al oír la voz de su amo; Pete repitió la orden, y el perro corrió hacia él.

Estalló un ensordecedor griterío en la sala. Los hombres se lanzaron hacia la ventana. Un disparo hecho desde afuera arrancó una gran astilla del marco.

—¡Cojamos a ese coyote! —gritó Mel Cantrell, echándose mano al cinto.

—¡Que nadie dispare! —ordenó Pete—. Necesitamos vivo a Beale. Tranquilizaos. No podrá escapar. Yo y mis comisarios nos cuidaremos de eso. Ya se ha derramado bastante sangre.

—Pero si se escapa... —insistió Mel Cantrell.

—No diga tonterías. ¡Retiraos de las ventanas! Yo y mis comisarios arreglaremos el asunto. Nos pagan para que afrontemos los peligros.

Una aguda voz partió de la oscuridad del exterior.

—¡Pete Rice, si me sigue, mataré su caballo! ¡Lo haré como lo digo!

Pete corrió a la ventana y deslizó una mirada por encima del antepecho. El fértil Ransome Beale jugaba su última carta. Se había situado a unos pasos de “Sonny” y apuntaba con su 45 a la cabeza del alazán.

Se apoderó de Pete el desaliento. Habría afrontado cualquier peligro que amenazase a su persona, pero no quería arriesgar la vida de “Sonny”.

Beale esta ya desesperado. Corría sólo veneno por sus venas y no había más que odio en su corazón. Aunque le faltase un segundo para caer muerto tendría tiempo para apretar el gatillo de su 45, llevándose la satisfacción de haberse vengado del hombre que había descubierto sus crímenes.

Pete se sentía impotente por el momento. Vio que Beale agarraba la brida de “Sonny” y que el alazán reculaba. Beale no podría montar al animal y huir sobre él.

Beale, con su aguda penetración, comprendió inmediatamente esto, y se las ingenió para retener las bridas del alazán mientras montaba en otro caballo que estaba atado allí cerca. En cuanto se vio encima, le clavó furiosamente las espuelas.

El animal dio un salto y salió disparado. Beale seguía reteniendo a “Sonny” por la brida. Cualquiera, en la situación de Pete, habría perdido la serenidad y se habría lanzado a dar caza al fugitivo inmediatamente.

Pero el sheriff de la Quebrada razonaba con frialdad. El primer movimiento que hiciera significaría la muerte de “Sonny”. Y Pete conocía lo suficiente al alazán para saber que el inteligente animal encontraría algún medio de escaparse. Claro es que, aun en tal caso, el fugitivo criminal podría dispararle un tiro, pero al menos era una probabilidad de salvación.

El sheriff sabía, también, que Beale estaba perdido. Rodeaba mucho territorio salvaje al distrito de Sutter’s Bend, pero ninguna región era lo suficientemente agreste para cobijar a un criminal cuando Pete Rice se proponía capturarlo.

Ransome Beale no huía realmente. Estaba tan sólo aplazando la hora de su castigo. Pete Rice reflexionó unos momentos y luego se dirigió a sus comisarios.

—Buscad a Hopi Joe —les dijo—. Seguiremos el rastro de Beale.

Los hombres comentaban todavía ruidosamente en el salón de audiencias. Pete se dió cuenta de que Clive Foxleigh había entrado en él. El inglés llevaba la cabeza vendada.

—¿Le parece que organicemos un grupo de voluntarios, sheriff? —preguntó—. No tardaré en abandonar este país y me gustaría poder contar a mis paisanos que he figurado en un verdadero grupo de caballistas del Oeste.

—Yo avisaré a los muchachos para que se preparen —se ofreció Mel Cantrell.

—Espere, Cantrell —le contuvo Pete—. No creo que necesitemos caballistas. Nunca se sabe lo que lleva bajo la manga un hombre como Beale. Quizá sabía que sospechábamos de él y tenga pistoleros esperándole en alguna parte. No quiero que se derrame más sangre en este distrito. Si en la persecución de Beale tiene que caer alguno, que sea yo o mis comisarios. Ese es nuestro deber.

—Pero yo, mi querido amigo, tengo derecho a figurar en la partida —insistió Foxleigh, mirando a Pete de modo muy significativo—. ¿Verdad que no me lo negará usted, sheriff?

Pete masticó su goma lentamente unos segundos.

—Bien; reconozco que merece usted venir con nosotros, Foxleigh —decidió—. Vaya a buscar su caballo y armese bien.

Y añadió, dirigiéndose a sus comisarios:

—Preparadlo todo, muchachos. Ya os explicaré lo de Foxleigh por el camino.

CAPÍTULO XXII

LA MARCA DE LA JUSTICIA

Sobre un caballo prestado, un poderoso zaino, “Pistol” Pete Rice condujo a la pequeña cabalgata a las afueras de Sutter’s Bend. Era prácticamente tan buen guía como Hopi Joe, el indio, y sus grises ojos estaban acostumbrados a explorar la tierra que se extendía ante él.

Más tarde, si el rastro se complicaba, acudiría a Hopi Joe, que cabalgaba un poco detrás. Hicks “Miserias” y Teeny Butler seguían a medio galope, casi junto a Hopi Joe, y Clive Foxleigh cerraba la marcha.

Pete no había tenido valor para negar al inglés la emoción de figurar como caballista, pero había tenido cuidado de que ocupase un puesto relativamente seguro, para el caso de que les sorprendiese alguna emboscada.

Los jinetes no se esforzaron por caminar muy de prisa. Mantenían sus caballos a medio galope. A este paso podían ver las huellas dejadas en el sendero, aun en la obscuridad. Había luna, pero se ocultaba frecuentemente detrás de las nubes. Cuando el camino empezó a dar vueltas por entre los eriales situados a unas tres millas de Sutter’s Bend, Pete Rice refrenó su cabalgadura e hizo señas a Teeny y “Miserias” de que se le acercasen.

—Os prometí que os hablaría de lo de Foxleigh —les dijo—. Todos le debemos nuestras disculpas por haber sospechado de él.

—¡Oh, nada de eso, nada de eso! —protestó riendo el inglés—. ¡Todos ustedes han sido muy buenos muchachos! Tengo que contar muchas cosas de ustedes cuando regrese a Inglaterra.

—Mister Foxleigh —prosiguió Pete—, no estaba tan inconsciente como parecía, tendido en aquel camastro de la prisión, y me las arreglé para celebrar una larga charla con él. Y decidimos entre los

dos que era conveniente que continuase en la cárcel. De ese modo figuraba como si le creyéramos culpable, y el verdadero asesino no se pondría en guardia.

Pete hizo un guiño al inglés.

—Quizá os interese saber, muchachos —continuó el sheriff—, que míster Foxleigh tiene un oficio parecido al nuestro. ¡Es un detective de la agencia de Londres!

—¡Recoyotes! —exclamó Hicks “Miserias”

—Por eso nos parecía sospechoso alguna vez —prosiguió Pete—. Tenía que trabajar con disimulo y fingirse amigo de Beale. Éste había estado hace años en Inglaterra y allí había asesinado a un hombre, huyendo después.

—El malvado tenía una verdadera obsesión por reunir los trozos de aquella piedra —intervino Foxleigh—. En mi país mató a un hombre a sangre fría. Y no se descubrió el asesinato hasta después de abandonar Inglaterra el criminal. Yo fui comisionado para buscarle. Y le seguí la pista hasta aquí. Pero no habría conseguido probar nada contra él, de no ser por vuestra ayuda.

—¿Entonces estaba usted espiando a Beale cuando le vimos escapar aquella noche en dirección a Charici Valley? —preguntó Hicks “Miserias”.

—Así es, muchacho. Beale me envió un grupo de hombres para pedirme que me uniese a ellos en la caza de los caballos salvajes. Entonces me di cuenta de que Beale ya sospechaba de mí y que lo que quería era atraerme al valle para matarme. Y yo no tenía el menor deseo de morir de ese modo.

El inglés siguió explicando que al pasar junto al Cañón de Chepultec había oído el tiroteo del combate que los defensores de la Ley sostuvieron con los bandidos de los tractores. En aquel momento acertó a cruzarse con el jinete de la capa negra. Éste sacó su revólver con más rapidez que el inglés y le derribó acribillado.

El criminal arrojó después su capa a la barranca, probablemente para hacer creer que Foxleigh era el misterioso jinete que se cubría con ella.

—Era un caso muy complicado —comentó Foxleigh al terminar su explicación—. En Scotland Yard no se han dado muchos parecidos. ¿Cuándo sospechó usted por primera vez de Beale, sheriff?

—Difícil es eso de contestar —dijo Pete—. Es como si una muchacha preguntase a un hombre cuándo la empezó a querer. Lo único que puedo decir es que cuando el joven Cori llevó las inscripciones indias, empecé a pensar en los que poseían grandes terrenos en este distrito. Y, claro está, mi atención en seguida se fijó en Ransome, que tiene muchos en Charici Valley.

El sheriff masticó su goma lentamente. Estaba pensando en diversas características del caso.

—Beale tenía mucho dinero —continuó—, y podía pagar a otros para que ejecutasen sus crímenes. Probablemente no fue él quien mató realmente a Bentley, a Rogers y a Cuito. Estoy casi seguro de que Reese Spence realizó la criminal faena. Pero Beale le pagaba en buenos billetes.

—¡Y el miserable hipócrita fingía acordarse tanto del pobre Clem Rogers! —comentó “Miserias”.

—Sí, recuerdo ese detalle. Beale aparentaba sentir gran pesar la noche de la muerte de Rogers. ¿Pero qué hizo cuando se enteró de la existencia de un trozo de la codiciada lápida en el fogón de Clem?

El sheriff contestó su propia pregunta:

—Envié a Fuzzy Manton a la ciudad a buscar a un médico. Fuzzy era un cómplice de Beale, por supuesto.

—Por eso hizo que Spence matase después a Manton —intervino Teeny Butler.

—Tienes razón, camarada. Pero aquella noche, si recuerdas bien, obligó a Manton a desaparecer de la escena. Luego se dirigió el mismo al arroyo y trajo agua en su sombrero. Yo no reparé entonces en aquel detalle, pero lo que hizo fue reunirse con Manton y ordenarle que acudiese en seguida con los demás pistoleros a la hacienda de Clem Rogers.

—Indudablemente estuvo a punto de apoderarse de los títulos de su propiedad —observó Hicks “Miserias”.

—Cierto. Beale disfruta de una gran posición en este distrito. Y el hombre que disfruta de una prosperidad continuada está muy expuesto a convertirse en un necio o en un granuja. A Beale le sucedió lo segundo.

Hopi Joe se puso a la cabeza cuando el rastro se metió por la senda que franqueaba Charici Valley. Del fondo del valle llegaba de

vez en cuando el extraño y sibilante relincho del garañón, jefe de la manada salvaje.

“Pistol” Pete Rice escuchó con toda atención. No había cazadores en el valle aquella noche. Todos los que habitaban en unas millas habían asistido a la reunión de Sutter’s Bend. Y, sin embargo, la manada de caballos salvajes estaba inquieta. Pete creyó adivinar la razón.

—Todas las probabilidades son de que Beale ha bajado al valle, muchachos —dijo—. Quizá conozca sendas secretas por las que piensa huir hacia la frontera. Mirad si las huellas se dirigen ahora cuesta abajo.

Hopi Joe no contestó. Sus ojos de azabache escudriñaban la senda. De pronto paró su caballo, desmontó e inspeccionó atentamente el terreno.

—Torcer por aquí —dijo—. Meterse en el valle. Estar muy oscuro allá abajo.

Pete Rice volvió a ponerse a la cabeza y los jinetes iniciaron el descenso por la escarpada cuesta. El sheriff presentía el peligro. Ransome Beale era venenoso como una culebra. Si le alcanzaban, trataría de vender cara su vida. Desde el oscuro pozo del valle distinguía probablemente las siluetas de sus perseguidores en lo alto de la cuesta, mejor iluminada. Si, por casualidad, disponía de un rifle automático, podría apostarse tras las malezas y derribar uno dos hombres antes de ser desalojado de su refugio.

—¡Tened mucho cuidado! —advirtió Pete—. Desplegaos así que lleguemos al fondo del valle.

Pero no sonó disparo alguno mientras descendían por la cuesta. No se oía otro ruido que el pataleo de los caballos salvajes en movimiento. El relincho del garañón sonaba de vez en cuando.

—Ese animal está demasiado excitado esta noche —opinó Teeny Butler.

—Hay una razón —dijo Pete. Detuvo su caballo y escuchó. La manada no estaría en movimiento a aquella hora, de no haber sido inquietada por algo—. Hay diez probabilidades contra una —añadió el sheriff—, de que Beale sea la causa de ese desasosiego. Sigamos. Desplegaos. Nos volveremos a reunir a la entrada del desfiladero.

¡Bang! El ruido de un disparo hendió la noche. Se oyó un relincho de dolor. Pete se irguió en su silla. Reconocía aquel

relincho. Venía de “Sonny”. Unos momentos después crujieron las malezas y apareció un caballo galopando hacia los defensores de la Ley. Estaba embridado y ensillado. Los estribos colgaban vacíos.

Mucho antes de que el caballo llegase a su lado, conoció Pete que se trataba de “Sonny”. El sheriff lanzó un silbido. El inteligente animal aceleró el paso y corrió hacia él. Pete desmontó y rodeó con su brazo el cuello del alazán. El sheriff tenía una vista muy penetrante, y aun a la escasa luz pudo ver lo que había sucedido.

“Sonny” había logrado soltarse y huir, y Beale le había disparado. La bala le había abierto un surco en el costado derecho. La herida era dolorosa, pero no grave.

Pete dejó en libertad a su caballo prestado y montó sobre “Sonny”.

—¡Adelante, muchachos! —gritó—. ¡Ya hay una razón más para que no se nos escape ese canalla!

Aflojó las riendas a “Sonny” y galopó hacia la entrada del desfiladero.

Teeny Butler se dirigió a la derecha, y Hicks “Miserias” a la izquierda. Foxleigh y Hopi Joe se quedaron detrás, siguiendo las instrucciones del sheriff. Surgió un fogonazo de un montón de malezas. La bala silbó junto a Pete.

—¡Tire ese revólver, Beale! —gritó el sheriff—. ¡No tiene usted la menor probabilidad de salvarse!

La respuesta fue otro disparo, que hizo un agujero en la copa de su amplio sombrero gris. Estaba a punto de echarse a tierra y deslizarse arrastrando hacia los matorrales, cuando algo le hizo quedar inmóvil en la silla. Se oía el trueno de centenares de patas atacadas por el pánico.

Las detonaciones habían excitado aún más a la manada de caballos salvajes. Pete vio su sombría masa que cruzaba diagonalmente el valle.

De pronto se desvió la manada... El garañón había sentido un peligro en aquella dirección. Lanzó un relincho y giró como una sombra. La manada le siguió. Avanzaba ahora como un alud hacia la entrada del desfiladero.

Ransome Beale debió darse cuenta del peligro que le amenazaba. ¡Se encontraba precisamente en el paso de la incontenible avalancha! Pete vio vagamente que salía de su refugio

y saltaba a su caballo.

Beale trató de desviarse a la izquierda buscando el amparo de unos matorrales que podrían contener la estampida de las espantadas bestias. Pero lo intentó demasiado tarde. Ya el guía de la manada estaba a unos metros de él.

Atacado de pánico, el asesino dio la vuelta a su cabalgadura y la lanzó directamente a la abertura del desfiladero. Pete Rice comprendió que aquel hombre estaba perdido. Beale podría tener un caballo veloz, pero aquellas bestias primitivas, excitadas, lo eran mucho más. Eran criaturas de la Naturaleza, que huían de un peligro imaginario.

Sonó un grito de espanto. No se oyó luego otra cosa que el trueno de los batientes cascós de la manada, guiada por el despavorido arañón hacia las profundidades del desfiladero.

Pete Rice reunió a sus hombres.

—Manteneos firmes, compañeros —les recomendó—. Al garañón puede ocurrírsele retroceder hacia aquí. Yo voy a intentar rescatar el cuerpo de Beale. Si oigo que la manada retrocede, daré la vuelta inmediatamente. No hay otro caballo como “Sonny” en Arizona que pueda demostrar lo que valen unas patas.

Se alejó hacia la entrada del desfiladero, oteó en la obscuridad y descubrió el magullado cuerpo de un caballo: el de Ransome Beale, que había sido derribado por la manada salvaje.

Unos pasos más allá yacían el destrozado cuerpo de un hombre. Pete se apeó de su cabalgadura, ató al cadáver la cuerda de su lazo, y volviendo a montar en “Sonny”, arrastró el cuerpo hasta llegar junto a sus hombres.

Había allí mayor espacio. Si retrocedía la manada salvaje, el sheriff y sus compañeros podrían ponerse fuera de peligro, refugiándose tras un alto montón de malezas.

—Echémosle un vistazo —dijo Pete.

Se registró los bolsillos, sacó un fósforo y lo encendió en la suela de su bota. Aplicó luego la llama a la maleza seca.

Pete recordó la noche en que descubriera a Clem Rogers moribundo. Beale había matado a Rogers, o al menos había sido la causa de su muerte. Y ahora las llamas crepitaban junto al cuerpo de Ransome Beale, como habían crepitado junto al de Clem Rogers.

Pete desvió la mirada unos segundos. No era espectáculo

agradable el que contemplaban sus ojos. El cuerpo de Ransome Beale estaba horriblemente destrozado. Al salir arrojado de su caballo, debió de caer de bruces, si bien el rostro no estaba muy desfigurado.

Pero en la parte posterior del cráneo presentaba unas heridas en forma de media luna... marcas de unos cascos homicidas. Ransome Beale, al asesinar a Job Bentley y a Clem Rogers, había dejado en sus cráneos aquellas mismas marcas. Sus propios métodos habían terminado con su vida.

El sheriff señaló las trágicas huellas en forma de media luna.

—Es la marca de la justicia —dijo.

Teeny colocó el destrozado cadáver atravesado en la silla de su gigantesco zaino.

—Creo que el caso de Sutter's Bend ha terminado, patrón —dijo.

Pete Rice asintió con un gesto. Sí, había terminado. El sheriff y sus comisarios podrían ya regresar a la Quebrada del Buitre. Pete estaba deseoso de volver a ver a su anciana madre, su único amor, cuyo recuerdo le animaba a arriesgar constantemente su vida en defensa de la Ley.

El diminuto Hicks "Miserias" montó en su raquítico ruano. Sus azules ojos de irlandés se dirigieron ensoñadores hacia el sitio en que la Sierra de Pompano formaba una barrera de tinta contra el cielo color de púrpura.

—Dicen que hay buscadores de oro en el Valle del Agua Fría —comentó—. ¿No te parece, Pete, que allí no hay oro ni para llenar una cuchara?

—Seguro que no —contestó Pete—. Si esos pobres visionarios empuñasen la pala y el pico y se pusieran a trabajar en el ferrocarril o arar los campos, conseguirían en un mes más que allí en un año. Pero van tras un ideal... imposible.

El sheriff masticó su goma, pensativo.

—¡Oro! —murmuró.— Significa poder, placeres, riquezas... pero también crimen, dolor y engaño.

La luna brillaba en los cielos como un disco de sangre.

¡Pete Rice y sus ayudantes habían vencido una vez más!

¡Y volverían a triunfar!

FIN